

GUSTAVO LEMOS R.

ROSAS DE INVIERNO

NOVELA



EDITORIAL GUTENBERG. = GUAYAQUIL

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo



Gustavo Lemos R.

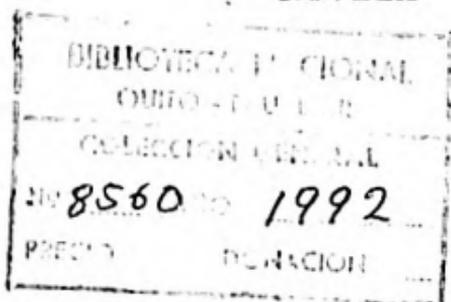
De la Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Real Española



Rosas de

Invierno

NOVELA



0003580-J
GUAYAQUIL-ECUADOR
EDITORIAL GUTENBERG
1929

**PROPIEDAD Y DERECHOS LITERARIOS RESERVADOS
PROHIBIDA LA REPRODUCCION**

Impreso en el Ecuador

HOMENAJE
A LA
REAL ACADEMIA DE LA LENGUA
ESPAÑOLA



OBRAS DE GUSTAVO LEMOS R.

Lecciones de Fonética histórica, Lexico- genesis, etc.....	3ª edición
Barbarismos fonéticos del Ecuador.....	(agotada)
Semántica o Ensayo de Lexicografía ecuatoriana	„
Suplementos I y II de Semántica	„
Apostillas al Diccionario de la Academia	„
Apuntaciones Glólicas (Conferencia) ...	„

INEDITAS

Gramática Española
Elementos de Preceptiva literaria
Brochazos y cabos sueltos (artículos literarios y pe- dagógicos)

A GUISA DE PROLOGO

Señor don Gustavo Lemos R.

En la ciudad.

Mi distinguido amigo:

Con verdadera curiosidad comencé la lectura de la novela que, con el título de ROSAS DE INVIERNO, publicará Ud. en estos días, la seguí con interés, y la terminé con agrado; pero con ese agrado que deja en el ánimo algo, o mucho, de triste y punzador, cuando vemos y sentimos que lo que nos entretenía y deleitaba, acaba o desaparece prontamente, y acaba o desaparece como el amor perdido en su camino, como el amor que llega a ser olvido y tumba de sí mismo.

Afirma Ud. en el preámbulo de tan sencilla e ingenua narración, narración de toda una vida de quiebras de amor y de fortuna, que ésa fue la del atormentado don Alfonso Velasco, pues en él tanto encendieron y consumieron al cabo las llamaradas de la Venus celeste y la vulgar; afirma digo, que no

ha hecho más que recoger, arreglar, amplificar, lo que halló escrito ya en ciertos papeles que me traen a la memoria aquellos ótros de donde el afamado novelador y estilista Don Juan Valera, desatado el balduque que los sujetaba y aprisionaba, dió a luz sin mayor trabajo, la bellísima historia de Pepita Jiménez, historia *hecha poesía*, para ser novela de tan puros y ricos quilates.

Sin embargo, por mucho que se empeñe Ud. en ocultarse, en mostrársenos como quien dice, en segundo término, o mejor tras *bastidores*, me parece adivinar que si los hechos todos, materia de la acción, o gran parte de ellos, le son extraños, no le tienen de protagonista o mártir del amor y amores que nos revelan fielmente, la gracia o el encanto de las páginas del libro, su adorno, el lenguaje y el estilo, en una palabra, el decir y el narrar con donaire o con pasión, son cosa suya, y sólo suya.

Le felicito por ello, pues nos da Ud. una muestra palpable y exquisita de que sin tan aplaudido éxito alcanzó antes en el cultivo de cierto campo o terreno de evidente aridez, como ese de la Lexicografía, puede también sembrar en el bello, deleitoso y extenso jardín del Arte, y recoger y ofrecernos luego flores más delicadas aún, vistosas y variadas que éstas con que, inesperadamente, nos regala y entretiene por ahora.

No voy a entrar en el análisis y juicio de la obra, a modo de crítico o prologuista de ella, pues esta breve carta ha sido escrita sin otra intención que la de felicitarle cordialmente, según lo indiqué ya, por tan plausible y afinado ensayo.

Quede a cargo de cada uno de sus lectores, que los tendrá sin duda, numerosos, el formar juicio

propio y cabal, el sentir la emoción nacida directamente de esa lectura, el placer de recrearse y gozar con el aroma, no pocas veces sutil y singular, de tantas y tantas *rosas* como se abren y gallardean por ahí: y quede en ellos, además, el noble cuidado de aplaudirle por la admirable resignación de Ud. en llegar a ser uno de los muy escasos y distinguidos cultivadores del Arte, por el ensueño y la embriaguez del Arte.

Y termino pidiéndole que me crea su leal estimador y amigo.

(f) Alfredo Baquerizo Moreno

Ex-Presidente de la República, y Miembro de la Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Real Española de Madrid.

INTRODUCCION

En varios legajos de papeles, olvidados, durante algunos años, en mi mesa de trabajo; pero, piadosamente conservados, porque pertenecieron a persona muy querida para mí, he hallado notas, apuntes y fragmentos de memorias íntimas, que han servido para hilvanar esta novela.

No es, pues, una leyenda forjada por imaginación romántica, es la compaginación ordenada y paciente de aquellos fragmentos de vidas que se marchitaron en época no lejana; es la historia eterna de la humanidad, que encadenada a la roca fatal del dolor y la desesperanza, cual ese Prometeo de la leyenda, gime y padece, en su paso efímero por la tierra.

Por eso, este libro no es para los hijos de la fortuna, para los mimados por la suerte; sus páginas están dedicadas a los que lloran por el ideal perdido, a los que sufren por su ventura muerta; por que los episodios que aquí se relatan, son pedazos de vidas que se deslizaron entre rumores de tempestad y bramidos de huracán; son hojas arrancadas por el

aquilón, de árboles que se quebraron por el peso de la adversidad; son aleteos de almas que palpitaron en mi derredor y cayeron prematuramente.

No se crea que este libro sea una queja arrancada por el dolor cobarde, ni por la fugaz decepción que enerva y amedrenta en los minutos supremos de desaliento; no es el grito de desesperación lanzado por el tedio de la vida: nó; es la voz de esas almas delicadas y tristes, que afrontaron con resignación y melancolía infinita, los rigores del sufrimiento continuado y tenaz; es el lamento callado, paciente y humilde, de corazones que supieron combatir la desesperación y los dolores incruentos de la vida, con valor heroico y grandeza de alma, hasta caer, humildemente, heridos por la mano piadosa de la muerte.

En esos papeles, cubiertos con el velo del polvo, que los años han ido depositando sobre ellos, he leído, con hondo recogimiento, párrafos impregnados de amor y de dolor, cuya lectura me ha impulsado a ampliar aquellos apuntes, y a grabar en estas cuartillas, la historia de dos almas desoladas y tristes, que pasaron por la vida, como sombras infelices y dolientes.

Allí he hallado estos párrafos que sirven de introducción a las notas, que en forma de memorias dejó escritas el infortunado protagonista de esta novela. Helos aquí:

“Corren fugaces los años, y los recuerdos medio borrosos del pasado, huyen de mi memoria, se esfuman y se pierden en la vertiginosa corriente del

tiempo, que nos empuja en precipitada carrera hacia los confines del misterio, de lo ignoto y de la nada...

Y por eso, antes de que esos recuerdos, dulces o amargos, risueños o melancólicos, queden eternamente sepultados en los abismos del olvido, quiero perpetuarlos en estas páginas; porque ellos me traen aromas de juventud, perfumes de primavera, que no he de volver a aspirar en los días que me quedan. ✓

Agobiado por la lucha, me siento próximo a caer, vencido por el hastío y el desaliento; aunque apenas llevo sobre mis hombros el peso de ocho lustros, ya me siento abrumado, como si gravitara sobre mí, toda esa montaña de dolores y desengaños que debe aplastar a los hombres en su senectud.

Y es que para mí, la mañana del dolor amaneció con precocidad cruel; mi niñez fue triste como las noches polares, y mi juventud doliente y sombría como los crepúsculos invernales en las punas de mis montañas.

Mis mejores años, aquéllos que otros más felices que yo, han vivido la vida del hogar, saboreando las delicias del cariño paternal, para mí fueron áridos y fríos, porque pasaron en los claustros de un colegio y muy lejos de la casa solariega.

Ese alejamiento prematuro de los míos, no fue otra cosa que el preludio de la orfandad absoluta que muy pronto iba a dispersar a toda una familia, y a marcar en mi corazón la huella indeleble del dolor y del pesimismo, que me ha atormentado la vida entera; por eso he creído, y sigo creyendo, que entre el

ser y no ser, preferible es lo segundo; ya que la vida con sus crueldades y desengaños no vale la pena de ser vivida.”

Son gritos del alma, expresados por un hombre que supo devorar las horas acibaradas de su vida como un estoico sublime; de un hombre patriota, desinteresado y magnánimo, que amó con locura, nobleza y lealtad, y pasó incomprendido hasta de sus mismos amigos.

Se dirá, talvez, que la obra está impregnada de pesimismo; pero yo no tengo la culpa de ello: la vida es así, dura, amarga, plena de angustias, de desolación y de lágrimas.

Este libro no es sino la relación verídica de uno de aquellos dramas, que silenciosamente, se desarrollan entre la algarabía de la sociedad, y tienen escenas, floraciones de dolor, que conmueven hondamente, y dejan nuestro espíritu sumido en profundo desconsuelo.

Hay vidas que parecen predestinadas al sufrimiento, y para las cuales no hay una aurora, un rayo de luz, ni una sonrisa de la felicidad: tales son las de Alfonso Velasco y de Rosa Estela: piedad para ellos.

Sólo pido a mis lectores un puñado de violetas para la tumba de esa humilde flor del infortunio, y una lágrima de compasión para su novio infeliz, caído también hace poco, para no levantarse más. Ambos fueron víctimas de la fatalidad, con el sacrificio de su primer amor, de ese amor bálsamo y perfume de los corazones sensibles y apasionados, que

germinan y se yerguen entre los zarzales de la envidia y del egoísmo de la sociedad contemporánea.

¡Amor, locura divina, eterna ilusión de la humanidad; realidad fugaz que llevas en tu seno la ventura y el ensueño, sé siempre el soberano y señor de las almas, en la tierra!



I

Hijo primogénito de familia estimada en la ciudad de mi nacimiento, fui obligado, por el generoso anhelo de mis padres, a partir a la capital, en busca de mejor educación, en un colegio de internos, donde rodaron lentos y solitarios los últimos días de mi niñez y los primeros de mi adolescencia; donde sentía agostarse mi vida por falta del rocío bienhechor de las caricias maternas.

Fueron mis padres don Eduardo Velasco, natural de España, y doña María Rosario León, nacida en Guaranda, lugar donde unieron su suerte en edad muy temprana. Allí vi la luz primera, y a los pocos días de mi nacimiento se realizó, según las crónicas de familia, mi bautizo, en el cual recibí el nombre de Eduardo Alfonso.

Mi primera educación la recibí directamente de mi madre, hasta los siete años, que ingresé a la escuela de los Hermanos Cristianos, en la cual permanecí cerca de tres, con notable aprovechamiento.

En esta época resolvió mi padre, que continuara mi educación en Quito.

En una mañana brumosa de octubre, lo recuerdo como si fuera ayer, antes de que rayara la aurora, mi adorada y santa madre me llevó a su aposento, pocos minutos antes de la partida, y estrujándome entre sus brazos amantísimos, pero con serenidad de espartana, me colocó en el cuello un relicario de plata, dentro del cual, junto con una sagrada efigie, estaban sus negros cabellos: era el amuleto sagrado que debía protegerme en los días inciertos, que para mí, niño de diez años, se aproximaban veloces.

¿Porqué lloré con desesperación insólita aquella mañana brumosa y fría? ¿Acaso no me llevaba, en cada hebra de sus cabellos, toda el alma y todo el corazón sangrante y amoroso de mi madre idolatrada? ¿Acaso no me iban a acompañar sus bendiciones en los días de soledad que me esperaban? ¿era, talvez, el presentimiento, o el temor de perderla para siempre, lo que hacía vibrar mis nervios con angustia y desesperación inauditas?

Vosotros los afortunados que aun tenéis madre, amadla con adoración y con idolatría; porque sólo ella sabe enjugar nuestras lágrimas con sus besos purísimos; porque es el tesoro máspreciado que nos ha dado la naturaleza en los tristes días de nuestra existencia. ¡Nunca amarguéis su vida, porque nadie, como ella, es capaz de arrancarse en jirones su corazón mismo a trueque de nuestra felicidad!

¡Madre, madre mía, bendita seas por toda la eternidad!

Afuera piafaban impacientes los caballos; el oriente se iluminaba con resplandores de incendio,

trayendo luz y alegría a la tierra; sólo para mi alma comenzaba, en esos instantes mismos, la noche del dolor.

Mi padre, grave y solemne, dió la voz de marcha, y arrancándome con suave violencia de los brazos de mi madre, me condujo hasta donde estaba mi caballo; ahogando mis sollozos, y enjugándome las lágrimas ardientes que rodaban por mis mejillas o se quebraban en mis pestañas, separé al sirviente que tenía la brida de mi cabalgadura y monté con prontitud; dando el adiós postrero a mis hermanitos que sollozaban en la galería, salí con rapidez, para aturdirme y no oír más la voz dulcísima de mi madre idolatrada, que aun me daba sus últimos consejos; salí para no volver más a la casa solariega, donde se deslizaron tan callados y felices los apacibles días de la niñez; a esa casa, de la cual ya no quedan ni los escombros, como reliquias de mi ventura muerta.

La ciudad dormía arrebujada en densa neblina y el rocío diamantino de la mañana, como lágrimas del cielo, humedecía las calles solitarias, que cruzábamos al galope.

Penosa y triste fue la primera jornada; el fúnebre paisaje que miraba por todas partes se avenía muy bien con el estado de mi espíritu; a uno y otro lado del camino se levantaban áridas y sombrías las cumbres desiertas de las montañas andinas.

Lentamente ascendíamos la empinada cuesta por el camino que serpentea, en curvas interminables, en la estrecha cañada de la cordillera, la cual parece agobiada por el peso del magnífico Chimborazo, que

se levanta con esplendidez maravillosa sobre la base de estos montes de granito.

Nuestros caballos, jadeantes y sudorosos, cruzaban por los sombríos pajonales, que silvaban o gemían dolorosamente, según la intensidad del viento gélido y húmedo que azotaba inclemente las nevadas cumbres de estas gigantescas montañas.

Casi a las seis de la tarde llegamos a *Chuquipogio*, rancho miserable, que por aquella época existía en las faldas mismas del Chimborazo; allí pernoctamos. A la madrugada del día siguiente continuamos el viaje con dirección a Ambato, en donde debíamos tomar los asientos reservados con anticipación para continuar, en *Diligencia*, hasta Quito.



A pesar de que nunca me había alejado de los linderos de mi provincia, no me sorprendieron los esplendores de la capital; quizás el estado de mi espíritu no me permitía hacer comparaciones entre la pequeña ciudad donde nací y la hermosa metrópoli ecuatoriana.

Los primeros días los dedicamos a conocer los templos y monumentos que nos dejaron los españoles en su larga dominación de tres siglos. Como ya otras plumas mejor tajadas que la mía han pintado magistralmente la magnificencia de edificios admirables, como los templos de la Compañía de Jesús, San Francisco y otros muchos, no quiero detenerme en su descripción.

Cuando mi bondadoso padre comprendió que mi resignación me haría tolerable su ausencia, me llevó a casa de un pariente nuestro, y engañándome que regresaría por la tarde emprendió su viaje de retorno al hogar.

Inquieto y preocupado por su tardanza, muy tarde me di cuenta de que había sido piadosamente engañado, y la desesperación se apoderó de mí pensando que no lo volvería a ver.

Pocos días después de su partida caí gravemente enfermo; desde el primer día permanecí en estado de inconsciencia; sólo un mes después supe que era víctima de la tifoidea, que me mantuvo inutilizado por largo tiempo.

Recuperada mi salud, gracias al esmerado cuidado de tres médicos que me asistieron, siendo uno de ellos un tío mío, fui conducido al colegio, en donde me recibió el P. Superior, con cariño y solicitud que jamás olvidaré.

Poco a poco fui acostumbrándome a esa nueva vida completamente opuesta a la que había tenido hasta entonces.

Habituado a la libertad absoluta, que en los meses de vacaciones, disfrutábamos en la bellísima propiedad rural que mi padre poseía casi en los suburbios de la ciudad, todo me hacía falta: la luz del campo, el perfume de las flores silvestres, el gorjeo de los mirlos, los sollozos del viento en los árboles centenarios, que en esos tiempos circundaban la casa; los jardines, cuidados con tanto esmero y cariño por nosotros; la fuente, que, en la silenciosa placidez de la dehesa, murmuraba sinfonías indefinibles; el palomar y las eras: ¡Todo me faltaba en el colegio!

Al fin, después de largos meses, llegaron los días de exámenes, y con ellos, los ansiados de vacaciones.

Terminados los exámenes, vinieron los sirvientes, enviados por mi padre, para que me acompañaran en el viaje de retorno al hogar inolvidable.

Eternos me parecieron los cuatro días que tardamos en llegar a la hacienda donde me esperaba la familia; al medio día del cuarto y último, oteaba con afán el horizonte limitado que a mi vista se extendía, y ví con júbilo inefable un grupo de jinetes, que ascendían casi al galope y se destacaban en la monotonía desesperante de los páramos sombríos: eran mi padre y algunos amigos que venían a mi encuentro.

Una hora después, al final de uno de aquellos recovecos del camino llegaba él, y bajando con rapidez increíble de su cabalgadura, se precipitó en mis brazos.

Poco después continuamos el camino; impaciente, ansioso y con vehemencia de niño, iba contando los puentes y las curvas que aun nos faltaba hasta la casa de la finca.

Declinaba el día cuando apareció la casa solariega, blanca y esbelta, entre la verdura de los capulíes y eucaliptos que la rodeaban; picando a mi caballo, me lancé al galope, a fin de ser el primero en llegar a los brazos de mi madre idolatrada.

En pocos minutos salvé los tres o cuatro kilómetros que nos faltaba, y sólo me detuve en el patio de la hacienda; alborozado y delirante, ni contesté al saludo cariñoso de los sirvientes, que se habían agrupado allí para recibirme, y me arrojé en los brazos que ella me extendía. Besos y lágrimas, sollozos de dulce alegría, fueron nuestros saludos recíprocos; las

palabras hufan de los labios, porque en estos casos, más elocuentes son las lágrimas y los besos, para expresar toda la intensidad del sentimiento, sea de dolor o de alegría.

¡Horas felices de la niñez; días incomparables de candor y de inocencia, ¿porqué no volvéis a darnos la paz del corazón, que la lucha cotidiana o la perfidia de los hombres nos han robado?

Quizás estos fueron los mejores días de mi vida; era el niño mimado de la familia; mi madre elegía siempre lo mejor para mí, y consolaba a mis hermanitos, diciéndoles que pronto debía regresar al colegio, donde yo no tendría nada de lo que en casa se preparaba. Ellos, pobrecitos, que no tenían otro afán que el de complacerme, cedían amablemente a toda insinuación.

En esta alternativa de inquietudes o de esperanzas, de ventura o cruel angustia, iban rodando los años.

El Superior del colegio, satisfecho de mi conducta y aplicación, y de acuerdo con mis padres, resolvió enviarme a Italia para que estudiara la técnica de la cerámica, y convinieron en que emprendería mi viaje después de un año.

Había terminado el curso de Literatura, y comenzaba el de Filosofía, cuando estalló, formidable y arrolladora, la revolución liberal, que dio en tierra con el régimen conservador.

Como la Capital quedó incomunicada con las provincias centrales y meridionales de la República, por la interrupción absoluta del correo, nada supe de los

mios durante largos meses. Esto alteró profundamente mi salud.

En el mes de julio de aquel año infausto, recibí la primera carta de mis padres, después de tres meses de no haber tenido noticia alguna de ellos. Mi padre me ordenaba terminantemente que no demorara un día en Quito, por el mal estado de salud de mi santa madre; ella no me ordenaba, me suplicaba que volara a sus brazos, porque temía morir sin darme su bendición; me narraba en frases elocuentes, como ella sabía escribir, en párrafos tiernos y hondamente conmovedores, los sueños que le habían atormentado en aquellos días; sueños en los que se veía muerta y rodeada de sus hijos, pequeños y llorosos; ¿era, acaso, el presentimiento, que en forma de sueño, le anunciaba su próximo fin?

Impresión dolorosísima y profunda me causó la lectura de esta carta, que por desgracia mía, se quemó en Guayaquil.

III

Como la revolución continuaba vigorosa en la provincia de Bolívar, una de las primeras en alzarse contra el Gobierno, así como también, en las provincias del litoral ecuatoriano, muy difícil era salir de Quito en aquellos días; felizmente, la influencia de un pariente mío, me facilitó aquel viaje, que ya no lo hacía con la ilusión de los anteriores, pero sí, con igual vehemencia y desesperación.

En una mañana de agosto, luminosa y fría, abandoné Quito, la ciudad donde quedaban muertos mis ensueños de adolescente y sepultadas, para siempre, mis esperanzas de artista.

Las dos cadenas de los Andes, casi en línea paralela, en toda la región central, estaban esa mañana inolvidable, despejadas completamente; en la oriental se destacaban, con sus cumbres doradas y radiantes, el Antisana y el Sincholhua, el Paschoa y el Rumiñahui, y más lejano el Cotopaxi, magnífico y temible; al Sur, el Llanganate y el famoso Tungurahua. En la occidental se erguan altaneros y solitarios, los picachos del Pichincha, y perfectamente

delineados. el Atacazo, el Corazón y el Iliniza; todos refulgían en sus cúspides. cubiertas de nieve eterna, la luz purísima de esta mañana bella.

La *Diligencia*, carruaje de ocho asientos, que en aquellos tiempos servía para conducir a los pasajeros, de Quito a Ambato, y viceversa, rodaba con velocidad vertiginosa por la carretera de García Moreno; los cocheros y *zagales* (ayudantes), silbaban tristes yaravíes o entonaban cantos populares, al compás del movimiento del carruaje.

De los seis pasajeros que allí veníamos, cuatro eran paisanos míos, que impacientes ansiaban también llegar, cuanto antes, a los paternos lares.

Casi al medio día almorzamos en Machachi, población situada en las faldas del Rumiñahui, y en pleno callejón interandino. Inmediatamente después del almuerzo continuamos con dirección a Latacunga, donde debíamos pernoctar.

Monótono era el paisaje que se nos ofrecía; todo el histórico nudo de Tiopullo es una inmensa antiplanicie, cubierta de paja amarillenta y seca; sólo en algunos repliegues de las colinas, se observaba algunos arbustos desmedrados y raquíticos, cuya verdura contrastaba maravillosamente con la desconsoladora aridez de aquel inmenso panorama.

Al Sur del Tiopullo continúa la antiplanicie con el nombre de Chasqui, pampa estéril, cubierta de enormes piedras calcinadas, que el terrible Cotopaxi ha arrojado en sus erupciones formidables.

Al fin entramos en terreno fértil y cultivado, que hace variar completamente el paisaje; las exten-

sas dehesas o potreros y los maizales en sazón, armonizaban perfectamente con la variedad de tonos de los demás terrenos sembrados de trigo, cebada y otros cereales, más o menos apreciados en el país.

Cansados y ateridos por la nevada que cubría, como sudario inmenso la llanura, llegamos a Latacunga, en donde, los agentes de policía nos exigieron tercamente el respectivo pasaporte.

La mañana siguiente fue también luminosa y fría; muy temprano emprendimos el viaje con dirección a Ambato; el paisaje era espléndido: en las dos cadenas se alzaban gallardos y refulgentes los picos y nevados, que a modo de eternos centinelas de las ciudades, se yerguen en sus faldas, y parece que avizoran el horizonte, formando muralla inexpugnable para defenderlas de ataques y sorpresas de enemigos traidores o felones.

De lado y lado de la carretera surgían los maizales; la inmensa planicie andina parecía un enorme tablero de ajedrez: la pampa ilimitada y policroma, dividida y subdividida en parcelas, de dimensiones más o menos regulares, hacía más hermoso y pintoresco aquel paisaje interandino.

Rápidamente íbamos cruzando por pueblos y caseríos, aldeas y villorrios aislados y paupérrimos; los seis mulos que halaban el carruaje, corrían por el camino impulsados por el látigo que chasqueaba con frecuencia y caía vibrando sobre sus lomos.

A las diez de la mañana estuvimos en los suburbios de la pintoresca ciudad antes nombrada; el río de *Ambato* nos ofrecía cuadros paradisíacos en sus

riberas, los bosques de perales, duraznos, manzanos y otros frutales de la zona templada, ocultaban con su ramaje los edificios blancos del pueblecito de *Atocha*, en donde se encuentra la bellísima *quinta* de León Mera, el dulce autor del Himno Nacional y de la inmortal *Cumandá*; algo más lejanos, hacia el sudoeste, los *Ficoas*, ofrecían igual espectáculo; allí está la *quinta* del admirable Montalvo, de ese maestro insigne, que en verbo cervantino y grandilocuente fustigó a sus enemigos en *El Cosmopolita*, la *Mercurial Eclesiástica* y otras producciones que tanta fama han dado a su nombre y a su patria.

A uno y otro lado del *Ambato* surgen por doquiera, *quintas* y más *quintas*, que orillaban este río: *La Liria* y los *Miraflores*, *Catiglata* y *Pishilata*, y todo ese conjunto de casitas, huertos y jardines, realizaban bellamente la entrada de la ciudad.

Mucha agitación y movimiento encontramos allí; un cuerpo de línea que venía de la Capital, con dirección a Guaranda, se preparaba a emprender viaje inmediatamente, y por esta razón nos fue muy difícil encontrar a nuestros sirvientes, que nos estarían esperando desde el día anterior.

Pero no resultaron fallidas nuestras esperanzas de encontrarlos por alguna de las *quintas* cercanas a la ciudad; allí nos esperaban con las caballerías listas para continuar el viaje. El temor a la requisa de nuestros bagajes había obligado, a los previsivos muchachos, a esperarnos en los suburbios.

Como el batallón debía viajar por el camino de *Ganquis*, recientemente construído por el ex-Presi-

dente Flores, nosotros resolvimos seguir el nuestro por el camino colonial, llamado de Pilahuín.

Entre los compañeros míos, venía desde Quito, Manuel Pazos, estudiante de quinto año de Medicina, en aquella época. Su preocupación única, en esos días, era su madre, que según noticias recibidas en la Capital, se hallaba gravemente enferma; él consultó el caso a sus mejores profesores, y provisto de un verdadero botiquín, venía con la ilusión de que pronto iba a curarla con todos aquellos remedios.

Pero en Ambato se nos informó reservadamente, que aquella señora había muerto en días anteriores; terrible fue el conflicto para nosotros; y no sabíamos qué hacer en aquel instante de angustiosa incertidumbre.

Al fin, resolvimos continuar la jornada y comunicarle tan infausta noticia cuando estuviéramos próximos a Guaranda. El, que todo lo ignoraba, seguía con júbilo indescriptible acariciando la idea de que al día siguiente sería muy feliz en los brazos maternos.

¡Pobre corazón humano! ¡cuántas veces nos engaña sin prevenirnos, siquiera, los dolores, que inmisericordiosos, nos esperan cuando acariciamos una ilusión! ¡cuántas veces alimentamos locas esperanzas en los instantes mismos que ya están marchitas o muertas por la realidad cruel!

Ocultando nuestras lágrimas le dejamos preparar las alforjas, en las cuales guardó cuidadosamente los remedios, que para curar a su madre traía desde Quito.

Algo tarde era cuando salimos de Ambato y tomamos el camino de Santa Rosa para pernoctar en Pilahuín.

Puede decirse que desde su origen era malo ese camino que sigue entre riscos, desfiladeros y precipicios, casi en toda su extensión.

Apenas ascendimos las estribaciones de la cordillera occidental, principió el pajonal monótono y desierto y desde allí vimos perfilarse en el horizonte las siluetas de los picachos del Carihuairazo y la mole gigantesca del Chimborazo, cubierto de nieve resplandeciente desde sus faldas inmensas.

El temor de que se nos creyera revolucionarios que viajábamos furtivamente por aquel camino, por una parte, y el anhelo de llegar temprano a *Pilahuín*, por otra, nos hacía galopar, donde el terreno nos lo permitía.

Árido y triste era el paisaje; el yermo se extendía ilimitado a nuestra vista fatigada; ni un arbusto, ni un matorral crecían en aquellos páramos de ingrato recuerdo; ni siquiera el ladrido lejano de un perro venía a interrumpir el silencio y la monotonía de aquella soledad desesperadora.

La niebla descendía lentamente desde las crestas rígidas de los Andes y cubría los montes abruptos, casi desde sus faldas; la lluvia caía en hilillos interminables, y un frío de muerte torturaba nuestro cuerpo aterido y fatigado.

La noche, una noche lóbrega y helada, cayó sobre nosotros, que continuamos la jornada envueltos en tenebrosa obscuridad, dejando al instinto de nues-

tras caballerías continuar el viaje por aquellos desfiladeros y abismos infernales.

Muy tarde, quizás las diez, vislumbramos algunas casitas cubiertas de paja; los sirvientes nos dieron la buena nueva que habíamos llegado a Pilahuín.

Pedimos hospedaje en una de aquellas miserables chozas; se nos alojó en el corredor; allí hicimos traer haces de paja seca, y formando una fogata al centro, nos colocamos a su derredor, para abrigar nuestros cuerpos entumecidos por el frío. A falta de alimentos, que no encontramos a ningún precio, calentamos agua, que hubimos de tomarla sin azúcar y con sólo un poco de aguardiente, para tonificar nuestros nervios excitados por los peripecias de aquel viaje malhadado.

Los pajes salieron en busca del pienso para los caballos, y nosotros, haciendo colchón de las pequeñas alfombras, y almohadas, de las sillas de montar, nos entregamos al sueño reparador y piadoso, para continuar al día siguiente nuestra peregrinación amarga.

Después de una hora de caminar por aquellos desfiladeros, entramos en una llanura ondulada y cubierta de arena, un verdadero erial: era el llamado *Arenal Grande*. Las dunas y montículos de arena reluciente, se sucedían en hileras interminables; toda vegetación había muerto; ni la achicoria, ni la *chuiragua*, matorrales humildes, que embellecen estos parajes solitarios, dejaban ver sus flores secas y amarillentas.

Jadeaban los caballos y un sol de agosto lanzaba sus rayos de fuego sobre nuestras espaldas; nadie

hablaba; todos ansiábamos terminar la jornada, o por lo menos, salir de aquel erial donde toda vida estaba muerta.

Terminado el arenal, seguimos por los desfiladeros de estas punas desamparadas, que se extienden casi hasta Guanujo, población muy cercana de Guaranda.

Algo tarde llegamos a la primera de las poblaciones nombradas; almorzamos allí y resolvimos comunicar a nuestro amigo y compañero, la catástrofe de su hogar.

En efecto, el encargado de cumplir con tan penoso deber, vacilando aún, comenzó a balbucir esa palabra *muerta*, tan lacónica en su expresión, pero tan terrible en sus efectos.

Medio enloquecido se arrojó en nuestros brazos; lloraba desesperado, llamando a gritos a su madre, que ya no le oía, ni le oiría más.

Muerta la madre ¿qué queda en un hogar? ¿quién puede medir toda la intensidad del dolor que causa, una sola vez, en la vida, esa puñalada incurable que destroza el corazón humano, cuando muere una madre amantísima?

Nunca pude imaginar que muy pronto iban a llegar para mí también esas horas de desesperación mortal, que dejarían mi espíritu enfermo por toda la existencia.

I V

Ya estaba muy avanzada la tarde cuando resolvimos bajar a la ciudad, que sólo distaba de Guanujo, unos veinte minutos.

Dejando en su casa al huérfano compañero, me dirigí a la mfa: pero a nadie encontré allí; todos me esperaban en la finca; esto calmó la desesperación de mi alma, porque comprendí que mi madre no estaría grave.

Hice cambiar el caballo, y acompañado de un sirviente, partí al galope en busca de los míos, que impacientes me estarían esperando.

Muy difícil se hizo esta última parte de la jornada, a causa de las tropas que llegaban del Norte esa misma noche; pues, además del cuerpo de línea que salió de Ambato el mismo día que nosotros, venía otro de Riobamba, a reforzar la guarnición de Guaranda, que por entonces, era la llave de la región interandina.

Las tropas de la revolución, y cuyo Jefe era el General Eloy Alfaro, estaban acampadas en San

Miguel de Bolívar, población situada a pocas leguas de la capital de la provincia.

Espoleando al brioso caballo que montaba, me separé de la carretera y tomando por un atajo, me dirigí violento a casa de mis padres.

Desde lejos pude observar los haces luminosos de los faroles que ellos habían hecho colocar en los corredores de la casa.

Me esperaban con angustia, y su júbilo fue inmenso cuando oyeron el galopar de los caballos. Ahogándome con las lágrimas que tragaba silenciosamente, besé con locura a la dulce madre mía; y con espanto y desesperación inauditos, miraba su semblante pálido y marchito.

Rápidamente se aproximaba el fin de la guerra civil. El Gobierno de Quito acumulaba, diligente y previsivo, sus fuerzas en las ciudades de Riobamba y Guaranda; el ejército revolucionario, talvez más numeroso y mejor equipado, tomaba posesiones en lugares estratégicos y muy cercanos a las dos ciudades mencionadas.

Al fin, el 6 de agosto se libró el primer combate en San Miguel; después de algunas horas de lucha porfiada y sangrienta, fue derrotado el ejército del Gobierno, que se replegó, primero a Guaranda, y luego a Riobamba. El General Vernaza entró, al día siguiente, con mil hombres, en la primera de las ciudades nombradas.

Después de pocos días de descanso, estas fuerzas se dirigieron también a la provincia del Chimborazo. El día 14 del mismo mes, se libró la batalla de Gata-

zo, en la que, casi sin combatir, volvieron a retirarse a Quito, las fuerzas gobiernistas.

El General Alfaro, caudillo de la revolución, y Jefe Supremo, ocupó en seguida las plazas de Riobamba, Ambato y Latacunga, y después de algunos días, entró, sin resistencia, en la capital de la República.

En el combate de San Miguel cayó luchando como bueno, un tío mío, hermano de mi madre; era primer Jefe del batallón Bolívar.

A ella no se le hizo traslucir este luctuoso acontecimiento; pero lo presentía; su corazón magnánimo y delicado, lo adivinaba.

En los últimos días de agosto se reanimó bastante; esto nos hizo confiar en su mejoría; pero en septiembre hubo necesidad de trasladarla a la ciudad, por un fuerte retroceso que sufrió en esos días; allí permanecimos hasta mediados de octubre, en que regresamos a la quinta, porque ella lo quería.

Dos veces al día la visitaban los médicos; pero la astenia se apoderaba lentamente de su delicado organismo, y en plena juventud se marchitaba, como lirio sediento en una mañana estival.

Mi padre, que por aquella época frisaría con los cuarenta años, miraba el progreso del mal, con desesperación enloquecedora; porque nuestra adorada enferma, además de la afección cardíaca tenía otras complicaciones, que podían matarla en cualquier instante.

En los últimos días de octubre, la gravedad fue alarmante, por lo que se pensó en trasladarla, de

nuevo, a la ciudad; pero ella se opuso tenazmente, pidiendo como último favor, que se la dejara terminar su vida en esa casita de campo, donde se habían deslizado, tan calladas y felices, las mejores horas de su vida, en compañía de su esposo y de sus hijos.

Mi atribulado padre, que la amaba con delirio, no opuso resistencia ninguna, y así, continuamos en esta alternativa cruel y dolorosa, esperando el desarrollo de los acontecimientos. Todos presentíamos que el desenlace de la calamidad que se aproximaba, no estaba ya lejano.

Ya no se levantaba; troncada como un jazmín enfermo, su voz se hacía cada vez más débil; pero el cerebro no perdía su lucidez; y parecía que su preocupación única eran la soledad en que quedaría su esposo, y el porvenir de sus tiernos hijos.

En la tarde del 1º de noviembre pidió un sacerdote, y a la mañana siguiente, acompañado de algunos sirvientes fui a la ciudad en busca del viático. Al despedirme me dijo: "No tardes, hijo mío, que ya son pocos los minutos de vida que me quedan": me abrazó con ternura inmensa, y besándome en la frente y en los ojos, me dio su bendición y me despidió llorando.

Crucé al galope la llanura que separa nuestra casa de campo, distante apenas quince minutos de la ciudad.

Impaciente esperaba, con los caballos listos, al sacerdote que debía llevarle el viático; pero minutos después llegaba otro sirviente, en busca mía, a nombre de mi padre, que me llamaba con urgencia.

Encargándoles a ellos que acompañaran al eclesiástico, monté inmediatamente, y clavando las espuelas en los ijares del caballo, en pocos minutos estuve en la quinta.

No quisiera recordar el cuadro dolorosísimo que a mi vista se presentó; pues, aunque ya han corrido treinta años, todavía sangra el corazón y se retuerce en convulsiones de muerte, cuando el recuerdo trae a mi memoria aquella catástrofe moral de toda una familia.

Antes de penetrar en el patio me dí perfecta cuenta de lo que había sucedido, por los sollozos y gemidos de los sirvientes. Enloquecido por el dolor y en estado de subconciencia, me lancé al lecho donde reposaba el cadáver de mi madre adorada.

No tengo, desgraciadamente, nociones precisas de lo que me aconteció; sólo recuerdo vagamente, que rodeando su cuello con mis brazos, besaba su yerta faz, tronchada como un lirio, y la bañaba con mis lágrimas ardientes; yo la llamaba con desesperación que rayaba en locura; pero ella no me oía, no quería oírme; la eternidad inclemente y cruel se interpuso, con ferocidad inaudita, entre ella y sus huérfanos infelices, que luego nos dispersamos como hojas secas arrastradas por el vendaval del infortunio.

V

Era mi madre alta y esbelta, de color trigueño y de ojos negros, como las noches sin luna, de boca pequeña, y sus labios delgados y rojos encerraban, como estuche de corales, los dientes blancos y bien formados; en su mirada reflejaba fielmente su gran inteligencia y su infinita bondad. Creo que al morir tendría sólo treinta y cinco años. Caritativa y generosa, asistía como verdadera madre, a todos los porteadores de las provincias norteñas, que por fatalidad, regresaban de Babahoyo con la terrible fiebre amarilla, terror de los habitantes de las serranías.

¡Cuántas veces la vimos enjugarse los ojos plétóricos de lágrimas, ante el cadáver de los infelices que caían en nuestra casa! ¡cuántas veces mi padre, tomándole de la mano, la llevaba lejos de aquellos muertos, muchos de los cuales no tenían en sus últimos instantes, más compañía que la de esta santa mujer, que ayudada por los sirvientes, los amortajaba para enviarlos, piadosamente, al cementerio!

¡Cuántas veces, sus sollozos, confundidos con el rumor del viento, que se llevaba las hojas muertas, era algo así como la triste elegía por el alma de aquel desdichado que caía tan lejos de su hogar!

Consumada nuestra desgracia, se propagó rápidamente por la ciudad la fatal noticia, consternando profundamente a la sociedad.

Sólo entonces pudimos apreciar el amor y la veneración de todas las clases sociales a la *santa* que acababa de hundirse, tan prematuramente, en el seno de la eternidad.

A las seis de la tarde comenzó a organizarse el fúnebre desfile, que duró casi una hora; la indecisa penumbra de la luz crepuscular de aquella tarde infausta, bañaba toda la llanura glauca y solitaria; la neblina sutil y fría cubría lentamente todo aquel agreste panorama; poco a poco iba iluminándose la pampa ennegrecida, con las luces de los farolitos, que surgían por millares en medio de la lóbreguez de aquella noche de horrible desconsuelo; la juventud, en medio de la masa humana, que acompañaba al cadáver, se alternaba para llevar en sus hombros la caja en que reposaba el cuerpo helado y rígido de la que fue alma de nuestra alma y vida de nuestra vida.

Mi padre, con sólo tres de sus hijos, cerrábamos esta lúgubre procesión, porque los demás eran muy pequeños para ir con nosotros. Así se realizaba uno de aquellos fatídicos sueños, en que ella se vió muerta un año antes de este fatal acontecimiento,

y conducida a la ciudad, en la forma que voy relatando.

Según era costumbre, en aquellos tiempos, el cadáver fue depositado en la iglesia principal, donde debían celebrarse, en la mañana siguiente, los funerales, para luego proceder a la inhumación.

Dolor hondísimo y profundo; desesperación cruel se apoderó de nosotros cuando vimos que aquellos adorados despojos iban a quedar encerrados por toda la eternidad en esa pequeña bóveda, mansión de paz absoluta, para los que allí descansan de las miserias y dolores de la vida.

Acompañados de mi padre, nos dirigimos a donde su anciana madre; llegados allí, se desarrolló una escena muy triste y dolorosa: arrodillándose él, hizo que nosotros hiciéramos igual cosa, y con frases que no quiero recordar, le pidió que acogiera en su casa a esta familia de huérfanos; la anciana venerable aceptó llorando el ruego de su hijo, y desde aquel día quedamos con ella, hasta que llegó el de nuestra dispersión definitiva.

Pero no terminaron aquí nuestros dolores; el infortunio desencadenado con saña feroz, nos perseguía con crueldad inaudita: desde el día siguiente al de nuestra desgracia, el exceso del dolor por la pérdida de su esposa, a quien amaba mi padre con idolatría, le hizo perder la razón, y todas las noches que iba a visitar, en el cementerio, la tumba de su adorada compañera, según lo supimos meses más tarde, regresaba en estado de excitación nerviosa alarmante.

Así pasaron algunos días, hasta que me ordenó que regresara a Quito a continuar mi educación; en vano fueron mis súplicas y mis protestas; inexorable, como siempre, no escuchó, no quiso escuchar ninguna razón; y la víspera de mi partida se encerró en su habitación, desde muy temprano, y escribió hasta muy tarde; al día siguiente, cuando ya iba a montar, me entregó una carta para mí, ordenándome que la leyera el día que se cumpliera un mes de muerta mi madre inolvidable; prohibiéndome, en términos severísimos, que lo hiciera antes de la fecha indicada.

Abatido por el dolor y desesperado por la orfandad, ya no encontré atractivo alguno en la capital, y sólo esperaba con febril impaciencia, la triste fecha en que debía leer esa carta.

Y para desventura mía, llegó también esa hora de consternación y duelo profundo. Muy temprano, y con mano temblorosa rompí el sobre de filos negros; vacilaba, no sé por qué, en abrir las hojas del papel, hasta que al fin, desdoblándolas con cuidado, di lectura a ese como testamento de mi padre infortunado.

También aquellos sagrados pliegos fueron presa de las llamas, junto con mis papeles, mis libros y todo cuanto poseía, en aquel incendio voraz de Guayaquil, anteriormente mencionado.

Apenas recuerdo, que entre otras cosas me decía que tenía pruebas evidentes de morir muy pronto, porque su santa esposa le llamaba a su lado, que entonces nuestra orfandad sería doble; en cuyo caso, como primogénito, yo estaba obligado a aban-

donar la capital y a retornar al hogar, dos veces huérfano, para reemplazarle como jefe de la familia.

Tenía diez y siete años cuando se desarrollaron estos acontecimientos; no me di perfecta cuenta de la magnitud de la desgracia que nos amenazaba, y en vez de tomar alguna medida salvadora, todo aquel día lo pasé llorando.

Por la tarde de aquel *dos* de diciembre inolvidable, porque está grabado con sangre en mi corazón, recibí telegrama de mis hermanos, avisándome la nueva calamidad que acababa de consumarse en nuestro hogar: ¡mi padre había muerto!

Abrumado por tanta desventura, y sobre todo, resuelto a cumplir fielmente las órdenes postreras del autor de mis días, me despedí de mis maestros, muchos de ellos, inmejorables amigos en los años que pasé en aquel colegio, que ahora abandonaba para siempre.

De regreso al hogar de mis huérfanos hermanos, se me narró en términos hondamente conmovedores su doloroso fallecimiento.

En aquel día malhadado había amanecido con menos desesperación que en los anteriores, por lo que la familia le permitió ir a visitar la finca, a la cual no había vuelto desde la muerte de su esposa; pero una vez que hubo penetrado a la habitación, donde aun se conservaban los muebles y todo lo que allí había, en el mismo estado en que quedaron cuando murió mi madre, el desconcierto de su cerebro llegó al grado máximo; sin embargo, según referencias de los sirvientes cuidadores de la casa,

parece que luego se tranquilizó y pidió a éstos que le dejaran sólo; ellos se retiraron silenciosamente a sus habitaciones; pero intranquilos por la absoluta quietud que reinaba en el aposento, volvieron solícitos a ver a su señor, y lo encontraron retorciéndose en convulsiones de agonía y de muerte, en el mismo lecho en el cual exhaló mi madre su postrer aliento. A la misma hora que ella nos abandonara para siempre, cayó también él, impulsado por la fatalidad, por el desequilibrio de su cerebro enfermo y su inmenso amor a esta mujer, que en diez y ocho años de matrimonio, había sido modelo de esposas y de madres abnegadas y santas; a esta mujer que supo, con su inteligencia y sus virtudes, endulzar la vida de su amantísimo esposo y de sus tiernos hijos, sumidos ya en orfandad terrible y cruel.

El amor apasionado que mi padre conservó en su pecho para su nobilísima compañera, en los días de su vida, y la desesperación causada por la soledad de su alma, trajeron, como consecuencia inmediata, aquella enagenación mental que terminó con esta crisis violenta, y quizás, inaudita.

A esos dardos envenenados que la muerte clavó en su corazón paternal, vino a sumarse el que acabó de desgarrarlo: mi viaje a la capital.

VI

En aquellos días de mortal angustia, mi corazón había sido presa del primer amor, de ese amor cuyo recuerdo se conserva fresco y puro en el alma de todo hombre sensible, hasta las últimas horas de su existencia.

Era ella de estatura mediana, de ojos negros y flecheros; su boca pequeña, de labios color de fresa y dientes diminutos; de nariz ligeramente aguileña; la epidermis de su rostro bello era finísima, blanca y sonrosada; parecía una muñeca de porcelana modelada por inimitable artista para mi recreo y mi felicidad; esbelta y arrogante; apenas tenía quince años, pero su cuerpo bien desarrollado y de líneas casi perfectas, así como su inteligencia esmeradamente cultivada, revelaban mayor edad. Dotada de exquisita sensibilidad compartió con nosotros de todas las angustias y dolores que nos causaron la cruel enfermedad y fallecimiento de mi madre adorada. También ella era huérfana y sintió renovarse el dolor en su corazón.

De esta intimidad fraternal en que vivimos aquellos días tristes y terribles, nació espontáneo e irresistible en nuestros corazones juveniles, el amor purísimo de la adolescencia.

Se educaba en un colegio de religiosas, en la capital de la República; pero en esta época, ella tuvo que permanecer en la ciudad de su nacimiento, pues que su padre estaba desterrado por causas políticas.

Rosa Estela, este era su nombre, amaba la pintura y la música con predilección, y a su cultivo dedicaba todas las horas que las demás ocupaciones le daban tiempo.

Para no perder su costumbre y entretener las largas horas que pasaba junto a la cabecera de mi madre, había hecho llevar su paleta y sus pinturas a nuestra casa de campo, y allí, pintaba acuarelas bellísimas y paisajes de indiscutible mérito artístico.

No sé si este cariño nació simultáneamente en nuestras almas; lo que sí recuerdo perfectamente, es que al cabo de pocos días de mi regreso de Quito, ella no fue indiferente a la pasión violenta, intensa y avasalladora que se había adueñado de mi corazón.

Primero sostuve un largo y porfiado asedio con mis ojos para vencerla; yo aprovechaba de todos los instantes que no había testigos para buscar en sus pupilas negras y refulgentes la luz de sus miradas, que llegaban hasta el fondo de mi alma, y la saturaban de alegría, de consuelo y de esperanza. Cuando comprendí que ya no era indiferente a mi cariño, a este amor, que por primera vez hacía palpar con violencia inusitada mi corazón de adolescente; lo re-

cuerdo, como si fuera ahora, tomándole de la mano, le hablé conmovido y apasionado, de este dulcísimo sentimiento que embargaba mi alma; de este amor que ella había encendido en mi pecho; conmovida también, intensamente pálida escuchó mi revelación, pero sin gazmoñería ni falsos rubores; tranquila y tierna, serena y fuerte, me agradeció con la ecuanimidad de mujer inteligente; me habló de lo prematuro de esta pasión, ~~que quizás no sería sino~~ un sentimiento fugaz de simpatía recíproca el cual podría convertirse en fuente de dolores y de lágrimas, y morir ahogado por la oposición de nuestras familias, o cualquiera otra causa imprevista por nuestra inexperiencia.

Yo no atendía a ninguna de sus razones, y todos sus argumentos fui debatiendo, uno a uno, hasta que se alejó convencida de la necesidad de corresponderme.

Desde entonces, todos los días me levantaba temprano, porque sabía que ella estaba en pie desde la madrugada, ordenando lo que debían hacer los sirvientes y organizando las labores del hogar.

Esta era la hora de nuestras confidencias; nuestra voz, confundida con el rumor de las frondas, el gorjeo de los mirlos y el arrullo de las palomas que se desparezaban con la luz del sol, se hacía más melodiosa y tierna, y entonces nuestras almas mejor se hablaban y comprendían.

Ella correspondió a mi cariño avasallador y tempestuoso con su amor tímido, apacible y abnegado.

Y era ella quien me servía el desayuno en mi cuarto de estudio, porque desde cuando la amaba con locura, muy pocas veces iba al comedor, a fin de no perder estos minutos de dulce compañía. Allí me quedaba largas horas, todas las que la gravísima enfermedad de mi santa madre me lo permitía, dedicado a mis ensayos literarios, a mis primeros versos escritos para esta amable y bella criatura, cuya imagen adorada estaba incrustada en mi alma y en mi corazón.

Después de la horrible desgracia que enlutó, para siempre nuestro hogar, continuó con nosotros, y cuando partí a la capital obedeciendo las órdenes severas de mi padre, fue ella quien me dió fortaleza para alejarme.

En los días que duró mi ausencia, nunca dejó de escribirme largas y sentidas cartas, saturadas de hondo sentimiento y melancolía, en las cuales, se revelaba su temperamento delicado, sensible y triste; así como también, su temor al futuro, a ese futuro tan incierto para los huérfanos sin ventura.

El viento de los recuerdos agita las fibras de mi corazón cuando me trae, en sus alas impalpables, las muertas esperanzas y las ilusiones truncadas y perdidas, y más que todo, las emociones dulcísimas de aquellas horas pasionales de este amor primero, tan fugaz y desgraciado.

Quando el huracán del infortunio me hizo retornar al hogar, la encontré en su casa, donde vivía con su madrastra y sus hermanitos menores. Pero desde

mi llegada, volvió a la nuestra, y muchas veces, desde muy temprano.

En uno de aquellos días de dulce recuerdo para mí, un rayo de sol mañanero y jugueteón bañaba hasta el fondo de mi gabinete de trabajo, y me traía, en su luz esplendorosa y cálida, toda la alegría de los rosales en plena floración primaveral; yo estaba triste porque la miré más preocupada que de costumbre; sin embargo, mi corazón se abría vehemente y apasionado, como una azucena temblorosa, al contacto de las auras matinales; presentía la felicidad y por eso palpitaba de emoción, como los nardos sedientos, cuando los besa amoroso y dulce el rocío de la aurora.

Resplandeciente de gracia y de belleza, acercábase a mi mesa de trabajo, unas veces lenta y sonriente, ótras, grave y preocupada; en sus redondas mejillas florecían dos rosas encarnadas; tierna y amorosa, ruborosa y lánguida, me traía en sus pupilas refulgentes toda la bondad de su alma y la pureza de su corazón.

La adorada flor de mis ensueños, con su perfume delicioso, embriagaba mi alma y la saturaba de paz infinita. Sus labios finos y rojos, como pétalos de amapola, escondían egoístas y seductores las cándidas perlas de sus dientes diminutos y nacarados.

En su encantadora sonrisa, que no he visto dibujarse en la boca de ninguna otra mujer, me prometía ensoñaciones divinas y ansias inefables de paz, de amor y de esperanza.

En aquella mañana, dejando sus pinceles, se retiró al salón, y allí la sorprendí, mustia, como una rosa

enferma sentada en una poltrona y con la mano en la mejilla, estaba triste pero bellísima; pálida pero seductora. Trémulo y apasionado, venciendo su pudor de virgen cristiana y su timidez de niña ingenua y candorosa; tomé su cabecita de artista entre mis manos y desfloré un beso cálido y ardiente en la dulce amapola de sus labios: ¡era el primer beso, silencioso y enloquecedor, en el cual le entregué rendida toda mi alma!

Primer beso de amor, que roba a la mujer amada la miel de su boca, que nos trae un minuto de felicidad ocultando la triste realidad de toda una existencia; comunión santa de dos almas que se confunden en una sola, y cambia en edén florido el yermo de la vida; fusión de dos corazones que se despiertan, que vibran y que cantan embriagados de luz, de perfumes y armonías.

Beso callado y sin palabras, que es más elocuente y delicioso que un millar de juramentos; beso que enjuga nuestras lágrimas, trayéndonos en la sonrisa de la amada, un mundo de ideales y esperanzas; beso que hace reflorar las ilusiones en nuestro corazón; que eleva el alma a las regiones del ensueño, y radiante de ventura, torna a cantar la eterna sinfonía del amor. Beso que nos devuelves toda la frescura de nuestra juventud ya muerta, y borrando los dolores pretéritos nos traes horas luminosas y radiantes en el perfume de tus recuerdos ¡bendito seas!

Cuando ella quiso desasirse de mis brazos, que a modo de férreas cadenas, la oprimían contra mi pecho, y volviéndola a besar, le dije: "adorable prin-

cesita de mis ensueños, hoy he besado por primera vez tus labios aterciopelados y fragantes como un ramo de claveles rojos: ¡hoy creo en la felicidad!

Temerosa de que alguien nos sorprendiera, al fin logró desprenderse de mis brazos y huyó veloz de la habitación, dejándome en los labios la fragancia deliciosa de sus besos, y en el alma, el recuerdo indeleble de ese aroma.

VII

Convencido ya del amor que acabábamos de sellar con nuestros besos ardientes y puros, mi alma sentía las emociones de la victoria y la dulcísima alegría de la esperanza convertida en bella realidad.

Obligado por mis labores agrícolas, casi todos los días salía muy temprano en mi caballo favorito, un animal tan inteligente y dócil, que instintivamente me llevaba por la casa de Rosa Estela, a quien yo saludaba con la mano; ella me esperaba en sus balcones para darme el *buenos días*.

Muertos mis padres, sólo habitaban en la casa de campo, el mayordomo y su familia; yo iba por la mañana y regresaba por la tarde. La habitación donde ellos murieron permanecía cerrada, porque no nos atrevimos a abrirla, y no por temor a sus sombras venerandas y queridas, que parecía sollozaban en aquellos aposentos abandonados de la casa, sino más bien por esa horrible angustia, esa desesperación infinita que siente el alma acongojada por el doloroso recuerdo de los seres que se van.

De entretenimiento y de solaz eran para mí las

horas que pasaba en aquella heredad, hoy dividida y subdividida entre los muchos propietarios, que han comprado, en lotes y parcelas, las tierras que componían esta propiedad rural tan querida para nosotros.

Personalmente distribuía el trabajo entre los peones de la hacienda; mientras unos deshierbaron los alfalfares, otros se ocupaban en hacer setos vivos o cercados de cabuya en los grandes cuadros de terreno, sembrados de cereales; éstos cortaban el trigo o la cebada, al compás del *Jahuay*, triste canturria de los indios que pueblan esta provincia; aquéllos recogían las gavillas y las conducían a espaldas, hasta la era, situada casi junto a la casa de la hacienda.

Estas cosechas terminaban con la trilla, una de las ocupaciones más laboriosas en los días de verano. Muy curiosa era la forma de esta labor en aquellos tiempos en los cuales no se conocían otros sistemas que los rutinarios que enseñaron los conquistadores a los habitantes de estas serranías: seis u ocho caballos atados daban vueltas pisoteando los montones de trigo o de cebada, cuyo grano iba desprendiéndose lentamente de la espiga; esta faena duraba de cinco a seis horas, según el tamaño de la parva que se trillaba.

Una vez terminada la primera parte del trabajo, los peones ponían en libertad a los caballos y luego con grandes horquetas de madera, en forma de tridentes, aventaban la paja que se desprendía fácilmente, y llevada por el viento iba a caer lejos del

centro de la era, en la cual sólo iban quedando los dorados granos de estos cereales codiciados. Poco a poco se formaban los montones, más o menos grandes, según la abundancia de la cosecha, y una vez separada completamente la paja, los limpiaban con las palas de madera, con rapidez increíble.

Terminadas estas labores, se traía la medida, un cajón de madera, que valía por una *cuartilla* de fanega (23 kilogramos, más o menos,) y en él se hacía el reparto equitativo entre el amo y sus *partilarios*. Tal es la forma en que se puede cultivar los campos en la provincia de Bolívar.

Desde la época de mis antepasados era costumbre entregar a cada uno de los indígenas que habitaban esta zona, una extensión de terreno, más o menos considerable, según su posibilidad, junto con las semillas que necesitaban; ellos se encargaban del cuidado de las sementeras, hasta el día de las cosechas, en que se partían, por mitades, los productos.

Casi siempre llegaban los *diezmeros* y *primicieros* en los instantes mismos del reparto: por cada diez medidas había que entregar una al tal *diezmero*; y ótra, por cada siete, al *primiciero*.

Eran estos individuos los cobradores de la contribución que, obligados por las leyes que regían entonces, debían entregar a los curas de las parroquias todos los que algo cosechaban. Los señores curas vendían estos derechos de recaudación de los *diezmos* y *primicias* a individuos sin conciencia que cometían abusos y villanías con los indígenas infelices.

El Dr. don Antonio Flores, con acierto y sabiduría, sustituyó esta contribución con el impuesto del *tres por mil* sobre el valor de cada propiedad rural, y así desaparecieron muchos abusos que se cometían para satisfacer la codicia de los tales recaudadores.

La cosecha de maíz nos proporcionaba cuadros interesantes y pintorescos: generalmente, un grupo de quince a veinte peones (hombres y mujeres,) se colocaban en fila y siguiendo la dirección de los surcos, con sus ringleras de plantas, iban extrayendo las mazorcas y las colocaban en sendas bolsas de fibra de cabuya, llevadas para este objeto. Cuando estaban llenas, se transportaban a los sacos más grandes, denominados *costales*, situados en alguna eminencia de terreno, desde donde, el amo vigilaba el trabajo de todos.

Esta ocupación duraba hasta las cinco de la tarde, hora en que se suspendía para proceder a la partición de lo que se había recolectado.

Muchas veces me sorprendía el crepúsculo vespertino en esta faena, terminada la cual, regresaba, casi siempre triste, a la ciudad, por aquella carretera obscura y silenciosa, por donde, un año antes, cruzó, en fúnebre procesión, el cadáver de la dulce madre mía.

Bellísimo era el panorama que en esas admirables tardes agosteñas contemplaba desde la prominencia donde estaba situada la era de la finca,

El sol, con su disco enrojecido, bañaba con rayos oblicuos y relucientes las crestas de la andina cordi-

llera, cuyo perfil se dibujaba en el cielo purpurino del oriente; el Chimborazo gigante sonreía a la tarde que agonizaba arrebuñado en manto de oro con guarniciones de plata y fimbria de esmeralda; las montañas occidentales proyectaban sombras gigantescas sobre las llanuras, anunciando, con melancolía indefinible, el crepúsculo que se extendía con vertiginosa rapidez, sobre la faz marchita y fatigada de la tierra.

Rosa Estela me esperaba siempre en su balcón, perdida entre las flores que cultivaba con maternal cariño, y con alborozo infantil me saludaba, extendiendo su blanca mano por encima de las gardenias y campánulas, que luego arrancaba, para adornar con ellas, su habitación favorita.

Su madrastra, parienta mía, miraba estas demostraciones de cariño recíproco, con sumo desagrado, y nó por falta de afecto para los dos, sino más bien por exceso de ternura y temor a nuestro porvenir, puesto que yo no contaba con patrimonio seguro para satisfacer las necesidades del hogar.

Pero ni sus consejos, cariñosos y oportunos, ni su terquedad hacían mella en nuestro ánimo, y más bien se retemplaba para sostener la lucha iniciada en tan desfavorables condiciones.

En este vaivén de emociones dulces o amargas, en este mar proceloso y agitado por olas de angustia y desesperanza y huracanes de próxima tormenta, iban rodando los días y los meses, sin que vislumbráramos en lontananza la barca salvadora para nuestras almas abatidas por el dolor y la orfandad.





Yo que creía que este idilio nacido en las horas más amargas de mi vida; en los minutos postreros de la más santa de las madres, tendría duración eterna; nunca presentí que había de terminar casi en los instantes mismos de su nacimiento.

El destino inexorable, que señala el rumbo a cada individuo, en el sendero de la existencia, desde que abre sus ojos a la luz primera hasta que cae, vencido por el dolor o por la lucha, para no levantarse más, tenía dispuesto que también esta ilusión de un día, este amor florecido en la plenitud de los rigores del invierno de mi vida, muriera dolorosamente, dejando en mi espíritu el aroma de su recuerdo perdurable.

Ella era alegría en mis dolores; consuelo en mis aflicciones; esperanza en mis angustias, y fortaleza en mis quebrantos; cada día hallaba un nuevo encanto en su sonrisa, más fuego en su mirada, y nobleza en su corazón. Ese amor idealizado por nuestras almas soñadoras, era para mí el tesoro más preciado que la suerte podía darme en aquellos días de tribulación y

de lágrimas. Pero también aquel inefable consuelo de su cariño purísimo iba a morir asesinado cruelmente por el desengaño; también esa flor cultivada en mi pecho con fervoroso entusiasmo iba a agostarse prematuramente, calcinada por el ígneo huracán del infortunio.

Cuando su familia y la mía comprendieron nuestra pasión recíproca, trataron de impedirla, pues creían un crimen el amor de dos almas jóvenes que habían sabido comprenderse y amarse con locura.

A medida que los obstáculos aumentaban, nuestro cariño ardía con mayor intensidad, y creíamos que podríamos triunfar fácilmente de aquellas pueriles preocupaciones, hijas más bien del egoísmo y de escrúpulos exagerados.

Una parienta de Rosa Estela fue la única que nos demostró interés y nos ofreció su apoyo para que pudiéramos hablar con frecuencia, y nos facilitaba, de vez en cuando, alguna entrevista en su casa. Nosotros aceptamos, agradecidos, de su benevolencia, y no pudimos comprender la intención de aquella mujer, habilísima, por cierto, para urdir tramas de novela y escenas dramáticas, que redundaban en provecho suyo.

Hacia como un año que fomentábamos nuestro cariño a través de tantas y tantas dificultades, alentados por la esperanza de que nuestra parentela había de atenuar su terquedad y apoyar nuestro matrimonio; pero, por desgracia, sucedía todo lo contrario; las dificultades aumentaban, y con ellas, nuestra amargura.

Doña Dolores Rodríguez, este era el nombre de la señora que nos atraía a su casa, era una mujer de treinta años, de regular estatura, de cabellos castaños, ojos verdes, casi glaucos, de boca pequeña, pero labios gruesos y rojos; inteligente y bastante ilustrada. Tenía dos niños, fruto de su amor primero.

Yo iba diariamente a su casa, porque esperaba encontrar en ella a Rosa Estela, como en efecto sucedía, alguna vez, pero no con la frecuencia que anhelaba.

Doña Dolores me refería sus desgraciados amores con el hombre que la sedujo y la abandonó cobardemente, olvidando sus falsos juramentos, para casarse con otra mujer extraña al lugar, dejándole aquellos niños.

Al principio le oía con indiferencia absoluta sus confidencias, después con atención, y más tarde, con vivísimo interés.

A medida que los tiempos corrían, aquel interés se iba convirtiendo en simpatía peligrosa; pues, aunque mi amor por Rosa Estela no amenguaba, al parecer, sin embargo, las desgracias de aquella mujer hermosísima, impetuosa y ardiente, me atraían con fuerza irresistible y poderosa; y ya no pude dejar correr un sólo día sin ir a verla, sin escuchar la melodía de su voz argentina, y deleitarme contemplando su rostro bello.

Insensiblemente, casi sin darme cuenta, iba cavando la sepultura para ese dulce amor mío, que fue tan fugaz como desventurado en mi tormentosa juventud.

Rosa Estela, con su perspicacia de mujer inteligente y enamorada, llegó a traslucir esa pasión que iba naciendo en mi corazón, y se retraía y ya no quería concurrir a aquella casa.

Yo procuraba conciliar mi situación difícil; falto de experiencia y de mundo, sentía remordimientos crueles, cuando veía llorar de rabia y de celos a esa angelical criatura, víctima de mi inconstancia. Entonces le prometía no volver más a donde aquella mujer peligrosa, que talvez iba a ser causa de nuestra desgracia.

Mi carácter no estaba aún templado para la lucha; falto de los consejos de mi madre, que supo guiarme con acierto durante mi vida de colegial, no pude vencer esta nueva pasión, doblemente censurable, atendiendo a mi edad y a mi compromiso formal con la que fue mi primer amor.

Doña Dolores, conociendo, desde el primer momento, mi carácter débil, no omitió ocasión alguna para dominarme y adueñarse de mi corazón. Un día fui invitado por ella a una quinta que poseía muy cercana a la ciudad. Acepté la invitación con ligereza harto censurable, y sin tiempo para inventar una excusa, partí muy temprano, sin dar aviso a Rosa Estela.

Cuando llegué a la quinta, Dolores me esperaba sola; vestía una bata de muselina rosada, y tan escotada, que dejaba libre una gran parte del busto, hasta el nacimiento de sus pechos mórbidos y sonrosados; su tocado era muy sencillo, pero al mismo tiempo, seductor; apenas tenía una ancha cinta roja en sus

cabellos, que en undívaga cascada, caían sobre sus hombros blancos y provocativos.

De sus ojos verdes salían rayos de fuego que calcinaban mis sentidos. Me hablaba con impetuosidad del amor, de esta pasión sublime que había inmortalizado a tantas mujeres bellas, en la historia de la humanidad.

Absorto y orgulloso le escuchaba con entusiasmo febril.

Para que nuestro almuerzo fuese más grato al paladar, había hecho colocar una mesita en la glorieta de su jardín, una glorieta bellísima, construída con arbustos cuyo follaje artísticamente recortado, servía de pared que impedía la mirada indiscreta de los que afuera trabajaban. Las violetas, los nardos y los jazmines embalsaban el ambiente con su aroma delicioso; encima de nuestras cabezas, las tórtolas y las palomas se arrullaban dulcemente; un arroyuelo cercano murmuraba, al rodar de sus linfas cristalinas, la eterna sinfonía del ensueño; un sol de junio, cálido y refulgente, besaba la tierra, que humedecida por el rocío, bebía sedienta, los rayos de luz, que descendían desde la comba nacarada de los cielos.

Excitado por las copas de mixtela que habíamos escanciado antes del almuerzo, y por las caricias voluptuosas de su mano blanca y suave, que ella pasaba por mi rostro, produciéndome estremecimientos de espasmo, me sentí con valor rayano en audacia, para atraerla hacia mí, y enlazándola con mis brazos, bebí en sus labios cálidos, la tóxica miel del amor prohibido.

A esa hora de entantos singulares, la Naturaleza entera parecía formar un concierto de melodías inefables; de ritmos y cadencias que tenían ecos de himnos triunfales, entonados por músicos invisibles, en honor de esas bodas celebradas entre aquellas verdes frondas impregnadas de ensueño y poesía.



I X

En poblaciones pequeñas donde no existe un teatro ni otro lugar de espectáculos que entretienen y divierten a sus habitantes, haciéndoles olvidar las fatigas de la lucha cotidiana y las flaquezas humanas, se da, generalmente, a ciertos acontecimientos de la vida social, mayor importancia de la que, en realidad tienen; y a falta de hechos sensacionales, que a veces, conmueven hondamente, como sucede en las urbes populosas; en estas ótras, es suficiente el desliz de una mujer, o cualquiera otro acto de esta naturaleza, para que toda ella se sienta herida en sus costumbres patriarcales, nacidas de esas reglas de moral, enseñadas por nuestros antepasados; y por eso, una aventura de esta clase, es acontecimiento que reviste los caracteres de un drama, con ribetes de novela y resonancias de escándalo: esto es lo que ocurrió con mi precoz aventura con la Rodríguez.

En todas partes, en la charla familiar, en los círculos y corrillos de gente desocupada, y, hasta en hogares honorables, no se hablaba, en aquellos días de ingrato recuerdo, de otra cosa que de *las locuras*

de la Rodríguez con ese chiquillo de Alfonso Velasco, digno de compasión y de piedad, para unos y, de la hoguera para otros.

Muchos me absolvían de mi pecado, tomando en cuenta mi juventud extrema, y condenaban con palabras durísimas a esa hermosa mujer, que dotada de belleza indiscutible, y temperamento ardiente, tuvo la debilidad de entregar su amor a un adolescente como yo.

—¿Has visto el cinismo de la Rodríguez?, decía una de aquellas solteronas, que, con el *avemaría* en la boca y el escapulario en la mano, vomitaban injurias contra cualquier prójimo.

—¡Ay!, hijita, replicaba su interlocutora, si el diablo anda suelto por estos trigos, y de repente ha de llover fuego del cielo, por los crímenes con que hoy se ofende a Dios.

Y la que esto decía era, ¡nada menos, que una vieja, madre de cinco hijos de padres distintos!

—La autoridad debe intervenir, decía la otra, porque *el* Alfonso es todavía menor de edad, y esta mujer le está pervirtiendo.

—Es preciso que los aislemos, replicaba la segunda; porque es un mal ejemplo para nuestros hijos, y un escándalo para la sociedad.

Estos y otros diálogos parecidos, se oían frecuentemente por todas partes.

Como es natural suponer, Rosa Estela fue una de las primeras que tuvo conocimiento de estas aventuras; viejas y jóvenes, lenguaraces y malévolas, que nunca faltan en ninguna sociedad, le referían

con cierta fruición malsana y perversa, todo cuanto de nosotros se decía en la ciudad.

—No es posible, hijita, le decía una de ellas, que entregues tu corazón a un mocito corrompido; apenas salido de un colegio religioso viene a perturbar la tranquilidad social con sus escándalos.

—Escríbele ahora mismo, le aconsejaba ótra, diciéndole que no quieres verle más en tu vida, por su perfidia y su doblez; por su falacia criminal para contigo.

Horas de infierno fueron para la pobrecita, éstas en que las falsas amigas y mujeres intrusas vomitaban contra mí, cuantas injurias les dictaba su cerebro calenturiento, de histéricas y enfermas.

Excesivamente sensible y tierna, esto le causó grave enfermedad, que puso en peligro su vida.

Yo no sabía qué hacer en tan horrible situación; por delicadeza y temor no fui a verla; yo no tenía a mi favor a nadie, ni siquiera una excusa para atenuar mi falta, hija más bien de la inexperiencia, antes que de la perversión, como lo afirmaban aquellas malvadas mujeres.

A pesar de mi carácter vehemente y sensible, tuve en aquellas horas de prueba, ecuanimidad y entereza para soportar la tempestad sin arredrarme; pero mi alma gemía silenciosamente porque presentía, con angustia infinita, la muerte de ese amor dulcísimo, que tantas horas felices dio a mi pobre vida.

Cuando ella mejoró de su enfermedad, busqué, en vano, ocasión oportuna para hablarla, para arro-

dillarme y pedirle perdón por esta culpa que tan cruelmente había lacerado su corazón virginal; pero fue imposible toda entrevista; no quería verme ni oírme: con la energía de su carácter de acero, prefería estrujar el corazón, ahogar el amor sincero y puro de su alma, antes que perdonar al culpable que tan miserablemente le había ofendido.

Talvez si ella no hubiera dado oídos a la chismografía de gente callejera y malévola, de mujeres mal intencionadas y envidiosas, hubiera cedido a mis ruegos; me habría perdonado, y el sol de la esperanza hubiese vuelto a iluminar el sendero de nuestra existencia, con fulgores de alegría, de ventura y de ilusión; pero, exasperada, por desgracia, con los pérfidos consejos de gente fanática y ruin, se hizo imposible nuestra reconciliación.

Sumido en honda melancolía y cruel desesperación, quería ahogar mi dolor en los brazos de aquélla que había sido causa de mi desventura.

¡Pobre barca, sin brújula ni timón, iba flotando en ese mar tempestuoso de la vida, a merced del vendaval y de las olas embravecidas, sin rumbo, sin acierto ni esperanza!

Quería anestesiarme con los placeres de la carne; anhelaba curar las heridas de mi corazón sangrante, con otro amor, pero sensual y torpe; y era en vano todo, porque ni los besos de vampíresa, ni la voluptuosa caricia de aquella otra mujer ardiente y lasciva, calmaban la mortal angustia de mi espíritu enfermo.

La saudade por el amor perdido consumía inmi-

sericordiosamente mi vida, que se agotaba en los brazos de aquella mujer dominadora y vehemente.

¡Qué tarde comprendí la magnitud de mi desgracia!

Eclipsada para siempre la estrella que rutilaba en mi cielo, guiándome con su luz esplendorosa por el lóbrego camino de la vida, sólo quedaba en mi derredor obscuridad y sombras, amargura profunda y desconsuelo infinito.

Ya la vida no tenía, para mí, atractivos; sentía en mí espíritu el vértigo de los abismos; estaba ahito de embriagueces y de orgías.

La materia insaciable se estremecía en espasmos de locura al contacto de los brazos y los labios de mi amante; pero mi alma sollozaba con desesperación insólita, ante la tumba donde yacía, como paloma degollada, el amor purísimo de Rosa Estela.

Sin fe en el porvenir, sin esperanza en el corazón; buscaba ansioso la ocasión propicia para alejarme del teatro de mis dolores, dando un adiós eterno al suelo que me vio nacer; y ésta llegó antes de lo que yo esperaba.

X

Resuelta a arrancarse del corazón todo el cariño, que tan generosamente había fomentado en su pecho, no omitió medio alguno para evitar mi presencia, y por último, se ausentó de la ciudad de Guaranda y marchó a Quito, resuelta a internarse en un convento, para vestir el hábito de religiosa.

Con este golpe inesperado, acababa de troncharse la flor de mi esperanza; mis ilusiones y mi amor quedaban, definitivamente, sepultados en la negra sima del desengaño y del dolor.

A la sazón rugía de nuevo, bravo y amenazador, el grito de rebelión contra el Gobierno del General Alfaro; los dos partidos políticos se aprestaban otra vez, a la lucha y aunque yo no nací con arrestos de soldado, ni con inclinaciones para la guerra, fui uno de los primeros en afiliarme al partido de la revolución.

Sobre mí gravitaba un peso abrumador; tenía ansiedad de muerte, y nada me importaba que ésta viniera en un campo de batalla; muy al contrario, esa muerte me daría atributos de héroe y de mártir, según el concepto que en aquellos tiempos tenían sobre

las revoluciones que han ensangrentado nuestro suelo. Muy tarde, la experiencia de los años, me ha hecho reconocer cuán criminales son estas luchas fratricidas, sea cual fuere el colorido político de los que levantan la bandera de la rebelión contra el Gobierno constitucional.

Una de las causas que me precipitó en aquella vorágine política era el anhelo de acabar mi triste vida gloriosamente en un combate.

Corría el mes de enero, brumoso y helado, aprovechando de las sombras de la noche, salí furtivamente de la población, por el camino de nuestra finca; a pocas cuadras de la ciudad rondaban los caminos, varias escoltas del batallón N^o 60, llegado recientemente de Guayaquil.

El río de Llangama, conocido más con el nombre de río de Guaranda, crecido y negro, bramaba con furia inusitada, y era muy difícil vadearlo; y tal vez me hubiera visto obligado a pasar la noche en sus riberas, si la casualidad no me hubiese deparado la suerte de encontrar muy cerca a un campesino que venía de una aldea vecina; éste me informó de que nadie cuidaba el puente de mampostería, que unía la carretera de Vinchoa.

Con paso acelerado caminaba por la margen izquierda buscando en la tenebrosa obscuridad el puente salvador. Casi a mis pies, las ondas turbulentas del río hervían amenazadoras y encrespadas; y azotando con furia las orillas, reventaban en las piedras que rodaban del barranco.

Fatigado llegué al fin, al puente, que lo crucé con rapidez, y tomando por el atajo, seguí para la finca.

Allí encontré a Antonio Colina, amigo entusiasta y bondadoso; ensillamos los caballos y nos dirigimos por las haciendas de Guapungoto y Casaiche a los páramos del Chimborazo, porque teníamos noticias de que el General Sarasti, burlando al ejército constitucional que le esperaba en Quito, conducía sus huestes a las poblaciones del centro.

Saturado de despecho y profundamente amargado por mis dolores recientes, no sentía ni el frío intenso de la noche, que inclemente y helada, lóbrega y silente, infundía pavor; lentamente cruzábamos los pajonales, aquellos pajonales desiertos que azotados por el viento, parecía que se quejaban en silbidos fúnebres y dolientes; los lobos montaraces y hambrientos, ululaban cerca de los rediles, que encontrábamos de trecho en trecho, custodiado por algún indio infeliz, que no tenía más compañero que un perro desmedrado y flaco, ladrando constantemente, en medio de las sombras medrosas de aquella noche gélida y lluviosa.

No teníamos más armas que nuestros revólveres y sendos machetes, ceñidos a la cintura por fuertes correas, listos para cualquier accidente. Aventureros imberbes, creíamos que la guerra era juego de muchachos; no conocíamos sus horrores y por eso contribuíamos a fomentarla.

Desorientados por la neblina densa y fría de esa noche de enero, anduvimos por riscos y desfiladeros, sin saber dónde nos encontrábamos; muchas veces

oíamos los rugidos del arroyo, que embravecido y loco, arrastraba en su impetuosa corriente las piedras de su cauce y los arbustos de sus orillas solitarias.

Instintivamente, nuestros caballos se alejaban de aquellos abismos infernales, en cuyo fondo hervían las aguas espumosas y agitadas.

La hora del alba nos sorprendió entre un laberinto de cerros y colinas, sin más vegetación que la paja amarillenta de las punas, salpicada de trecho en trecho, de arbustos de *chuquiragua* o de alguna otra planta herbácea que crece en estos parajes yermos.

Extraviados en el dédalo inmenso de aquellas montañas, cuyas cimas se perdían envueltas en la densa neblina de esta mañana de invierno, no sabíamos, a punto fijo, en qué lugar nos encontrábamos.

Cuando la luz invernal, opaca y triste, bañó todas aquellas soledades, pudimos conocer que estábamos aún muy lejos del nudo de Sanancajas, donde hoy está situada la estación de Urvina.

Para dar descanso a nuestros caballos, y abrigo a nuestros miembros ateridos, desmontamos frente a una majada, que entre aquellos riscos existía; penetramos en la humilde choza del indio que cuidaba un rebaño, y le pedimos agua caliente y algún alimento para nuestros estómagos.

Mientras aquel humilde pastor nos preparaba patatas cocidas, lo único que nos podía ofrecer en su miseria, quitamos los frenos a los caballos y les dejamos pacer libremente en aquellos desiertos parajes.

Después de unas horas de reposo, volvimos a montar, y siguiendo por las faldas occidentales del

Chimborazo, anduvimos algunas leguas, en busca del camino que debíamos seguir para llegar al campamento revolucionario.

Pero cuando avanzábamos resueltos, oímos el estampido del cañón; el ejército del Gobierno, aguerrido y disciplinado, al mando de los Generales Hipólito Moncayo, Julio Andrade y Emilio Terán, y otros, había atacado a las huestes rebeldes y mal armadas, que afrontaban el combate con arrojo y con bravura; las tropas de la revolución estaban comandadas por Sarasti, Cornejo y otros militares valientes y notables.

Inauditos esfuerzos hicimos para llegar hasta el campo de batalla; pero nos fue imposible conseguirlo, porque se inició la derrota, casi en los instantes mismos que coronábamos una de las faldas escarpadas del Chimborazo; aquí nos arrolló la primera oleada de los derrotados, que hufan con celeridad asombrosa; la mayor parte de aquellos fugitivos tomó por las faldas occidentales del Carihuairazo y bajó con dirección a las haciendas del Sínchig y Quinuacorral. Muchos de aquellos infelices fueron apresados por los indios partidarios del General Alfaro.

Nosotros huímos en sentido contrario al que llevaban los derrotados norteños, y orillando los arroyos formados por el deshielo del *Monarca de los Andes*, los cuales son las fuentes principales del río de Llangama, seguimos la dirección del *Yanaurco* (cerro negro), y luego de la *Ensilada*. (Es una sierra que tiene la figura de una mula aparejada con la silla de montar, por lo cual se le ha dado este nombre).

Horas de ansiedad fueron las que tardamos en

esta fuga, y nó por el temor de morir, sino por la vergüenza de caer prisioneros sin haber combatido; al fin las sombras piadosas de la noche tendieron su fúnebre crespón sobre la tierra, y así pudimos continuar nuestra huída hasta llegar al caserío pintoresco de Casipamba, donde hubimos de permanecer dos días ocultos en una casita de un antiguo mayordomo de mi padre.

Cuando se calmó la persecución de los derrotados, pudimos llegar, por atajos y precipicios, hasta los suburbios de Guaranda, y penetrar en la ciudad, muy cerca de la madrugada.

Como era natural, la pasión política exasperada por la aventura sangrienta que terminó en esta batalla, excitó el odio de muchos contra los revolucionarios, y se nos persiguió encarnizadamente por algún tiempo, razón por la cual tuvimos que permanecer ocultos en la casa de una bondadosa familia, hasta que algunos amigos influyentes consiguieron del Jefe Militar, garantías para nosotros, con la condición única de que nos presetéramos ante él en la misma noche que le pidieron esta gracia.

En efecto, a las nueve de esa misma noche y en la casa donde estábamos ocultos, fue agasajado aquel viejo militar alfarista, quien nos concedió libertad incondicional y absoluta; pero como la generosidad de este valiente militar, que aún vive en Guayaquil, fue causa de murmuraciones de algunos gratuitos enemigos míos, resolví, entonces; verificar mi éxodo definitivo de la ciudad que me vió nacer.

X I

Deshecho el hogar paterno; muerta, con mi amor primero, la ventura de mi vida juvenil, sin fe en el porvenir, y con absoluta falta de experiencia para gobernar mi familia de huérfanos; después de enviar a Quito a dos de las niñas, para que recibieran educación en uno de los mejores colegios de aquella ciudad, merced a la munificencia de la familia; resolví dejar la casa solariega y viajar por tierras lejanas, en busca de ese porvenir, que tan incierto me era hasta esos instantes.

Esta fue la señal de nuestra separación: como hojas arrancadas por las ráfagas del cierzo helado del invierno, todos los huérfanos fuimos dispersados para siempre.

¡Si ya no tenía madre quien cuidara de mí! ¡si nuestro amadísimo padre dotado de sensibilidad suma, no había resistido a ese golpe fatal! Huérfano infeliz, adolescente inexperto, dueño de esa ansiada libertad, y emancipado prematuramente del amable tutelaje paternal, que otros lo consideran como esclavitud intolerable ¿qué podía hacer sino buscar la

tranquilidad de mi espíritu en la imprecisa cumbre que el destino me señalaba en la lejanía incierta?

¡Cuán lamentable es el error de aquellos hijos que creen en tal esclavitud! ¡Si los padres no esclavizan, no pueden esclavizar jamás a los pedazos de su alma!

¡Sólo la orfandad prematura enseña a amar con veneración el hogar paterno!

En una hermosa mañana de junio, una de esas mañanas tibias y resplandecientes en que el sol derrama, en luminosos raudales, su luz cálida y refulgente sobre los dorados trigales, y los pájaros entonan sus mejores trinos, formando inimitables conciertos de armonía deliciosa, abandoné la tierra de mi nacimiento.

Varios amigos y parientes me acompañaron en la primera jornada, con el laudable propósito de amortiguar en mi alma este nuevo dolor, incruento, ciertamente, pero intensísimo y horrible.

A las diez de la mañana coronamos la cumbre de una de las ramificaciones, que en esta parte se bifurca la gran cadena de los Andes occidentales; me parece que aquella altura se llamaba *Cochabamba*, situada al S. O. del pueblo de la Magdalena.

La vegetación cambia como por encanto, al doblar el lomo de estas montañas; los campos cultivados de maíz, de trigo, de cebada y de otros productos de la zona fría, iban quedando a nuestras espaldas; pero el espectáculo que se presentó a nuestra vista era maravilloso: las faldas occidentales de esta cordillera comenzaban a deprimirse, a medida que avanzábamos en el camino; estaban cubiertas de árboles milenarios;

la selva virgen cubría en una extensión inmensa toda aquella región; el horizonte estaba despejado completamente, y desde aquella altura, sobre todo, de la que lleva el nombre de Tamboloma, mirábamos extasiados, toda la llanura litoral, que se extendía a nuestros pies, como un manto colosal cubierto de verdura y de esplendor; el río de *Caracol* y otros afluentes del *Babahoyo*, serpenteaban, como cintas de plata y de aluminio, por la planicie color de esmeralda, que se esfumaba en la lejanía, como un mar inmenso y agitado.

Después de almorzar en casa de un pariente mío, que tenía en aquel lugar una bellísima propiedad, continuamos el viaje con dirección a Balsapamba, donde creíamos dar por terminada esta primera jornada.

Nada es más pintoresco para el que viaja por primera ocasión, cruzando estas regiones de asombrosa fertilidad: Santa Lucía, el Cristal y otros caseríos y aldeas surgían, como por encanto, de entre aquellas selvas perfumadas y exhuberantes; todo el camino seguía por las faldas de la cordillera, que lentamente iba perdiendo su altura, a medida que nos aproximábamos a la llanura tropical. A uno y otro lado había casitas, huertos y jardines que embalsamaban el ambiente y recreaban la vista de los viajeros; a los trigales y alfalfares que dejábamos en las alturas, sustituían los *canteros* de gramalote y de caña de azúcar, de janeiro y de otras plantas forrajeras, cultivadas con esmero.

A pesar de nuestra impaciencia por llegar muy temprano al final de la jornada, teníamos que viajar muy despacio, a causa de las innumerables recuas de mulas y jumentos, que en hileras interminables, iban a Babahoyo, o regresaban de esta ciudad cargados de víveres y productos de toda especie, llevados o traídos por esta vía, en esos tiempos que aun no estaba terminado nuestro ferrocarril, que une con las paralelas de hierro, las ciudades del litoral con una gran parte de las poblaciones interandinas.

Casi todos los porteadores eran dueños de las acémilas en que conducían el cargamento; vestían a la usanza de todos los campesinos del interior: pantalón de *casinete*, sombrero de *lana*, de factura nacional, el poncho doblado sobre el hombro, y el *ucial* en la mano, listo para descargarlo sobre el lomo de los pacientes animales, que jadeantes y sudorosos, viajaban sin descansar un instante.

Llegamos a las tres de la tarde a Balsapamba, y como aun nos sobraba tiempo para continuar el viaje, juzgamos oportuno despedir allí a las personas que nos habían acompañado. En efecto, después de apurar sendas copas de coñac, uno por uno me dieron el abrazo de despedida, que para muchos fue el postrimero, porque ya reposan en la eternidad.

Muy penosa fue para mí esta última parte de la jornada; sólo viajaba acompañado de dos sirvientes, que debían ir conmigo hasta Babahoyo.

Puede decirse que desde Balsapamba comienza la zona tropical, húmeda y ardiente; su vegetación rica y lozana, deleitaba mi vista; los naranjales orillaban

el camino en gran extensión; los platanales y cafetales ostentaban su riqueza matizando con caprichosas policromías, todos estos parajes de belleza extraordinaria.

A las siete de la noche llegamos a Playas, lugar de clima ardiente, situado en la última estribación de la cordillera que sirve de límite a nuestro litoral.

Como allí no había hotel, casa de posada, ni cosa parecida, me resigné a pasar la noche en el corredor de una humilde casita donde vivía un *montubio* simpático y comunicativo; se ocupaba en el sembrío de cacao, por lo que, a todos los que tienen igual ocupación, se les da el nombre de *sembradores*.

Una vez instalados en ese *dormitorio*, tan galantemente cedido por su dueño, que era un mulato de regular estatura, enjuto de carnes, pero muy listo y de trato agradable, entabló conmigo el diálogo siguiente:

—¿De donde viene el *branco*, que ha *yegao* tan tarde a esta posada?

--Vengo de Guaranda, le repuse, y marcho con dirección a Centro América, donde pienso permanecer mucho tiempo.

--Conozco mucho la sierra, y el año *pasao jui* con mi *Generá Arfaro* en *er batayón Babahollo*; *nosotro peleamo* en San Miguel e Chimbo, y cuando *lo serranito e Tulcán* y *alguno guarandeño*, que defendían a *lo conservadore* no tenían *encerra*o en una casa, como *prisionero e guerra*, *yegó er Generá Vernaza* con la *retaguardia* de la división que *ér* comandaba y *le hizo mordé er polvo* con la *Artiyería*

Sucre, que disparaba *su cañone* con acierto y puntería sobre *nuestro enemigo*, que se retiró ordenadamente por *er camino e* Guaranda, *dejándonlo encerrao* en la casa *onde no tenían prisionero*. *Ayi juimo libertao por lo nuestro y seguimo pa* Guaranda, y luego *pa* Riobamba, *onde ya no esperaba mi Generá Arfaro*.

—De modo que Ud. ha sido también militar ¿verdad?

—Sí, señó, y con *er grao e* capitán *pa* servir a usted. *Jui* como voluntario y *yevé* en mi compañía a *alguno muchacho* de *esto contorno*.

En este palique nos sorprendió la posadera, para avisarnos que la comida estaba servida; entonces José María Urquiza, que este era el nombre de aquel excelente campesino, levantándose rápidamente, me dijo: *Vamo cabayero a tomú er sancocho e yuca*, que *e* lo único que puedo ofrecerle en esta pobre casa.

Con amabilidad que jamás olvidaré, me agasajó aquel posadero, quien al día siguiente no quiso ni recibir el valor de lo que habíamos consumido. Terminada la comida, y después de más de una hora de agradable charla, me dio un buen *mosquitero* y colchón de lana de ceiba, para que durmiera con comodidad y los tábanos y *zancudos* no me devoraran.

A la mañana siguiente no quiso que montáramos sin tomar un buen desayuno que había hecho preparar desde muy temprano. Entonces yo, aunque no poseía gran fortuna, puse en sus manos un billete de diez sucres, para juguetes de sus niños, y me despedí conmovido de toda aquella buena gente.

XII

Desde Playas se extiende, como he dicho, la gran llanura del litoral ecuatoriano, por este lado, y va a terminar casi en las riberas del Pacífico. El camino era ancho y bien construido; pero estaba en descuido completo; los baches o barrizales, conocidos entre nosotros, con el nombre de *camellones* o *canjilones*, fatigaban terriblemente a las bestias, que caminaban lentamente por esos parajes de clima ardiente y húmedo. Los cacaotales sombreaban ambos lados del camino, medio seco, por el sol abrazador de aquellos días. En ciertos lugares no se podía abrir los ojos por el polvo que se levantaba del suelo con el enorme *tráfico* que se hacía en esos tiempos.

A las once de la mañana, sofocados por el calor de 32º centígrados, llegamos a la ciudad de Babahoyo, puerto fluvial de gran importancia, para casi toda la República.

Muy pocas horas tardamos en esta población, porque teníamos prisa en llegar a Guayaquil esa misma noche: el vapor en que debía embarcarme, para seguir mi viaje a Panamá, estaba ya en el

puerto cargando cacao, destinado a Estados Unidos y Europa.

Almorzamos de prisa y nos embarcamos en el vapor Chimborazo, que salía para Guayaquil. Muy agradable fue para mí la última parte del viaje. La Naturaleza pródiga nos ofrecía cuadros de magnificencia y esplendor, parajes de égloga, exornados por florestas eternamente verdes; exuberante y rica la vegetación, presentaba a los ojos del viajero una variedad infinita de colores, de perfumes, y belleza en toda forma. El río, cada vez, más caudaloso, corría silenciosamente entre los dos barrancos de la orilla, y reflejaba en sus ondas verdes toda la hermosura de ese paisaje peregrino.

Allí conocí a don Manuel Velarde, caballero distinguido y muy apreciado por la sociedad guayaquileña. Este señor se interesó por mi suerte, y en pocas horas de charla amena, me hizo desistir de mi viaje al exterior; él me insinuó la idea de quedarme en Guayaquil, comprometiéndose a buscarme colocación decente y adecuada.

Así sucedió; pocas horas después de mi arribo a esta ciudad, vino a anunciarme en el hotel donde me había alojado, que ya tenía listo un empleo en el *Grito del Pueblo*, el mejor periódico que entonces tenía el Ecuador.

Ufano, y hasta orgulloso de pertenecer al cuerpo de redacción del gran diario ecuatoriano, quise consagrar todo mi entusiasmo juvenil y mi pluma de escritor novel y ansioso de renombre.

Apenas era un simple corrector de pruebas, con encargo de desarrollar los telegramas que los corresponsales de provincias, enviaban al periódico; pero la vanidad me sugirió la idea de usar tarjetas en las que mandé escribir: "Eduardo Alfonso Velasco.—Redactor de El Grito del Pueblo."

No podía ser más lucido el cuerpo de redactores y cronistas, que en aquella época tenía el gran periódico guayaquileño: Campos, Horta, Reyes, Piedrahita, y otros escritores notables, llenaban las columnas, con sus producciones castizas y chispeantes. Con excepción de Campos, que hoy es una gloria nacional, todos los demás duermen ya el sueño de la eternidad.

Sólo de tarde en tarde recibía noticias de Rosa Estela, que seguía firme en su resolución de quedarse en el monasterio.

Con Dolores ocurría todo lo contrario; me escribía cartas incendiarias, plenas de amor y de amargura; tenía sed de mis besos y hambre de mis caricias; pero yo estaba resuelto a no dar oídos al canto de esta sirena, que tan fatal había sido para mi ventura muerta.

En situación desesperada me puso cuando me comunicó su viaje a Guayaquil; apenas me dio tiempo para ir a Babahoyo y detenerla allí algunos meses, hasta que obligada por el calor del invierno y el mal estado sanitario de la población, le hicieron retornar a la sierra; pero, antes de su regreso tuve que traerla a la gran metrópoli comercial del Ecuador para que paseara en esta ciudad.

Al fin obtuve su beneplácito y partió con dirección a Quito, en donde pensó quedarse hasta el próximo verano, para retornar otra vez a Guayaquil.

Menos acibarada era mi vida en esta ciudad; dedicado al trabajo que redime y enaltece, casi no sentía la nostalgia del hogar lejano, ni el aislamiento de mi familia; mi vida se deslizaba, relativamente, tranquila en la sucesión incontenible del tiempo, esperando curar la herida del corazón, que aun sangraba dolorosamente.

Mi cerebro estaba en plena actividad, y poco a poco iba disciplinando mis facultades; escribía en el diario, colaboraba en algunas revistas literarias, que a la sazón se publicaban; trabajaba y leía sin descanso.

Parecía que al fin la suerte despiadada se había compadecido de mí, ya que ningún contratiempo vino a turbar la paz de mi espíritu.

Pero cuando menos lo esperaba, un acontecimiento fatal vino a interrumpir esta apacible vida, este relativo bienestar en que yo estaba.

Relacionado ya con algunas familias guayaquileñas, hallábame de visita en casa de una matrona honorabilísima, la noche del 16 de julio, porque era la fiesta del Carmen, nombre de esta señora, cuyas hijas, inteligentes y bondadosas, me recibían con sinceridad y cariño; departíamos alegremente cuando las campanas de la ciudad, dieron la señal de alarma, anunciando el incendio que se iniciaba.

Casi en seguida se levantó, en medio de una

columna de humo denso y renegrado, la flama voraz, que ascendía hasta una altura increíble.

No sé por qué tuve presentimiento de que el terrible flagelo había nacido en la casa que yo habitaba. Despidiéndome de la familia, subí al primer carro que regresaba al centro de la ciudad.

No era en mi casa; pero sí al frente, en los almacenes de Guillamet, situados en la calle de Pichincha, entre las de Sucre y de Municipalidad (hoy 10 de Agosto.)

Apenas quince minutos tardé en llegar al lugar del desastre; pero ya fue tarde; el fuego se había propagado con tal rapidez en aquella, entonces estrecha calle, que me fue imposible penetrar en mi habitación, que ardía como todas las demás.

Las campanas tañían dolorosamente a las nueve de la noche, y las olas de fuego, hinchadas por el viento, desencadenado con furia, se convertían en lenguas ardientes que abrazaban los edificios y los reducían a cenizas en pocos minutos.

La confusión era enorme; llanto de mujeres; angustia y dolor en los semblantes; valor e intrepidez en los bomberos, en estos bomberos guayaquileños, tan abnegados y admirables, como siempre que defienden la propiedad ajena con peligro de su vida misma; esto era lo que se veía en aquella noche funesta de julio.

Una tras otra iba devorando el fuego, las manzanas centrales de la ciudad; los templos de San Agustín, San José, el Colegio de Vicente Rocafuerte, y otros muchos edificios valiosos estaban ya conver-

tidos en escombros; el voraz elemento, cual serpiente gigantesca, y con furia infernal, iba extendiendo sus lenguas de fuego por diversos lugares, según la dirección del viento, que soplaba con intensidad aterradora.

Las planchas de zinc volaban como hojas ligeras; las chispas caían en forma de lluvia incontenible sobre las casas y *covachas*, que luego eran presa de las llamas, y devoradas en pocos instantes; los troncos informes crepitaban dolientes, como si se quejaran, y ardían, produciendo chasquidos plañideros, que se confundían con los sollozos de la muchedumbre; la lucha era tenaz, pero desgraciada; la noche aciaga se prolongaba con crueldad horrible; la ciudad iluminada con esta hoguera de infierno, estaba, otra vez, como el año 1896, amenazada, y podía desaparecer en pocas horas.

Sólo a las diez de la mañana siguiente pudo contenerse la acción destructora del fuego. Pero.....! veinticinco manzanas habían desaparecido!.....

Fúnebre era el cuadro que se presentaba a la vista del espectador: a travez del humo negro y denso, que aun se desprendía de los escombros, se podía vislumbrar una llanura extensa y macabra, negra y tétrica; palos crepitantes y carbonizados, paredes ennegrecidas y humeantes, techos hundidos, edificios desplomados; agua, ceniza y fango: ¡he ahí lo que quedaba de aquella zona floreciente y rica de esta ciudad!

XIII

Desastrosas fueron para mí las consecuencias del nuevo flagelo que acababa de azotar a la ciudad; más de un millar de personas habían quedado sin hogar, y las que algo pudieron salvar, se refugiaron en la *Avenida de Olmedo*, y allí permanecían junto con los que nada teníamos; en este lugar pernoctamos durante tres noches consecutivas, por que era imposible conseguir habitaciones por el momento.

Días de angustia mortal fueron para mí los que corrieron hasta que el correo me trajo el dinero pedido a mi familia, por telégrafo; como el hotel donde yo comía fue también reducido a cenizas, no tuve más alimento durante esos tres días, que un tarro de caramelos, que un antiguo sirviente de mi casa pudo proporcionarme. Como no tenía suficiente confianza con nadie, para manifestarle mi situación desesperada, hube de satisfacer el hambre chupando caramelos, que luego me ocasionaron enfermedad gravísima.

Cuando encontré habitación ya el estado de mi salud era malísimo; me sentía con alta fiebre y

permanecí en estado igual durante muchos días; pude salvar merced al esmerado cuidado de personas amigas, y a la solicitud de los médicos que me asistieron.

Pero ya nada me desalentaba; dispuesto a la lucha, continué por muchos años en mi vida de periodismo; mi corazón encallecido por el sufrimiento prematuro, ya no se arredraba con los vaivenes de la fortuna, ni con los golpes adversos que la suerte me asestaba de vez en cuando: era un estoico.

Resuelto a ser algo más que una unidad en la colmena social, no quise nunca pasar por un zángano, y por eso me dedicaba al trabajo con entusiasmo y tenacidad; poco a poco iba creándome una situación económica holgada, y ya me permitía adquirir libros de alto precio, que ilustraban mi criterio y facilitaban mi labor periodística, a la cual había consagrado todo mi cariño, junto con mis aspiraciones juveniles.

Educado en la escuela del sacrificio constante y de privaciones de todo género, esta nueva vida satisfacía mis anhelos y me sentía casi feliz; la tierra hospitalaria y generosa donde había plantado mi pobre tienda de huérfano, era pródiga conmigo.

Solamente la añoranza de mi amor perdido laceraba mi corazón enfermo; la herida no estaba cicatrizada; era la obsesión de mi espíritu fatigado por la lucha, el torcedor que aun martirizaba mi existencia dolorida.

En vano quería ahogar en otros amores este amor supremo de mi vida; en vano intentaba hallar en los labios de otras mujeres la miel dulcísima que

me brindaron, un día ya lejano, los labios color de fresa de Rosa Estela.

Por cartas familiares sabía, de tarde en tarde, que ella no estaba muy bien; que su salud profundamente quebrantada le obligaría, posiblemente, a abandonar el convento donde se había refugiado, buscando consuelos para su alma atormentada por el recuerdo del amor perdido.

Los años corrían fugaces a-hundirse en los abismos del tiempo; mis trabajos literarios me conducían al triunfo; yo seguía infatigable y tenaz en mi labor, para olvidar el pasado, que lentamente se alejaba con el lote de mis recuerdos y mis ilusiones ya muertas.

Mi espíritu evolucionaba insensiblemente; me sentía transformado en otro hombre; la psicastenia que caracterizó mi niñez y mi adolescencia, se trocaba ahora en voluntad firme, en esfuerzo y en acción.

La adversidad, el trabajo y la lucha perseverantes, me redimían piadosamente.

Los domingos tenía por costumbre salir, con algunos amigos, a excursiones de recreo, por las orillas de este manso y pintoresco Guayas; unas veces nos dirigíamos por las faldas del *Santa Ana* o del *Carmen* y seguíamos por los potreros de la *Atarazana* a la hacienda de *Mapasingue*, o a alguna otra más lejana en busca de cacería.

Por este lado corrían las aguas del río Daule, caudaloso y turbio en su confluencia, pero transparente y limpio, a medida que se alejaba del río

Guayas, al cual rendía su tributo y vasallaje. Ambas orillas estaban cubiertas de palmeras de cocoteros y bosques de árboles frutales, de ceibas y algarrobos, reyes de estas comarcas de tierra salitrosa, pero fértil y productiva.

Otras veces tomábamos una lanchita de vapor y siguiendo por el río de Babahoyo, que es el otro afluente del Guayas, subíamos hasta el pueblo de Samborondón, o cruzábamos con dirección a la Zoraida, para luego seguir por el otro brazo del Guayas, por detrás de la isla de Santay, hasta la *Lucía* o cualquiera otra hacienda cercana, donde, al pie de los cocoteros, almorzábamos jubilosos y felices.

Magnífico era el panorama que nos ofrecían algunas tardes de verano; el sol rojizo de la tarde se hundía en un mar de fuego, arrojando a la tierra sus rayos de escarlata, que teñían en púrpura y oro las crestas de los montes azulinos del oriente; las ondas del río, en flébiles acentos cantaban a la tarde que moría sus himnos de despedida; la ciudad se iba iluminando lentamente, hasta que al esfumarse la luz crepuscular, los focos de luz eléctrica, como chispas de fuego, ardían y rutilaban sobre las aguas agitadas; la noche extendía su fúnebre manto sobre la ciudad, que se iba durmiendo arrullada por las ondas del río caudaloso y bullidor.

Las noches de luna, sugestivas, frescas y sedantes, aumentaban los encantos de este río, cuyas ondas rieladas por la luz pálida y brillante, que en chorros, derramaba desde el dombo infinito de los cielos, el

astro refulgente, me traían consuelos indefinibles y ensueños de ventura y redención.

A veces, el recuerdo querido de mis idolatrados progenitores se apoderaba de mi imaginación romántica, en tal forma, que por muchas horas era la obsesión de mi cerebro, y me imaginaba que la silueta de sus almas blancas surgían de las ondas espumosas del río turbulento, y me bendecían sonrientes, por esta vida de trabajo infatigable que yo llevaba en una ciudad donde nunca han faltado goces y placeres de toda especie.

Pero la realidad inmisericordiosa se interponía entre su recuerdo y mis ilusiones, y quedaban solamente en mi derredor las aguas rumorosas del río, los rayos plateados de la luz y el barquichuelo que flotaba a merced de la brisa, que venía desde las playas del mar lejano.

X I V

Cuando disponía del tiempo necesario, estas excursiones duraban algunos días. El lugar favorito para mis horas de meditación y de recreo, era la isla de Puná, situada en la desembocadura del Guayas, y a pocas millas de Guayaquil.

Esta isla es algo así como un tajamar natural, un muro de contención que protege a la ciudad de las olas embravecidas del mar, que tranquilo y manso, callado y silente, viene por el *Estero Salado*, a besar los pies de la *Perla del Pacífico*, y retrocede humilde y perezoso, por el cauce estrecho y sombreado de los manglares eternamente verdes, que crecen en las orillas pantanosas e insalubres.

Casi siempre elegíamos un vapor que saliera del puerto al medio día, porque así podíamos gozar con más fruición de los paisajes, que por la tarde, nos ofrecía el río Guayas, cuyas márgenes pobladas de haciendas y caseríos, se perdían entre la sombra de la floresta iluminada por los arboles del sol poniente.

A medida que penetrábamos en el golfo, el río ensanchaba su enorme cauce y sus aguas tranquilas se encrespaban y rugían embravecidas.

El vapor avanzaba con rapidez extraordinaria, merced a la marea, y pronto íbamos dejando atrás las colinas de *Punta de Piedra* y los manglares de las islas de *Matorrillos* y *Mal abrigo*. Cuando entrábamos a la *Boca de Mondragón*, el paisaje aumentaba en encantos y hermosura: el río Cuayas arrastraba sus aguas agitadas por el viento, con mayor velocidad, como si tuviera ansiedad de llegar hasta el océano, y se hinchaban y se movían en vaivén incesante; el barco temblaba y crugía al contacto de las olas, cada vez más irritadas.

El sol iba despeñándose lentamente en su lecho de fuego; el cielo de occidente refulgía con lampos de oro y nubes arreboladas por los rayos color de sangre que despedía el *astro rey*, antes de hundirse en el horizonte limitado por el océano de Balboa.

Desde *Mondragón*, una de las mayores islas de este grupo, mirábamos las casitas de la población, que emergían de las aguas, por ese fenómeno de óptica, tan natural en estos lugares.

Los delfines, conocidos entre nosotros, con el nombre de *bufeos*, escoltaban al vapor; su número era extraordinario, y nadaban con movimientos de perfecta rotación sobre su cabeza; rompían las olas espumosas y giraban con equilibrio prodigioso, atraídos, talvez, por los desperdicios y residuos de comida que los marineros arrojaban al agua; otras veces nadaban con mayor velocidad, persiguiendo a algún

tiburón que huía y se alejaba para no ser devorado por estos pisciformes, a los cuales considera nuestro pueblo como a los mejores amigos del hombre, en estos mares.

Cuando desembarcábamos en la isla, el sol estaba ya en el ocaso; el cielo velado por nubes enrojecidas y brillantes, cortaba en lontananza la línea del horizonte inmenso.

Después de una noche de reposo, madrugábamos al baño, cuando la marea nos lo permitía, y si esto no nos era posible, tomábamos el desayuno y partíamos a los faros de Punta Mandinga o de Punta Española, para recrear nuestra vista con el admirable panorama que se esbozaba por el Oriente: las montañas del Azuay, medio veladas por la niebla, extendían sus faldas onduladas casi hasta la ribera del océano y mostraban sus cumbres enhiestas, y doradas con los primeros rayos del sol, que, perezosamente, iba surgiendo por la espalda de los picachos, que se levantan a prodigiosa altura, como para besar los cielos de estas regiones bellas.

Extasiados ante la magnificencia de esta naturaleza tropical, de estas mañanas tibias y perfumadas, sentíamos en nuestra alma emociones desconocidas, consuelos inefables y anhelos inmensos como este mar.

Y ¿quién no siente en su alma todo el amor y la admiración que inspira la Naturaleza, artífice eterno, creador infatigable de paisajes inimitables?

La flora exuberante y rica de la isla, es otro de los atractivos mayores que ofrece al viajero: los

cocoteros del *Tabor* y de *Punta Española*; las dehesas del *Zapote* y del *Carmelo*; la selva inextricable, la maraña umbría de *La Pólvara*, y todo ese conjunto de huertos de chirimoyos y ciruelos, de bosquecillos de algodoneros, de ceibas, algarrobos y laureles, dan variedad y riqueza a su vegetación envidiable.

Cuando queríamos admirar el océano en toda su imponente inmensidad, teníamos que atravesar en borricos las selvas y colinas, buscando las riberas del sur de la isla; entonces se colmaban nuestros anhelos; ¡el mar glauco y sonriente a nuestros pies; la selva umbrosa y callada a nuestras espaldas, y el cielo infinito sobre nuestras cabezas! ¡Qué cuadro! ¡qué magnificencia! ¡qué esplendor!

Otras veces, el mar se agitaba y se retorció en convulsiones de epiléptico; sus olas irritadas por el viento de tempestad, gemían y sollozaban, y furiosas venían a quebrarse en la arena de la playa o en los barrancos agrietados de la orilla.

La tempestad se desencadenaba con furia inusitada; el rayo brotaba incesantemente de las entrañas de los cielos; el mar, ese mar tranquilo poco antes, se quejaba en lamentos y rumores que tenían ecos de música salvaje, y de rugidos de fieras encadenadas y moribundas. La neblina, cada vez más densa y oscura, ocultaba las islas y llanuras de la costa; las balandras y los botes pescadores huían con las velas despedazadas, como palomas con las alas rotas, a refugiarse en los esteros paupérrimos y miserables,

que alimentan su caudal con las salobres aguas del océano, cuando crece en pleamar.

Horas de bienestar perfecto eran para mi alma éstas que se deslizaban en aquella isla, cuyo clima saludable y suave tonificaba prodigiosamente mis nervios y vigorizaba mi pobre organismo enervado por el trabajo abrumador de la ciudad.

Mi corazón palpitaba con más violencia; mi espíritu sobrecogido por la sublimidad de aquellos cuadros reaccionaba sereno y fuerte, y me obligaba a acercarme a la Naturaleza, a amarla y admirarla en los cielos teñidos de nácar y rosicler; en la grandeza y majestad de los volcanes, y en la belleza incomparable de estos mares relucientes y tormentosos, que cantan y que ríen, que rugen y sollozan.



Los años se sucedían sin solución de continuidad; en mi cabeza brillaban ya las primeras canas, no obstante mis veinticinco años; me sentía agobiado por el trabajo mental prolongado e intenso; mi carácter melancólico y taciturno a causa de una juventud amarga, no se modificaba ni con la educación ni la lectura constante.

En mis noches de insomnio buscaba en el Kempis lenitivo para mis pesares, pero su bella literatura nada decía a mi alma profundamente pesimista; sus máximas y sentencias expresadas con soltura y con elocuencia, halagaban mis oídos por unos instantes, mas no conmovían mi corazón vacío, sin fe, sin amor y sin esperanza.

Más bien, en los *Dolores del Mundo* de aquel enfermo sublime llamado Schopenhauer, hallaba páginas, que en mi concepto, contenían verdades eternas, que impresionaban profundamente mi espíritu, pero aumentaban mi escepticismo morboso y cruel, infundiéndome cierto hastío de la vida, por el

aislamiento en que vivía y la falta de otro amor que endulzara el camino de mi existencia.

Mientras en Kempis leía: "Nada hay más dulce que el amor, nada más alto, nada más grande, nada más alegre, nada más lleno, ni mejor, ni en el cielo ni en la tierra; porque el amor nació de Dios, y no puede aquietarse con todo lo creado, sino con el mismo Dios." Schopenhauer me decía: "El amor es la grande obra que Cupido, sin cesar, activo o pensativo, realiza. Comparados a la importancia de los intereses de la especie, los intereses individuales, en su existencia efímera, son insignificantes. Por eso el dios está pronto a sacrificarnos sin piedad."

Mientras el filósofo cristiano, idealista por excelencia, hace la apología de esta gran pasión, el pensador racionalista, enfermo de pesimismo y de amargura, expresa, con frase lapidaria y cierta, que esta pasión o sentimiento, es causa eficiente de muchos dolores y pesares en la vida de la humanidad; y resonaban cruelmente en mis oídos sus últimas palabras: "Por eso nos sacrifica sin piedad."

¡Si yo era, precisamente, una de esas víctimas sacrificadas por este dios, no siempre falaz y cruel! ¿Porqué no debía aceptar como un axioma esta verdad o teoría del filósofo del dolor y del pesimismo?

Sin embargo, mi pesadumbre se atenuó algo, cuando supe que Rosa Estela había abandonado el convento obligada por su falta de salud; este incidente hizo renacer en mi alma la esperanza.

Personas de mi familia me decían en sus últimas cartas, que desde el día de su ingreso al

monasterio, había sufrido tan intensamente por su falta de vocación religiosa, y que la excitación de su sistema nervioso, a causa de la soledad en que vivía en aquel claustro de paredes ennegrecidas por el tiempo, la habían marchitado notablemente, como la falta de riego a las azucenas anémicas, en las tardes asfixiantes del estío inclemente.

Mis muertas ilusiones retoñaron de sus propias cenizas, como el ave fénix de la leyenda, y la dulce quimera del futuro surgía, de nuevo, resplandeciente y sugestiva en la penumbra indecisa del ensueño.

Los dolores pretéritos, devorados silenciosamente en tantos años, me parecieron efímeros, como las horas fugaces de mi ventura pasada, y esperaba, con ansiedad y angustia, que el porvenir me traería calma para mi espíritu y fortaleza para mi corazón desesperado.

Mujer de alma sensible y tierna, era planta exótica en aquella silenciosa mansión de dolor y de penitencia; su temperamento inquieto y delicado no podía nunca habituarse a la vida sedentaria y exageradamente contemplativa de aquella congregación religiosa, donde tantas mujeres que pueden engalanar la sociedad, van a languidecer y morir tristemente, por caprichos infundados.

Yo confiaba, sin fundamento, por cierto, en que ella reaccionaría, y que de nuevo el amor renacería triunfante en su corazón purísimo; pero no fue así; ni siquiera dio respuesta a mis cartas escritas con todo el fuego de mi alma purificada en el crisol del sufrimiento y en la experiencia de los años.

Aunque apenas frisaba con los veinticinco, mi experiencia y mis conocimientos eran de un hombre de cuarenta años; mis trabajos literarios y científicos seguían llamando la atención de los críticos nacionales y extranjeros, y pronto se iba extendiendo la fama de mi nombre, fuera de las fronteras de la Patria.

Ansioso de volver a recrear mis ojos con la mirada de mi dulce amor, y de oír de nuevo la voz armoniosa y suave de Rosa Estela, de llegar hasta ella y arrodillarme a sus pies para que me perdonara, no omití medio alguno para ir a Quito en primera oportunidad.

En aquellos días había estallado la revolución, que una fracción del partido liberal hizo a don Lizardo García; esto causó, como era natural, profundo malestar en la República, y cuando el General Alfaro fue proclamado Jefe Supremo, se organizaron, casi simultáneamente, en Guayaquil y Quito, centros políticos para preparar la contrarrevolución, y derrocar al nuevo Gobierno.

Aunque yo vivía alejado completamente de la política, y dotado de temperamento pacífico, por educación y naturaleza, no obstante, ingresé a uno de aquellos centros revolucionarios, y conseguí que el Directorio me enviara al interior de la República como Delegado, para organizar, en varias capitales de provincia, corporaciones análogas a la de esta ciudad.

Casi todos los universitarios de Quito y Guayaquil, y gran parte de la juventud de esta última

ciudad, estaba afiliada al partido de la oposición al General Alfaro, y todos trabajábamos con actividad asombrosa para derrocarlo.

Inmediatamente después de recibir la autorización del Directorio, emprendí mi viaje al interior, por la vía de Babahoyo. En esta ciudad tuve una entrevista con uno de los hombres de mayor prestigio y de grande influencia en la política nacional, en aquellos tiempos. El me ofreció incondicionalmente su apoyo a la revolución, siempre que ésta no proclamara a ningún caudillo, ni Jefe de fracción.

Alentado con el buen éxito de mi empresa, seguí mi viaje, por la vía de San Jorge, y luego, por la solitaria y triste del Puyal, por donde llegué a Cajabamba, y pude seguir hasta la ciudad de Riobamba.

Desde la noche misma de mi arribo a la capital del Chimborazo, me sentí gravemente enfermo, por lo que resolví trasladarme al Hospital, como pensionista. Conociendo que mi mal progresaba rápidamente, conseguí de un amigo, que entregara algunas comunicaciones urgentes que yo traía para varios caballeros de esta ciudad.

Parece que las Autoridades habían descubierto mis planes, o que, por lo menos, traslucían el objeto de mi viaje; pues, una escolta de policía acudió al hotel donde yo me hospedaba en busca mía, para reducirme a prisión; pero en esos mismos instantes ya me encontraba gravísimo, con *pulmonía fulminante*; y gracias a este grave contratiempo, escapé de pasar algunos días, o meses, en las mazmorras de una prisión.

Laboriosa y lenta fue mi convalecencia; por lo que tuve que tardar en Riobamba más tiempo del que disponía para mis trabajos revolucionarios.

Una vez recuperada, en parte, mi salud, pero agobiado aún por la astenia que me dejó la enfermedad, procuré, sin embargo, avanzar hasta Ambato, donde pude también entenderme con algunos amigos influyentes, y organizar un centro político de oposición.

En Latacunga sólo pude conferenciar con Belisario Quevedo, joven de gran talento y enemigo del Gobierno; él tuvo también frases entusiastas para elogiar a los caballeros de Guayaquil y de Quito, y me prometió consagrar toda su influencia en favor de la oposición. Años más tarde caía también él, vencido por cruel enfermedad, sin dar a la Patria todo lo que de él se esperaba. ¡Paz en su tumba!

En Quito me fue más difícil esta labor; vigilado constantemente por los agentes del Gobierno, me era imposible conferenciar con las personas para quienes traía comunicaciones en clave desde Guayaquil. Pero resuelto como estaba a cumplir con todos los deberes que voluntariamente me impuse, nada me arredraba, ni nada me detenía.

La mayor parte de los militares que conspiraron en aquella época, fueron más tarde Generales de la República, y los civiles que intervinieron en los asuntos políticos, surgieron también, y algunos hasta la presidencia.

XVI

Desde los primeros días de mi arribo a la capital, procuré buscar la ocasión propicia para una entrevista con Rosa Estela; pero me fue imposible, porque no quería verme, y cuando yo iba a la casa de la familia con la cual vivía, se ocultaba a mi vista y no quería recibirme.

Días más tarde supe que estaba de novia con un joven provinciano de noble estirpe; pero sin fortuna; más, como ella tenía su herencia materna, quizás era este el atractivo para aquel mozalvete, que pudo seducir tan hábilmente a esa paloma incauta, a quien no supo apreciar en lo que valía, por sus virtudes y talento.

Exasperado por todas estas contrariedades y nuevas amarguras, volví a los brazos de la Rodríguez, quien me recibió radiante de alegría y férvida pasión.

Ella poseía una casita en el barrio de San Blas, muy cercana a la *Alameda*; allí fui a devorar las horas de angustias y de despecho que me causaron los repetidos desdenes de la que fue mi primer amor.

Deseoso de poner fin a mi vida sin ilusiones, por que mi cariño había renacido más vehemente y apasionado, quise otra vez, buscar el remedio para mis dolores, en la revolución.

Un decreto bastante inoportuno del Ministro de lo Interior, dictado en aquellos días, excitó terriblemente los ánimos de los ciudadanos y enardeció hasta los más pacíficos, para lanzarlos a la guerra civil.

El descontento que había en Quito era enorme; estábamos al borde de un volcán; los ánimos excitados y efervescentes, buscaban la ocasión para lanzarse a los cuarteles y derrocar al Gobierno.

El viejo General Arellano y otros veteranos del 95 alentaban con su ejemplo a la juventud, y todos ansiábamos la guerra civil, como único remedio a nuestro malestar político y social.

La experiencia de los años me ha enseñado más tarde, que nada se remedia con el estéril derramamiento de sangre hermana.

En este estado de cosas, el Directorio del Club Universitario, cuyo presidente era el patriota Belisario Quevedo, de quien hablé anteriormente, acordó por unanimidad, invitar al pueblo para una asamblea en la Plaza de la Independencia, y pedir al Gobierno derogara aquella disposición ministerial.

Al día siguiente se realizó la manifestación popular, en la cual, viejos y jóvenes, aristócratas y plebeyos, protestaron contra las disposiciones dictatoriales del Ministro.

Desastroso fue el resultado de aquella asamblea: los soldados, fieles todavía al General Alfaro, disper-

GUSTAVO LEMOS R.



saron a balazos a los manifestantes, algunos de los cuales, como Zurita, Salvador, Ramón Lasso y otros jóvenes distinguidos, fueron sacrificados inmisericordiosamente por las balas enemigas.

Como no teníamos armas de ninguna especie con qué contrarrestar el ataque del ejército, huímos todos por donde mejor pudimos, a refugiarnos en lugares seguros, hasta que terminara la persecución.

Yo alcancé a llegar a la casa de Dolores, en donde permanecí oculto algunos días.

Para ella fueron horas de pasión y de ensueño las que estuve a su lado; parecía que su temperamento ardiente despertaba vehemente y loco al contacto de las caricias de aquel adolescente de otros días, a quien ella rindió, con entusiasmo delirante, el tributo de sus gracias y sus encantos.

Yo quería amortiguar mi dolor en los brazos de esta mujer, que sólo tuvo para mí, adoración ferviente y loca idolatría.

Ya era una flor otoñal, y sin embargo, había sabido conservar la frescura de su epidermis, el fulgor de sus pupilas verdes, la turgencia de sus pechos y la hiperestesia de sus nervios; y reaccionaba vigorosa y pujante, antes de que el invierno de la vida secara la savia del amor; antes de que el hielo de la senectud apagara el fuego de las últimas llamaradas de pasión y de locura.

Aunque no sentía amor por ella, me atraía, no obstante, la seducción irresistible de sus formas esculturales, la sugestión impetuosa de su singular belleza, y me acercaba al altar del sacrificio amoroso,

con la avidez insaciable de excitar mis nervios laxos y flácidos, a causa de mis dolores recientes.

Pero nada atenuaba mi pena; los espasmos de la materia no traían consuelos a mi espíritu anhelante de reposo y de quietud.

Muchas veces quería olvidar mis quebrantos en las orgías y lupanares, de los cuales salía más dolorido y triste.

Las excursiones al Panecillo o al Pichincha, que fueron en mi niñez uno de los mayores placeres, ya hoy no tenían ningún atractivo para mí. Apenas, sí, retrotraía a mi memoria los panoramas inmensos, indescriptibles, que desde las cumbres del viejo Pichincha miraba extasiado en otros tiempos.

A veces, en mis largas noches de insomnio, encerrado entre las cuatro paredes de mi habitación, silenciosa, evocaba mi espíritu los recuerdos de días pretéritos, de horas lejanas y muertas, cuando en compañía de maestros y discípulos ascendíamos, en medio de carcajadas estridentes y la algarabía juvenil, por las faldas escarpadas de esta montaña emblanquecida por los siglos, pasando, unas veces, por la cascada que brota de la peña y cuyas aguas caen en chorro interminable, en el remanso, delante del cual se levanta aquel sencillo monumento de piedra labrada, conocido por nuestro pueblo, con el nombre de las *Cinco Llagas*. Otras veces trepábamos por la empinada cuesta por donde cruzaron las tropas libertadoras del Mariscal de Ayacucho, que nos dieron Patria independiente.

Desde allí aspirábamos el ambiente perfumado por los bosques de eucaliptos, que a modo de plumeros gigantes, levantaban sus penachos azulados por la distancia, a una altura increíble. La ciudad bulliosa reposaba a nuestros pies con sus cúpulas verdes y sus torres esbeltas y blancas, y se erguían enhiestas sobre los techos rojizos de los edificios resplandecientes por el sol de la mañana, que iluminaba con cariño paternal a esta ciudad donde los Incas poderosos le rindieron culto y adoración.

Las sombras del pasado venían a mi mente con el poder sugestivo que tienen los recuerdos de las cosas lejanas, y veía con la imaginación, el grupo de compañeros, jadeantes y fatigados, reposando entre las breñas de la montaña, desde la cual contemplábamos la altiplanicie interandina que se prolongaba en lontananza y se perdía entre las nieblas densas que limitaban el horizonte infinito; por el Norte relucían sus cumbres argentadas y magníficas los nevados de Cotacachi y de Cayambe; al frente, el Antisana, corpulento y blanco, rompía con su cabeza cana, la cortina de nubes grises y oscuras que lo velaban egoístas, y surgía altanero y resplandeciente, para sonreír amoroso a la *Sultana de los Andes*, que sentada en su trono de granito y esmeraldas, reposaba tranquila sobre las faldas del histórico volcán.

Mi loca imaginación me llevaba en sus alas impalpables a otros parajes poéticos y bellos, tales como Guápulo y el fertilísimo valle de los Chillos, lugares que tantas reminiscencias dulces tenían para mi alma.

Las horas vividas allí resucitaban ahora, y venían a mi memoria en las blancas alas de los recuerdos, plácidas y sonrientes, como si quisieran suavizar las asperezas y endulzar todo el acibar de mi vida errante y agitada. Y veía la llanura ondulada extenderse a mis pies, abrigando en su seno a los pueblos de Alangasí y Cononcoto, de Amaguaña y Sangolquí, cuyas casitas blancas contrastaban con la verdura de los campos y el brillo argentado de los ríos de Pita, de San Pedro y Santa Clara, que arrastraban turbulentas sus aguas cristalinas, y corrían serpenteando por el valle, hasta perderse entre las breñas de los Andes milenarios.

El frío de la noche y la realidad celosa de mi dicha, venía a disipar los ensueños de mi mente calenturienta, y sólo quedaban, como eternos compañeros míos, mis penas hondas, mis desengaños amargos y la soledad de las tumbas olvidadas.



No podía explicarme cómo el corazón de Rosa Estela había sido presa de otro amor tan fácilmente; pero luego descubrí que no había amor en su resolución, sino más bien despecho, por el horrible desengaño que había sufrido con mis promesas incumplidas, con mis falsos juramentos, y por aquel sentimiento de orgullo y de vanidad que se apodera del corazón humano, cuando sufre algún quebranto; esto era lo que la conducía por el camino de la fatalidad, hasta el despeñadero de un pésimo matrimonio.

Honesta y pura, inteligente y reposada, no obstante, en esta vez se dejó arrastrar por la corriente del capricho, y con ligereza imperdonable, prometió su mano a un hombre indigno de ella, a un ser despreciable, que más tarde sería un verdugo despiadado.

No sé qué fuerza poderosa, muy superior a mi voluntad, aplacaba mi cólera y resentimiento para con ella; esta entraña rebelde que se llama corazón, no quería olvidar a la ingrata.

Cuando ya estaba muy próximo el día de su matrimonio, pude, al fin, hablar a solas con ella en su habitación. Lo recuerdo con ese dolor infinito de lo irremediable; su talle había engrosado con los años; pero su belleza era casi perfecta; la blancura de su epidermis, el brillo de sus ojos negros y flecheros, y la sonrisa de sus labios color de fresa, volvieron a enloquecerme.

¡Cuántos juramentos volví a repetir en esos instantes! ¡cuántas promesas formuladas para el futuro!... Pero ya nada, nada le conmovía, nada le hacía retroceder; el temor que le había infundido el novio, por una parte, y el capricho de ella, por otra, la mantuvieron firme en su resolución; su palabra estaba empeñada y esto era ya un eslabón de la fatal cadena que la iba a atar al yugo férreo de un matrimonio desgraciado.

—¿Porqué vas a sacrificarte si no le tienes cariño?, le pregunté en mi desolación profunda.

—Porque ya me he comprometido; ya le he ofrecido solemnemente mi mano, me respondió; creí que tú no pensarías más en nuestro viejo amor. El cariño para tí no ha muerto; las cenizas del fuego que ardió en mi pecho, aun están caldeadas; pero debo apagar este último rescoldo, y lo apagaré en aras del deber. Tú me ofendiste; yo quise olvidarte en el claustro y éste me rechazó despiadado; quise arrancarme del pecho hasta la última raíz de esta loca pasión, pero me ha sido imposible; todo ha sido inútil, como son inútiles ya tus pro-

mesas y juramentos de hoy, porque mi voluntad pertenece a otro.

—No seas cruel, le dije implorante; yo te amo con la misma intensidad del primer día; el dolor de tu ausencia ha purificado mi alma, y ya que no puedo ofrecértelo como albo lirio, el amor de otro tiempo, recíbelo como una violeta humilde, perfumada por mis lágrimas.

—Ya esto es imposible, me replicó; te amaré, sí; pero como a un hermano, como a un hijo, como tú lo quieras; mas nunca ya como a mi novio; voy a casarme obligada por una fuerza misteriosa que me empuja a lo desconocido, sin gran amor en el corazón; sin ilusiones ni anhelos de felicidad, y ya que no hay pasión en mi alma, para el que va a ser mi esposo, quiero que, por lo menos, haya fidelidad y abnegación sin límites.

Con mis nervios excitados intensamente, por la desesperación de perderla; de mirarla, con envidia, en brazos de otro hombre menos digno, pero más afortunado que yo, sentía arder mi sangre de coraje y de dolor; y le rogaba que depusiera su encono y su resentimiento, que olvidara las ofensas que le había irrogado involuntariamente con mis locuras. Pero nada, nada pude conseguir; ni la oposición de su padre y de otros miembros de su familia, ni los consejos oportunos de sus amigas sinceras, pudieron vencer su capricho y su obstinación; estaba resuelta a verificar, cuanto antes, su matrimonio, por encima de toda conveniencia;

el destino inexorable la llevaba al sacrificio de su bienestar, y hasta de su vida misma....

En aquella tarde oscura y brumosa como mi porvenir, yo le hablaba con desesperación y vehemencia; creía, iluso, que el poder de mi palabra, unas veces dulce y suplicante, ótras, elocuente y persuasiva, podría romper aquel fatal compromiso contraído con Abel Acosta, afortunado novio de Rosa Estela; pero nada fue capaz de quebrantar su voluntad de hierro.

Llorosa y profundamente conmovida con mis palabras, me respondió que la fatalidad la empujaba al abismo; que nunca había sentido amor por el que iba a ser su esposo, para quien apenas sentía una ligera simpatía, por cuanto el amor de otro tiempo no había muerto aún; pero que ahora creía un deber ineludible y sagrado, ahogar hasta la última chispa de aquel fuego, causa de nuestra desventura.

Impulsado por la pasión, me arrodillé ante ella y tomándole una de sus manos, helada y pálida como un lirio yerto, le di calor con el fuego de mis besos, y bañaba las yemas de sus dedos pequeños con mis lágrimas; ella vaciló por unos minutos; creí que se inclinaba al perdón, que reaccionaba el amor marchitado por los desengaños; pero su voluntad se impuso de nuevo a la pasión, y separándose de mi lado, me dijo:

—Basta ya de ensueños y delirios; somos dos desgraciados; ya no puedo retroceder porque le temo, porque creo que me mataría si yo no cum-

pliera con mi palabra, con mi promesa de casarme con él; el destino me conduce no sé a dónde; debo sacrificarme; he padecido mucho en la vida; mis ojos están secos, ya no tienen lágrimas; no sé si los nuevos sufrimientos que me esperan sabrán darme fortaleza y resignación.... Quiero morir, anhelo descansar eternamente; mi alma sucumbe al peso del dolor.... Y sollozaba con desesperación horrible.

La tomé en mis brazos y besándola con delirio en su frente purísima, le dije: Te juro que mi corazón ha sido siempre tuyo; que no volverá a amar a ninguna otra mujer; que será el sarcófago sagrado donde he de sepultar para siempre la ilusión; la urna bendita donde yo guarde, avaro, el perfume de este amor eterno. Entonces le entregué el álbum en el cual había escrito algunas páginas para ella, impregnadas de dolor y de esperanza, de pasión y de amargura. Sentándola a mi lado, ya más serena, pero muy triste, le leí los párrafos escritos con lágrimas de mi alma; en ellos le decía:

XVIII

"Eres flor de ensueño, nacida en el yermo de mi existencia desolada; eres la ilusión postrera de mi juventud que ya agoniza; eres bella como el rosal que florece en los crepúsculos opalinos del otoño; como la estrella que rutila en las brumosas mañanas del invierno.

Eres luz y perfume, flor y armonía, consuelo y esperanza de mi alma saturada de dolor y de escepticismo.

Mi porvenir velado por la niebla del desengaño, refulge hoy día, en la lontananza del ensueño, con claridades de aurora y perfumes de primavera.

Eres la dulce quimera de mi futuro bienestar y la realidad más bella de mi presente. La bondad ingénita de tu alma de artista ha traído a la mía, vieja y enferma, el delicado aroma de la fe' y el dulce consuelo de la esperanza.

Siento que al amarte, como te amo, *reflorece de nuevo el viejo rosal de mis amores*, y los ideales que arrullaron mi adolescencia y cayeron como las hojas mustias de los lirios enfermos de amor,

reverdecen lozanos y perfumados; y la vida tiene, para mí, los encantos del vergel alfombrado de rosas y jazmines, de nardos y azucenas. →

Quiero ser bueno; quiero ser grande; inmortalizar mi nombre con la gloria de los genios, para inmortalizarte, mujer adorable y adorada.

Siento un anhelo irresistible y poderoso que me impulsa hacia todo lo que es noble y todo lo que es grande, para recoger en mi camino, flores y coronas, laureles y blasones, para arrojarlos a tus pies de reina y soberana de mi alma.

Y aunque estoy agobiado por el frío de la vejez prematura, precursor del de la muerte, la melodía de tu voz, arpegio dulcísimo de canarios y ruiseñores; la luz de tus pupilas quemadoras, rayo de sol matinal, que ríe y juguetea, que ilumina y se quiebra en la diafanidad azul de los lagos dormidos, han devuelto a mi alma, enferma de nostalgias infinitas, toda la alegría de los años juveniles.

En tus ojos aterciopelados y lánguidos, he vuelto a hallar los anhelos apasionados y las ansias sentimentales de amor, que soñó mi corazón en los ardientes días de mi adolescencia muerta.

Feliz el hombre que ha conquistado tu corazón pleno de ternura, y tu alma delicada y sensible, que guardan un manantial inagotable de consuelos y esperanzas para los que, como yo, sienten ya el tedio de la vida.

Pero ¿porqué soñar con devaneos imposibles y locas esperanzas? ¡Infeliz de mí! Comprendo que esta dulce ilusión acariciada por mi soñadora ima-

ginación de poeta, será, talvez, fugaz como la vida de las rosas, y *triste como la melancolía de la nieve del invierno*; ya presiento que todo este paraíso deslumbrador y bello, forjado por mi fantasía, rodará mañana convertido en polvo, al soplo helado del desengaño; y que esta flor de pasión nacida en el vergel del ensueño, caerá agostada y muerta, sin dejar, siquiera, el suave perfume de las rosas marchitas y los nardos tronchados en botón.

¡Qué cruel es arrancarse la última esperanza de ventura y redención, obligados por la hipocresía humana, que condena el amor como un delito, este amor que para la razón y la naturaleza, no es otra cosa que la santa comunión de dos almas atormentadas y perdidas en el mundo, que se han encontrado, que se han comprendido, casi al fin de la jornada, para atenuar sus dolores y endulzar sus amarguras!

Y por eso debo ahogar en silencio esta pasión sublime; pero antes que mi vida se esfume como el aroma de las flores secas, quiero consignar en estas páginas el recuerdo humilde, la añoranza bella de mi amor purísimo y santo, que es apacible rayo de luna en medio de la noche negra y solitaria de mi pena.

Mañana que la muerte, misericordiosa y buena, corte el hilo de mi existencia triste, sólo te pido una lágrima, señora, una lágrima que, cual gota cristalina de rocío, empapando el polvo de mis huesos, haga germinar una pasionaria, que simbo-

lice, eternamente, el recuerdo y la piedad de tu noble corazón.”

Cuando terminé la lectura, moría la tarde; el viento gemía en el fondo del follaje de la arboleda lejana; la luz crepuscular, indecisa y melancólica, bañaba la estancia tristemente; los dos llorábamos, y nos despedimos sin hablarnos; solamente nos dimos un beso en la frente y huímos silenciosos y taciturnos por las galerías ensombrecidas por el velo de la noche: el dolor supremo de las almas, es siempre mudo, callado y cruel; no tiene alaridos, palabras ni sollozos....

XIX

Fracasada mi última tentativa para obtener el perdón de Rosa Estela, ya ningún interés tenía en vivir. Entonces torné a mi vida de periodista, con más vehemencia y apasionamiento; escribía artículos incendiarios contra el Gobierno, incitando al pueblo a la rebelión, hasta que un buen día fui reducido a prisión, encerrado en un calabozo y conducido al día siguiente, en medio de fuerte escolta, a la ciudad de Loja, en calidad de confinado.

Pero cuando llegué a Alausí, solicité del Gobierno mi pasaporte para el exterior, lo cual fue aceptado casi en seguida. Entonces, en vez de continuar mi viaje por la vía de Cuenca, tomé asiento en un coche del ferrocarril y me dirigí a Guayaquil, pero siempre acompañado de la escolta, que me llevó al cuartel de policía, de esta última ciudad.

Allí me recibió amablemente el señor Intendente; se me levantó la incomunicación en que me tenían desde que me apresaron, y pude recibir las

visitas de muchos caballeros notables que se apresuraron a ofrecirme su garantía personal y pecuniaria para que pudiera quedarme confinado; yo les agradecí por su noble conducta para conmigo, pero continué resuelto a dirigirme a Valparaíso, por largo tiempo.

Tres días estuve en la policía esperando el arribo del vapor Tucapel, en el cual debía seguir mi viaje. El señor Intendente de Policía me colmó de atenciones, y el último día, hasta me concedió libertad para que pudiera almorzar en casa de un excelente amigo mío, en la cual encontré a otros amigos, quienes me alentaron para sobrellevar con resignación los nuevos pesares, que, seguramente, me esperaban en mi peregrinación al ostracismo.

Habituado ya a la vida de soledad en tantos años de ausencia del hogar, no era mayor la aficción que sentía al dejar la patria; lo que no me abandonaba ni un solo instante era el resquemor del corazón, lacerado otra vez, por el naufragio de mis esperanzas.

Cuando salí a embarcarme, pude apreciar, de nuevo, la agitación y movimiento de la metrópoli comercial ecuatoriana; los vapores anclados en la ría humeaban como impacientes de su quietud, y pedían con sus sirenas roncadas o estridentes, lanchas para descargar los bultos que guardaban en sus enormes bodegas.

El Tucapel lanzaba columnas de humo negro y espeso por sus rojás chimeneas; las lanchitas de vapor iban y venían, llevando o trayendo pasa-

jeros. No sé por qué me imaginaba en esos instantes, que lo que estaba mirando, no era otra cosa que una de las fases del gran problema en que la Naturaleza establece el equilibrio en todas las cosas: cada criatura humana es un viajero que va o viene, sin saber lo que le espera; unos nacen y otros mueren, pero siempre continúa la renovación de todo lo creado, en el eterno vaivén de los siglos.

¿Cuál sería mi destino en aquellos lugares desconocidos a donde encaminaba mis pasos de proscrito?

Excitada la sensibilidad de mi espíritu por el champaña que habíamos bebido en el almuerzo, vine a sentir, entonces, el dolor de la ausencia y del alejamiento indefinido de la patria. Pocos amigos me acompañaron a bordo; quizás temieron que se les considerara como enemigos del Gobierno y por esto se abstuvieron de cumplir con este piadoso deber para con el pobre desterrado, que no dejaba, siquiera, un pariente a quien decirle adiós.

Dos horas después, el Tucapel recogía sus anclas y surcaba gallardamente las aguas agitadas y de rápida corriente del Guayas caudaloso.

Entretenido con los panoramas que me ofrecían, de nuevo, las riberas de este río pintoresco y bello, casi no me dí cuenta de que la ciudad querida se iba alejando rápidamente. Desde la cubierta del vapor observábamos perfectamente la curva profunda del río, en cuyas orillas se levanta,

airosa y gallarda, la ciudad, que se extiende desde el aristocrático barrio de las *Peñas*, hasta el aislado caserío del *Camal*. En el Malecón *hormigucaba* la multitud; parecía que todos los habitantes de la urbe se hubieran congregado en esta calle bulliciosa. Los *cargadores* o mozos de cordel, con su pesado fardo sobre los hombros, corrían en distintas direcciones; unos llevaban bultos de mercaderías a los carros de la Aduana; otros conducían, en grandes sacos, el cacao a los vapores trasatlánticos; los tranvías, eléctricos y de tracción animal, corrían por las paralelas de hierro sin descanso; los automóviles pasaban raudos y veloces por las calles; todos marchaban con paso ligero a cumplir con sus obligaciones y deberes, o en busca de algún negocio lucrativo y provechoso. Esto me demostraba, una vez más, con la elocuencia de los hechos, que Guayaquil, emporio de trabajo y de riqueza, será muy pronto uno de los puertos más populosos de la América hispana.

A medida que nos alejábamos de la ciudad, la tarde iba muriendo, y cuando el vapor, con sus pitadas repetidas, pedía, a su paso por Puná, un bote para que saltaran el *práctico* y los *guardas* que llevaba, ya la noche extendía sus sombras sobre la tierra.

A la madrugada siguiente navegábamos en aguas extranjeras, ya las brisas de la patria no refrescaron la frente del proscrito, ni percibía los aromas de mis florestas; todo me era extraño; las áridas playas que veíamos al frente, no tenían la

verdura de los vergeles ecuatorianos. Esto sobrecogió mi espíritu hondamente, y sentí, por vez primera, la nostalgia de los maternos lares.

Largo y pesado fue nuestro viaje; yo no visité casi ninguno de los puertos de escala: Paita, Eten, Pacasmayo, el Callao, Pisco, Mollendo y otras muchas poblaciones pasaban a mi vista con la rapidez de película.

Cuando llegamos a la altura de Coquimbo, el mar estaba agitado, borrascoso y amenazador; felizmente pasó lejos la tempestad y el vapor continuó su viaje sin novedad, ni interrupción.

Desde el día mismo de mi salida de Guayaquil me sentí enfermo con fuerte paludismo, y por esta causa no pude gozar de los halagos que ofrece la navegación, a todos los que por una razón u otra, tienen que cruzar los mares en busca de sosiego o de fortuna.

Mis fuerzas físicas decaían notablemente; la fiebre me devoraba, pues la quinina era ya ineficaz para calmarla; al fin, después de diez y ocho días de navegación, desembarcamos en la risueña y populosa ciudad de Valparaíso.

Muy cordial acogida recibí allí de parte de algunos compatriotas y de muchos periodistas portenses.

Los primeros días de mi permanencia en esta ciudad los pasé en cama; el estado de mi salud era muy delicado y nada podía hacer; pero más tarde, cuando el mal fue vencido, llevando en el alma la nostalgia de la patria lejana, me dediqué a mi

profesión de periodista, y así pude subsistir durante el tiempo de mi permanencia.

Mi melancolía había aumentado terriblemente; sin hogar y sin ilusiones, el recuerdo de la patria ausente me torturaba con tenacidad mortal, y anhelante esperaba el día del retorno.

Ningún incidente digno de estas páginas sufrió durante mi larga permanencia en aquella tierra hospitalaria y generosa. Pero ni el mar inmenso, ni la distancia enorme que me separaba de la tierra de mi nacimiento, eran suficientes para borrar de mi memoria la imagen querida de Rosa Estela. La veía llorosa y abatida, enferma y triste, languideciendo, como flor arrancada prematuramente, de la planta que la sustentaba, por el viento de la fatalidad.

A los pocos meses de mi arribo al puerto chileno, supe con desesperación horrible, que ella se había casado, y que su marido derrochaba con estúpida prodigalidad, su patrimonio, en garitos y lupanares.

Joven educado en el ocio y la holgazanería, mimado por su madre débil, que nunca supo corregir los vicios, que con precocidad asombrosa, iban dominándolo; era natural que al recibir la herencia de su inocente esposa, él la arrojara con torpeza en aquellos antros de corrupción.

Cuando Rosa Estela se dió cuenta de su desfavorable situación ya era tarde; apenas pudo salvar una pequeña parte de su patrimonio, por medio de la exclusión de bienes, que dicho sea de paso,

es una de las conquistas más bellas del partido liberal, en beneficio de las infelices mujeres que caen en manos de ciertos desalmados y perversos.

Estas noticias laceraban mi corazón y me causaban amargura infinita. Todo lo que a ella se refería, para mí era sagrado; pues, ya que no pude ser su esposo, porque así lo había ordenado mi sino fatal, quería ser, por lo menos, un hermano en su desgracia; y en este sentido le escribí desde Valparaíso, cuando le participé mi regreso a la patria.

Apenas recibí cablegrama da Guayaquil, en que me comunicaban la caída del General Alfaro, el once de agosto, arreglé mis bártulos y tomé el vapor Mapocho, que en esos días salía con dirección al Norte.

Siempre en Viento

X X

Pocos días antes de mi regreso a la patria fui agasajado amablemente por los colegas del periodismo, con un espléndido banquete, en el cual hubo derroche de sinceridad y de cariño para el proscrito que retornaba a los patrios lares.

Esta demostración delicada de afecto y de cultura para con el periodista fue una prueba más de la simpatía que el pueblo de la estrella solitaria conserva en su corazón, para esta bendita tierra ecuatoriana.

A bordo me ocupaba en la lectura de mis autores favoritos: Cervantes, Tolstoy, Gorky, Pierre Lotti, Valle Inclán, Ricardo León y otros muchos. Mi temperamento profundamente melancólico se avenía muy bien con la índole de estas obras, cuyas páginas traían a mi alma emociones intensas y consuelos indefinibles.

Absorbido por mis trabajos literarios, no tuve tiempo para conocer los puertos que el vapor iba visitando a su paso, ya para dejar carga o pasajeros, ya para recibirlos; apenas pude saltar en Iquique y la Sirena, en Pisco y en el Callao, atraído en este último puerto, por el esplendor de la capital peruana, que la

recorrí a la ligera, conociendo sus templos y monumentos coloniales.

En el tiempo que había residido afuera, mi cabeza emblanqueció casi por completo, sin embargo de ser aún joven; los pesares y la agitación de mi vida me abrían las puertas de la vejez prematura con celeridad extraordinaria.

Venía resuelto a cambiar de estado, buscando la mujer ideal que reemplazara en mi corazón el amor perdido de Rosa Estela; pero creía imposible encontrarla tal como lo imaginaba.

Cuando salté en Guayaquil, ya la República estaba en completa paz; el señor Estrada gobernaba el país con muchos hombres, que hasta la víspera de su caída, habían sido amigos y partidarios del General Alfaro.

Estudiando serenamente la situación política, vi que de nuevo la nación estaba al borde de un abismo, porque la salud del Presidente era mala, y de un momento a otro podía morir, dejándonos, como corolario, la guerra fratricida.

Pocos días estuve en Guayaquil; mi anhelo por respirar las brisas de nuestra sierra, y de recuperar mi salud quebrantada en el destierro, me obligaron a marcharme a Quito.

Muy feliz me consideré cuando en Durán tomé asiento en un coche de primera clase, para subir hasta la capital, en el ferrocarril que Alfaro había terminado pocos años antes. X

Nunca me parecieron más bellos los paisajes que, desde la ventanilla de mi asiento, miraba por todas

partes; las poblaciones iban quedando a mis espaldas con prodigiosa rapidez; el tren devoraba kilómetros y kilómetros en pocos minutos; corría veloz por la planicie o se retorció como serpiente en las curvas interminables de Naranjapata y de Huigra; más tarde, el monstruo de acero ascendía resoplando, como si estuviera fatigado, por las paralelas colocadas en zigzag, en la abrupta montaña, que el genio del hombre había despedazado para abrir paso a la locomotora audaz. A este monte singular, que emerge desde el fondo obscuro del río, en medio de dos cordilleras, se le ha dado, con mucha propiedad, el nombre de *Nariz del Diablo*. Creo sinceramente que esta parte de nuestro ferrocarril es un verdadero monumento levantado al progreso humano, por la ingeniería moderna.

Sin accidentes ni contratiempo alguno, seguíamos nuestro viaje a través de pueblos y más pueblos, que aparecían por unos instantes y luego se perdían en el laberinto de montañas y cordilleras.

La tarde, una tarde de invierno, era bellísima; el horizonte despejado se perdía a nuestra vista interceptado por los montes; la laguna de Colta, como bruñido espejo, reflejaba en sus linfas argentadas y tranquilas, las cúpulas de los cerros que la circundan. De las chozas innumerables que rodean sus orillas, salían los indios, medio entumecidos por el frío, metidos en sus ponchos rojizos de lana burda y calzones de cuero de cabra, a mirar, sonrientes, el enorme convoy que cruzaba raudo por las orillas del lago pintoresco.

Cuando avanzamos a Riobamba, el sol se despeñaba por las montañas de Occidente; el Chimborazo inmenso, cubierto de su clámide argentada, sonreía a la ciudad; al frente resplandecía el Altar, cuyos picachos de plata refulgente, semejaban las ruinas de un palacio gigantesco desplomado por el peso de los siglos; la luna llena se elevaba lentamente sobre estas cumbres, como hostia de albura inmaculada; el Tungurahua, ennegrecido por el fuego que ardía en sus entrañas de piedra, arrojaba torrentes de humo negro y de vez en cuando, bramaba y rugía como fiera herida: estaba en plena actividad; el Cubillín, como avergonzado de su pobreza, presentaba su cúpula dorada, medio cubierta por las nieblas ingravidas o rotas, que el viento iba escarmenando en el espacio infinito.

Extasiado por tanta belleza, contemplaba el panorama, con el alma conmovida, y recibía en mi frente el beso de las brisas de estas sierras inolvidables, que exhalaban efluvios saturados de fragancias exquisitas y delicadas.

Llegamos a Riobamba, media hora más tarde de la señalada en el itinerario, pero este retraso, antes que un contratiempo, fue un accidente de gran interés para los pasajeros que íbamos en el tren: la luna había ocultado su disco de plata y el cielo, bastante nublado, sólo dejaba entrever una parte de la cordillera oriental, hacia el lado del Tungurahua, cuya silueta se perfilaba maravillosamente en la negra inmensidad del horizonte, porque ardía desde sus faldas, y semejaba un cono gigantesco arrebujaado con ígneo manto,

fantástico y admirable; por su cráter arrojaba columnas de fuego y piedras incandescentes, que ardían como chispas al rodar por las pendientes de la montaña enfurecida; los relámpagos estallaban incesantemente y fulguraban como fuegos de bengala en la cumbre del gigante.

Por desgracia, un velo densísimo de nieblas ocultó a nuestra vista el sublime espectáculo que la Naturaleza nos presentaba, y apenas podíamos vislumbrar los torrentes de líquido inflamado que la montaña bravía arrojaba en esta erupción formidable.

Hasta la ciudad llegó la lluvia de ceniza, que cayó por más de una hora en sus calles repletas de gentes, que salían de sus casas, unas por curiosidad, y otras por temor a un terremoto.

Poco a poco se calmó la furia del volcán, y a las diez de la noche, todo había terminado; sólo de vez en cuando se oía el rugido aterrador que lanzaba desde el fondo de sus entrañas ardientes.

Fatigado por el viaje, me retiré de la plaza de San Alfonso, lugar desde donde se observaba admirablemente la sublimidad del espectáculo, y me dirigí al hotel para descansar unas pocas horas y continuar al día siguiente, mi viaje a la capital.





—No Alfonsito, la *niña* Rosita le manda a saludar y a decirle que ¿cómo ha llegado?; y quiere verle mañana en su casa. Este fue el saludo que recibí en el *Hotel Froment*, a las siete de la noche, del día de mi llegada a la capital.

—¿Cómo está ella ¿qué es de su esposo? ¿cuántos niños tiene? le pregunté con ansiedad.

—¡Ay, *niño* de mi alma! si no tiene hijos. La *niña* llora mucho, porque está muy pobre y el marido le ha *botado* desde el año pasado.

—Agradécele mucho a tu *niña*, y dile que mañana a primera hora estaré a verla, que anhelo con todo mi alma servirle como un verdadero hermano. Pero, dime, ¿y dónde vive?

—En una casita baja, pintada de amarillo, que está a mano izquierda, a media cuadra de la iglesia de San Roque; no hay ni cómo perderse, por *ahí* se va al Panóptico ¿se acuerda, *niño*, de esa calle?

—Si, hija, ya sé cual es; vete ya y dile que después de las ocho de la mañana iré a su casa. ¿Y qué es de su marido?

— Yo no sé *niño*, dicen que está por Otayálo; que se ha *sacado* una muchacha y anda con ella, será hasta que se acabe la platita que le quitó a la fuerza a la pobre *niña* Rosita. Si es un desalmado; sólo vivía jugando y bebiendo, o metido en las casas de mujeres malas, y por eso le ha dejado tan pobre a mi *niña* que no hace sino llorar y llorar sin consuelo. Ella dice que *sumercé* es muy bueno y generoso, y por eso quiere verle para pedirle consejos sobre lo que debe hacer en este caso; porque ya quiere regresar a su tierra para acabar allí su triste vida.

— Está bien; ya no me cuentes más de la vida de tu *niña*, le dije, bebiéndome las lágrimas que rodaban por mis mejillas. Vete ya y no olvides de abrazar a tu señorita.

En esta forma terminé aquel penoso diálogo con la fámula, que no tenía cuando acabar el triste recuento de las miserias de su pobre *niña*.

Superfluo me parece añadir que no pude pasar alimento alguno aquella noche, y deseoso de conocer detalladamente la vida de esa pobre *rosa* que se iba agostando silenciosamente en una ciudad donde tantas otras mujeres, menos buenas pero más felices que ella, gozaban de bienestar y de fortuna, encaminé mis pasos a la casa de una parienta mía, situada muy cerca del *Carmen Bajo*.

Con excepción de Rosa Estela, a quien había avisado mi regreso, por telégrafo, desde Riobamba, nadie lo sabía; todos mis parientes y amigos creían que me radicaría en Guayaquil, en donde había pasado tantos años de mi primera juventud, y por esta razón,

la sorpresa de mi tía y de sus hijos, fue inmensa al verme en su casa, cuando menos lo esperaban. Todos me rodearon cariñosamente, y miraban con pena mi cabeza emblanquecida por las primeras nieves del invierno de la vida.

Materialmente me acribillaron a preguntas y más preguntas, que hube de responder por partes; todos querían saber de mi vida de proscrito; mis impresiones de viaje, y de todo cuanto se relacionaba con mi permanencia en el exterior.

Una vez satisfecha su curiosidad en la mejor forma que me fue posible, les interrogué también yo, sobre la vida de la que fue mi novia.

—Es una historia muy triste, me dijo mi tía; ¡pobre Rora Estela! ella tiene la culpa, no quiso oír nuestros consejos; cuánto le dijimos para que no se casara con aquel calavera que iba a arruinarla; pero a nadie oyó, a nadie escuchó, y ahora está arruinada y sin hogar.

—¡Cómo! ¿sin hogar?, le interrogué.

—Por que el año pasado, uno de los acreedores del marido remató la casita que tenía en la *Loma Grande* y cargó hasta con la cama de matrimonio y todo cuanto poseía, me replicó la señora.

—De modo que hasta los muebles de su casa ¿los ha perdido? ¡qué barbaridad!

—Hasta eso se le puede disculpar; pero lo más criminal es que ese hombre no trabajaba; él no producía un centavo para el hogar; sólo consumía el haber de su pobre esposa; ella tenía que alimentarlo vendiendo sus joyas, y hasta sus vestidos; si alguna vez

ganaba algo era poco para sus vicios; todo lo derrochaba con las queridas y las rameras, o se amanecía en los garitos; se perdía semanas enteras sin ir a su casa, donde esa pobre mártir agonizaba entre el temor y la desesperación.

—De lo que acabo de oír deduzco que este patán nunca se ha preocupado del hogar ¿verdad?

Efectivamente; mozo discolo y sin educación, sin nociones del cumplimiento del deber, tomó el matrimonio como un deporte y a la mujer como a una banquera, para que ella pagara con su dinero las innumerables deudas que tenía en la ciudad.

¡Pobrecita! ¡cuán desdichada ha sido! ¿por qué el destino cruel no permitió que fuera mi esposa? ¡qué felices hubiéramos sido los dos! . . . ¡Ironías de la suerte! ¡Arcanos de la vida! ¡enigma indescifrable que mi pobre cerebro no alcanza a comprender! . . . ¡Si ella es desgraciada, yo lo soy más aún, porque voy envejeciendo abrumado por el hastío, por la soledad y el desengaño!

¡Oh! no sabe Ud. cuánto sufro cuando pienso en mi ventura muerta, en la felicidad perdida por mi torpeza, o mi inexperiencia; digo mal, ¡por mi fatalidad! ¡Si aún la amo con lástima y desesperación!

—Pero ¿es posible, Alfonso, que todavía pienses en ella después de tantos años; que aún fomentes un amor que hoy es criminal, por que ella es casada? ¡Arranca esa planta venenosa de tu pecho y olvídala para siempre!

—Eso es imposible, le respondí con vehemencia; ya no la quiero como a mi novia; la amo como debe

amarse a una hija, porque es desgraciada como yo; la novia está muerta hace muchos años; ese amor apasionado y loco de la adolescencia está ya sepultado para siempre; hoy quiero ser su hermano, su confidente, su bienhechor; mi corazón helado por el desengaño es yermo sin flores ni perfumes; la vida me abruma y me causa tedio; hijo del dolor, ya nada espero en los días que vienen.

Mi tía, profundamente religiosa, alarmada por mi escepticismo y mi desesperación, quería en vano consolarme, me hablaba de la fama que había ganado con mis libros; de mi vida laboriosa y honrada; todo lo cual era suficiente para que yo pudiera elegir una esposa digna de mí y de la familia, y formara un hogar que tanta falta me hacía.

Yo le oía con respeto y con ternura, ya que ella era la única hermana de mi santa madre, que aún le sobrevivía, y además, porque me amaba como a cualquiera de sus hijos.

Muy tarde salí de su casa y me dirigí al hotel; me sentía enfermo, y desalentado; necesitaba de sueño y de reposo.

Pero el insomnio casi no me permitió cerrar los ojos; una a una oía las campanadas de los relojes de la ciudad; me revolvía en el lecho, preocupado y febril; en vano quería olvidar en el sueño mis quebrantos; el sueño no me traía la anestesia bienhechora para mis nervios excitados terriblemente. ¡Qué larga y qué desesperante fue aquella noche para mí!

Apenas sonaron las campanas de los templos, invitando a los fieles a la misa de cuatro, me levanté

de aquel lecho que me había servido de tormento, y me dirigí al templo de la *Compañía*, a buscar, después de muchos años, consuelos para mi alma, al pie de los altares de Jesús Crucificado.

Diez años, más o menos, hacía que no había penetrado a ningún templo católico; intensa emoción sacudió mi espíritu ante la ceremonia que se estaba celebrando en el altar mayor; todo el templo estaba profusamente iluminado, y sus paredes ardían como ascua de oro; el brillo deslumbrante de los focos eléctricos iluminaban las cúpulas y las naves en cuyas columnas proyectaban su sombra caprichosa los arabescos y las cariátides esculpidas en la piedra; el silencio y recogimiento de la muchedumbre eran absolutos e imponían respeto y devoción.

¡Cuántas reminiscencias dulcísimas de mi niñez se agolpaban a mi mente en aquellos instantes! ¡cómo sentía reverdecer las horas del pasado! ¡con qué placidez y bienestar recordaba los días del colegio, cuando, contrito y humilde, rezaba yo también y musitaba mis plegarias con fervor, pidiendo a la Virgen, buen éxito en mis exámenes y felices vacaciones!

¡Ay! y ¿ahora? ¡Nada!... ¡muerta la fe, árido y seco el corazón, ya no germinaba la esperanza en el desierto de mi pecho!...

Sí creo que es un gran beneficio para la humanidad esa fe que nuestros mayores nos inculcaron en la niñez, porque siquiera da resignación en las tribulaciones de la vida.

Acercándome al Cristo, que en la cruz parecía agonizar en realidad, le pedía, humilde, y aba-

tido, me devolviera ese beneficio, que junto con girones de mi alma, había dejado en el calvario de mi vida; pero ni sus ojos lánguidos y tristes, ni su rostro pálido y ensangrentado, querían hablar a mi espíritu enfermo.

El recuento de mis desdichas pasadas, sublevaba, de nuevo, mi corazón rebelde y veía con los ojos de la imaginación, todos los dramas que se habían desarrollado en mi hogar: mi madre, tronchada como una rosa en plena primavera; mi padre, rígido y exangüe, muerto trágicamente en ese mismo lecho; mis huérfanos hermanos dispersos y abatidos; mi primer amor degollado por la fatalidad; todos mis ideales deshechos en el temporal de la existencia. . . ¡y Rosa Estela pereciendo de hambre y de miseria en un rincón de la ciudad! . . .

En ese minuto solemne de mi vida, en que pude haberme santificado para siempre, renacieron, por desgracia, los recuerdos de las injusticias y crueldades de la Naturaleza y de los hombres; me consideré como víctima inocente de tanta desventura, y la fe y la esperanza que retoñaban lozanas, huyeron de mi espíritu; quedó trunca la plegaria, y mis labios no pudieron pronunciar la palabra de *perdón*. . . . Y volvieron más tenaces a mi ánimo abatido, la desesperación y el escepticismo.

¡Felices, mil veces felices, los que creen los que aman y los que esperan!

X X I I

Salí del templo con más desaliento en el alma y dolor en el corazón, sin hallar el bálsamo que buscaba para curar las heridas que ahora sangraban con más crueldad.

Hondamente preocupado, ambulaba por las calles de la ciudad, esperando la hora del desayuno, para ir en seguida a ver a la mujer bella que iluminó con el fulgor de sus ojos, un fragmento del camino de mi existencia.

Disciplinada mi voluntad en la escuela de los sacrificios y privaciones, severo en el cumplimiento de mis deberes, desde el primer momento que supe el fracaso doloroso de Rosa Estela, formé el propósito de ser para ella algo así como un padre o un hermano; alejé de mi mente toda idea que pudiera manchar este purísimo sentimiento, que, indudablemente, me haría más digno de su gratitud y su cariño.

Sentía en mi ánimo una especie de remordimiento, como si yo hubiese tenido alguna culpa en su desgracia. La duda, enroscada en mi cerebro, como

vibora ^Pmordía con saña inaudita al corazón; vacilaba sin saber si efectivamente era yo culpable de la tragedia que en silencio se desenvolvía en aquel hogar desgraciado: en esos momentos creía que yo no había hecho cuanto debí para impedir aquel funesto matrimonio, desde el primer día, manantial de dolores y de lágrimas, para esa mártir que moría aislada y sola, sin más compañeros que su pobreza y sus tribulaciones.

Pero luego me tranquilicé, porque a través del pasado, miraba las horas muertas, que se llevaron mis ruegos y mis lágrimas para que ella fuese mi esposa. No tenía, pues, culpa alguna en su desventura; era la fatalidad de ambos, que rompiendo el encanto de nuestro amor, nos alejó al uno del otro, para condenarnos al tormento y al dolor.

Serenándome cuanto pude en aquellas circunstancias penosísimas, arreglé mi peinado y salí en busca de la casa de Rosa Estela.

Siguiendo por la *Compañía*, desemboqué en la gran plaza de San Francisco, y cruzándola en diagonal, tomé por *San Carlos*, para llegar cuanto antes a la casa.

Desde la esquina de *San Roque* alcancé a ver a una mujer vestida de negro en el zaguán de la casita que se me había indicado; el corazón aceleró sus palpitaciones, y en su mudo lenguaje, llamado *presentimiento*, me dijo que aquella mujer no era otra que Rosa Estela.

Cuando ya estaba cerca, ella penetró con rapidez

a sus habitaciones y allí me recibió con sus ojos llenos de lágrimas y su faz marchita y plañidera.

Sin hablarnos, extendimos simultáneamente los brazos y nos besamos en la frente y en los ojos, y abrazados permanecemos algunos minutos, hasta que nuestros corazones, presas de la taquicardia, ocasionada por la violencia del dolor, se tranquilizaron y pudimos hablarnos con serenidad y calma.

Conociendo su temperamento exquisitamente delicado y tierno, yo no quise hablarle del drama de su vida; pero ella apreciando mi discreción, me manifestó su deseo de contarme, confidencialmente, la triste historia que se había desarrollado durante el tiempo de mi larga ausencia.

Pero cuando iba a comenzar su relato, le pedí que dejara para otro día, porque no me sentía bien; sólo había ido a saludarla y decirle que si antes la quise como a mi novia, ahora la querría como a mi hija; porque estaba resuelto a todo sacrificio con tal de que ella no fuese más desgraciada.

Dos lágrimas, como perlas cristalinas, se quebraron en sus negras pestañas, y apenas pudo balbucir un *gracias*, tan calladamente, que sólo pude oírle las últimas sílabas.

Tomándole una de sus manos heladas, le dije: Rosita, temo que mis labios traicionen a mi alma, y por eso quiero consignar en el álbum que te entregué antes de mi partida, todo lo que la emoción me impide expresarlo en estos instantes.

Rosa Estela se levantó presurosa y sacando de su cofrecito, guardado con cariño, ese álbum que

yo le había regalado en otros días tan tristes como el de aquel momento, me lo entregó silenciosamente.

Sentándome al frente de una mesita esquinera, colocada al pie de la única ventana del aposento, escribí los párrafos que siguen:

“Rosa Estela, nombre dulcísimo, que simboliza tu almita de artista, sensible y delicada, soñadora y pudorosa; esa almita blanca y sensitiva, que nació para ser mía.

Flor de ilusión y de ensueño, en tus ojos lánguidos refulge dulcemente la luz de tus pupilas incendiarias, como rayo de sol matinal, en la lobreguez de mi existencia dolorida y triste.

En tu boca, diminuta y fresca, tus labios, pétalos aterciopelados de amapola, contrastan maravillosamente con las perlas de tus dientes menudos y marfilinos.

Música deliciosa es tu risa; tu mirada apacible es luz de estrella vespéral; tu voz, cascada de perlas que se desgranán por tu garganta ebúrnea y traen a mi alma los encantos indefinibles del ensueño.

Dulce y buena, candorosa y tierna, eres el hada seductora que cura los dolores de los corazones enfermos de nostalgias y desengaños.

La euritmia de tu acento, la armonía de tu voz y la gracia de tu sonrisa, reflejan toda la albura de tu espíritu y la bondad de tu corazón.

Flor de cielo, nacida en la tierra para consolar mi existencia desolada, tú serás hoy, como lo fuiste ayer, el amor postrero de mi alma.

Mi melancolía es tan honda y el tedio de la vida tan profundo, que me siento herido de muerte, lenta y cruel, como la de todo el que ya no tiene ideales ni ilusiones.

Perdida la fe y muerta la esperanza, la vida es carga muy pesada cuando no aparece en el horizonte negro del futuro, una estrella que irradie con luz de consuelo, sobre el alma atormentada.

Sé tú la maga divina que cure la nostalgia y melancolía de mi corazón enfermo; que endulce todo el acíbar de esta existencia odiosa; dame el aroma de tu alma para embriagarme con él, y así pueda olvidar mis tristezas y saudades; dame la luz de tus ojos bellos para que ilumine la senda perdida en la noche negra de mi desolación profunda.

Haz que reaccione mi espíritu abatido; que resplandezca en la pavorosa obscuridad de mi cerebro enfermo, la luz de la fe y de la esperanza, para que pueda avanzar sin desaliento por el sendero cubierto de abrojos y zarzales.

Purificada en el crisol del sufrimiento; ansiosa de felicidad y de amor, sólo hallaste en tu camino, ingraticudes y perfidia de quienes no te comprendieron, ni supieron apreciar el tesoro de bondad y de ternura, que guardas, avara, en tu noble corazón.

Romántica y soñadora, has visto caer marchitas y muertas las ilusiones que brotaron en tu cabecita de artista; has visto esfumarse, con fugacidad de relámpago, tus ideales más queridos, y la realidad cruel ha convertido en calvario doliente, el palacio de oro que tú forjaste para un futuro incierto.

El acibar de tu vida, que es la mía, he saboreado yo también hasta las heces, en la amarga copa del dolor; tus desengaños son puñaladas clavadas en mi corazón, porque sólo yo te he comprendido y he llegado hasta el fondo de tu almita sensible y delicada, de tu almita blanca y pudorosa, que nació para ser mía.

Pero no llores más, adorable princesita de mis ensueños, yo sacrificaré hasta mi vida misma, para trocar el yermo de la tuya en vergel apacible y venturoso; para que de las espinas y zarzales que hacen sangrar tu corazón, broten rosas de luz y lirios de esperanza, que endulcen y perfumen los días que te reserva el porvenir.

¡A Sé tu feliz, dulce amor mío, aunque queden muertos mis delirios y truncada para siempre mi pasión.

En la triste salmodia de mi amor desventarado, quiero decirte que si no has podido ser mi esposa, seas, siquiera, mi hermana en el dolor, para que enjugues mis lágrimas ardientes, en los pocos días que me quedan, y cierres mis párpados cuando el sueño de la eternidad me traiga el reposo de ultratumba."

Quando terminé de escribir, se lo leí conmovido. Ella me agradeció con sus sollozos y sus lágrimas.

Abrazándola otra vez, la besé en su frente blanca y tersa, y me despedí hasta el otro día. Necesitaba más serenidad; la agitación de mi espíritu me obligó a alejarme para fortalecer y tonificar mis nervios excitados por la emoción y el sufrimiento.

XXIII

Desde la primera noche de mi fatal matrimonio comenzó mi *vía crucis*, me decía Rosa Estela, al día siguiente que fui a verla, sentada junto a mí en un *confidente* que tenía en su salita.

Hombre burdo, a pesar de su nobleza; vulgar y soez, no tuvo para mí las delicadezas del novio, que por primera vez tiene a su lado una mujer joven que espera de él, ternuras inefables, besos callados y furtivos, aromados de pasión; caricias delicadas, que hubieran podido inspirarme gratitud y cariño, para endulzar nuestra vida conyugal.

Esa noche inolvidable no encontré la poesía y el ensueño, el idilio amoroso, que abre las puertas de la ilusión a las jóvenes esposas, que llegan hasta el nuevo hogar, como los albos lirios, con su frente coronada de azahares y el alma arrebujaada en el velo del candor y de la inocencia. Fui ultrajada con palabras groseras y vulgares, talvez, con ese vocabulario que él usaba con las mujeres públicas en su vida disoluta.

El filo de un puñal clavado en mitad del corazón me hubiera causado menos daño que el ultraje de aquella noche infausta, cuyo recuerdo me escuece todavía.

Allí murió la poca simpatía que antes me había inspirado; allí quedó eclipsado para siempre el rayito de esperanza que aun iluminaba mi sendero; los atractivos de ese encanto ignorado, pero presentido por toda mujer, por candorosa que ella sea, cayeron despedazados por la realidad, por esa realidad amarga, que se complace en presentar en toda su repugnante desnudez, todo aquello que pudo ser amable y dulce, como debe serlo, cuando prevalece el espíritu sobre el torpe materialismo.

Desde aquel instante me fue repulsivo y lo miré con desprecio; y ésta ha sido para mí la peor de las torturas, durante mi vida de matrimonio.

Ante el fracaso de mis esperanzas; mirando rota mi pobre vida; sin aspiraciones para el porvenir, me propuse regenerar esa alma y hacerla digna de mí, sin omitir sacrificio de ninguna clase.

Mi desgracia era irremediable; ya era su esposa ante Dios y la sociedad, y por lo mismo, quería infundirle amor al trabajo; obligarle a cumplir con sus deberes, y para ello no escatimé ni el dinero, ni la súplica humilde y tierna, a fin de que cambiara de vida y fuera un buen esposo y excelente ciudadano.

Pero ni mis súplicas le ablandaron: tozudo y necio, porfiado y terco, él seguía en su vida libertina, sin acordarse de mí durante semanas y semanas. Pasaban los meses, y la vida empeoraba; yo tuve que

vender, poco a poco, mis propiedades para sostener con decoro este hogar ya medio deshecho. Mis días eran sombríos; mi presente, horriblemente amargo; y mi porvenir, incierto y tenebroso.

Mi padre no volvió a escribirme desde el día, en que, contrariando sus anhelos, contraje matrimonio con persona que no satisfacía sus aspiraciones.

Aislada completamente de la familia; sin una persona íntima a quien pedirle un consejo, fui a donde el señor arzobispo, para consultarle si podía divorciarme; él me respondió negativamente; pero sí me manifestó la necesidad de proceder a la separación de bienes, para salvar, siquiera, una pequeña parte de mi fortuna.

Así lo hice; al día siguiente fui a donde un abogado que arregló el asunto, y en el curso de una semana estaba terminado el juicio. Pero, qué horrible fue para mí el día que vino Abel, excitado por el licor, a injuriarme por lo que había hecho; airado y grosero como nunca, creo que esa mañana agotó el vocabulario soez para apostrofarme duramente, por la *vergüenza* que él había sufrido al comparecer ante el escribano, a fin de autorizar con su firma la sentencia.

A medida que mi fortuna decrecía, iba aislándome de la sociedad; casi no correspondía las visitas, que de tarde en tarde, recibía de las amigas; las decepciones cotidianas y las contrariedades que sufría constantemente mi espíritu, me obligaron al retraimiento y a la soledad. Sólo me quedaba la fe

en Dios; en El confiaba y le pedía que pusiera término a mi vida desesperada.

El tiempo devoraba los años, y con ellos, mi patrimonio; cada día aumentaba las escasez y la pobreza, y mi marido no se corregía ni se moderaba. Mi abnegación se iba agotando por instantes. En vano buscaba el medio de poner término a esta horrible situación, unas veces me resolvía a salir de Quito y volver al seno de la familia; otras veces pensaba partir a Guayaquil, y buscar allí una colocación en alguna casa rica; pero el momento de realizar lo que forjaba en mis horas de tribulación, me invadían el temor y la vergüenza, y todo volvía a continuar en el mismo estado.

Al fin, después de vacilar mucho, vendí la última propiedad que me quedaba, y con el producto de esta venta compré una quinta en la Magdalena. Conseguí que mi marido se trasladase a vivir conmigo en aquella quinta; creí que dedicado a la agricultura, abandonaría sus malos hábitos y su vida libertina; que allí sabría regenerarse y redimirse.

Apenas un mes corto duró mi dicha; unos amigos que vinieron de Quito, en mala hora, a visitarle, se lo llevaron a la ciudad, y esta ausencia, que debía ser de pocas horas, se prolongó por más de ocho días. Mientras él se divertía en la ciudad, vinieron algunos acreedores suyos y me arrebataron las pocas reses que teníamos; porque las había dado como cosa propia, según me lo decía en un papel que me entregaron.

Este nuevo desengaño laceró profundamente mi alma; mi consuelo eran mis lágrimas y mis pobres oraciones; pero algunas veces hasta mi fe se entibiaba, y no dirigía a Dios mi plegaria con el fervor de otros tiempos. El sufrimiento había agotado mi resignación; mi energía estaba aniquilada, y sólo ansiaba la muerte, como la ansío ahora, para terminar ya esta penosa existencia.

Tú lloras por el ideal perdido, por nuestro desventurado amor, muerto por la fatalidad; pero aun eres joven y puedes todavía buscar una compañera bondadosa y tierna que pueda cambiar el erial de tu vida en vergel risueño, y de tus sinsabores de hoy, haga brotar mañana, flores de amor y de felicidad.

Yo estoy cansada del sufrimiento; ya no quiero más la vida; mi única aspiración es la muerte, para que me traiga el reposo que ambiciono.

Y al decir esto, la pobrecita lloraba con desconuelo infinito.

Enjugándose las lágrimas, continuó: mi suegra ha contribuído también a aumentar mis tormentos; por allí guardo sus cartas injuriosas y despectivas, escritas con palabra vulgar y frase pleveya; en ellas me decía que para mí debía ser motivo de orgullo estar casada con un joven noble como lo era su hijo; que no importaba que hoy derrochara el dinero, porque más tarde, la experiencia de los años, le daría discreción y serenidad para reaccionar y corregirse de sus *ligerezas*, propias de la juventud alegre; que él me había *honrado* con su apellido, lo cual era suficiente para que yo me sintiera feliz.

Alguna vez me trató hasta de *infame* y de *ruin* porque no me dejaba despojar del poco dinero que ya me quedaba para nuestro sostenimiento; puesto que era yo quien lo alimentaba y lo vestía; pero nada de esto me ha agradecido nunca esta familia.

Todas estas pequeñeces, estas puerilidades, que para espíritus más ecuánimes que el mío, nada significarían, han influido en mi ánimo de tal modo, que han arrancado todo sentimiento de simpatía para mi marido, y estoy resuelta a la separación eterna.

Como creo que tú ignoras muchos detalles de mi vida conyugal, hasta el día que tan ruinmente me abandonó, te voy a referir, a grandes rasgos, los episodios más importantes.

XXIV

Viéndome sola y sin auxilio de nadie para trabajar aquella propiedad rural, comprada, puede decirse, con el exclusivo objeto de que en ella aprendiera a trabajar mi marido, y comenzara allí su regeneración; al verme abandonada, resolví venderla para emplear ese dinero en una casita, que a la sazón vendían en el barrio de *La Chilena*.

A fin de conocerla, me trasladé a esta ciudad, y acompañada de don Rafael Arce y de las González Valdivieso, que vivían cerca, fuimos a ver la casa; me gustó bastante, así por las comodidades que tenía, como por el precio, que estaba en relación con el dinero que podía disponer para su compra. Una vez pactado verbalmente el negocio con su propietaria, fui a almorzar en casa de las González.

Antes de terminar el almuerzo, nos sorprendieron mi marido y mi suegra, que, habiendo conocido mis intenciones, venían a buscarme para que pasara aquella tarde en su compañía.

Inmediatamente comprendí el motivo de su invitación, y después de vacilar algunos instantes, al

fin, la acepté, y despidiéndome de mis parientas, partí con ellos, que tenían su casa, bastante vieja, en Santa Clara.

Cuando llegamos, mi suegra me condujo a la sala principal y sentándose a mi lado, me dijo:

—Oye, Rosita, hemos sabido que vas a vender la quinta de la Magdalena, para comprar la casa de la María Alarcón; yo creo es un mal negocio el que vas a hacer, porque está ya muy vieja y tienes que gastar mucho dinero en repararla; por eso quería aconsejarte para que no pierdas tu capital y lo puedas invertir en algo más lucrativo.

Sobre todo, éste (señalando a su hijo), dice que ya quiere ser hombre juicioso y desea emprender en el negocio de aguardiente, que ha hecho ricos a tantos que hasta ayer eran unos *limpios*.

Me ha prometido que será en lo sucesivo un joven ejemplar y que anhela dignificarse por medio del trabajo honrado; así, pues, *hijita*, piensa bien en lo que te he dicho para que resuelvas lo que sea mas conveniente para el bienestar de los dos.

Por otra parte, ya es tiempo de que reine la armonía entre UU., y vivan santamente, como Dios manda, para que sean felices los cuatro días de existencia. Yo espero que sabrás oír los consejos *desinteresados* de esta pobre vieja que ya pronto descansará.

Pálida, intensamente pálida, y sin saber qué decir, ni qué contestarle, me quedé como una estatua de cera; en mi cerebro hervían mil y mil ideas, que yo no acertaba a expresarlas con palabras, porque

éstas no venían a mis labios; vacilaba jugando con un rosarito de nácar que tenía entre mis dedos; pero no hablaba, no podía hablar.

Después de largos minutos de silencio, le dije que aquello no sería posible, porque temía que ese resto de mi fortuna se evaporara también, y que entonces nuestra vida sería más amarga y terrible, puesto que lo que yo poseía era para alimentarnos y vestirnos los dos. Yo creo, añadí, que al comprar la casa podríamos vivir en el departamento bajo, y con los productos de la parte alta, atenderíamos a nuestras necesidades cotidianas, por lo menos, a las más urgentes.

—Muy engañada estás, hijita mía, me replicó la señora, al creer que van a vivir con los productos de esa casa; con eso no tendrán ni para el *cañé*; lo más acertado es que entregues el dinero a mi hijo para que ponga una *consignación* y se dedique a la compra y venta de aguardientes.

—Sí, *nenita*, me dijo Abel, yo estoy resuelto a cambiar de vida; quiero ser un esposo modelo, y para esto pido tu apoyo incondicional; espero que, una vez más, me demuestres tu abnegación y generosidad, entregándome el producto de la venta de la quinta. Para que te convenzas de mi resolución firme, de mi propósito de regenerarme, vamos a ir contigo a alquilar una *covacha*, en la plaza de San Francisco, para comenzar el negocio apenas tenga el dinero, y diciéndome esto, se acercó a mí y me besó en las mejillas.

Nada contesté; mi situación era muy difícil; el temor al porvenir y la esperanza de regenerar a mi

esposo, luchaban en mi conciencia, y no sabía qué resolver.

Después de estos crueles minutos de incertidumbre y de vacilación, respondí al fin, afirmativamente. Entonces mi suegra me abrazó con efusión y me dijo que a mi desprendimiento y generosidad debería ella la regeneración de su hijo, y que Dios me bendeciría para que sea feliz en el resto de mi vida.

No sé porqué al acceder a esta nueva demanda de dinero, sentí algo así como una puñalada en mi corazón: el presentimiento me hacía traslucir lo que me esperaba en el porvenir.

Mi suegra, que siempre había tenido para mí, palabras duras, estuvo en toda la tarde, afectuosa y expansiva; hizo derroche de cariño; mandó a preparar comida especial para que *su hija estuviera contenta en su casa*.

Abel, por su parte, me prodigó muchas frases de galantería y de afecto; me propuso que regresáramos en coche a la quinta, y que al día siguiente volviéramos para terminar el arreglo de la venta.

A las seis p. m., después de una regular comida, nos despedimos de la señora y regresamos a la Magdalena en el coche que él había hecho venir hasta el zaguán de la casa.

Al día siguiente, muy temprano, regresamos a esta ciudad y celebramos el contrato de venta, en una de las escribanías. Honda pena me causó la enagenación perpetua de esta propiedad, que en

poder de un hombre laborioso, hubiera producido mucho dinero.

Mientras buscábamos un departamento para vivir nosotros, estuvimos en casa de mi suegra; allí entregué a mi marido la mitad de lo que había recibido, y me reservé la otra parte, en previsión de cualquier contingencia que pudiera sobrevenirnos. Este dinero lo coloqué a intereses donde persona honorabilísima, quien me paga cumplidamente las mensualidades correspondientes.

Doña Rosalía, que así se llamaba mi suegra, y yo, esperábamos que Abel iniciaría sus negocios al día siguiente; mas, pasaban los días y él no daba señales de comenzar su trabajo; entonces su madre, haciendo alarde de energía que nunca tuvo, le interrogó seriamente sobre el asunto; él respondió con evasivas, y no en una forma categórica y franca, y salió en seguida a la calle.

Al día siguiente ya no vino, y lo mismo ocurrió al otro día, y los demás.

Después de tres días de mortal angustia supimos que había desaparecido de Quito, huyendo de sus acreedores, que el año anterior, antes de mi exclusión de bienes, remataron mi casita de la *Loma Grande*, para hacerse pago de una parte de sus deudas.

Este nuevo golpe acabó de aplastarme; quedé aniquilada; todas mis esperanzas huyeron, como bandadas de avecillas perseguidas por el buitres voraz del desengaño; lloré mucho, como nunca.

Entonces lamenté, una vez más, mi falta de energía, motivo por el cual había entregado sin

resistencia mi dinero a ese loco, que me iba dejando en la miseria.

Un mes después de este acontecimiento, supe que andaba por la provincia de Imbabura con una mujer que había llevado de aquí; alguien me dijo luego, que se había dirigido a Colombia, y que actualmente residía en Ipiales, en estado de completa ruina.

Pocos días después me ví obligada a separarme de doña Rosalía, porque me fue imposible continuar en su compañía; no pude tolerar sus impertinencias y necedades; me echaba la culpa de la fuga de su hijo porque yo no le había pagado todas sus deudas con el saldo de dinero que aun me quedaba. ¡Era el colmo!

Desde esa época alquilé esta casita, y aquí vivo sólo acompañada de mi Francisca, chola que por haberme criado, desde muy niña, me es fiel, y llora conmigo mis desventuras.

Pero mi historia no termina con esto; aun tengo mucho más que contarte; tú no conoces nada de la vida de mi hermano Miguel en estos últimos años, ni de su matrimonio descabellado, que labró su desgracia y la de todos los suyos.

Antes de narrarte esa desgarradora historia, quiero tus consejos; que me digas lo que debo hacer en esta horrible situación; por lo mismo que me has repetido que me quieres hoy como a hija o como a hermana, necesito oír tu palabra serena, leal y sincera; tienes gran corazón y clarísima inteligencia, y así podrás guiar mis pasos vacilantes en mi camino

cubierto de brumas y de espinas. Sé mi guía y protector; no tengo a nadie sobre la tierra; ayúdame para que no desfallezca y pueda retornar con mi frente limpia al hogar de mi padre; porque debes saber que hace tiempo, Enrique Buendía, pérfido amigo de Abel, me asedia y me enamora con tenacidad irritante, viendo mi soledad y mi desamparo.

Esta última declaración de Rosa Estela fue para mí una puñalada. ¡Sí yo no era capaz de poner mis ojos en esta paloma atribulada por el dolor! ¿cómo iba a permitir que ningún otro hombre profanara su castidad y mancillara su pudor?

Ante semejante revelación, quedé sin saber qué decirle; pues, si el asunto era para ella tan delicado, para mí lo era muy complejo y difícil. Aunque me pareció que lo más conveniente sería su regreso al seno de la familia; yo no conocía cual era la opinión de sus parientes, y esto me hacía vacilar, y por esta razón no supe que consejo darle en ese instante.

Después de algunos minutos le dije que lo más conveniente era meditar serenamente la cuestión y que al otro día le diría lo que yo pensaba al respecto.

Luego hablamos unos minutos más de cosas diferentes y me despedí.





XXV

A la mañana siguiente fui más temprano que de costumbre, por el deseo de conocer la historia de su hermano, muerto un año antes de mi regreso a la patria; estas tristezas me sugestionaban horriblemente, y por eso acudí con la puntualidad de inglés a esta cita de otro corazón tan sensible como el mío.

Cuando llegué a la casa, ya Rosa Estela me esperaba impaciente, después de haber oído misa y tomado su desayuno. Parecía que desde mi regreso de Chile ella me miraba con cierto respeto; mujer inteligente, comprendió desde el primer momento mi sinceridad y nobleza de sentimientos, mi desinterés y cariño; ya no vio en mí sino un hermano mayor, que no tenía otro anhelo que el de atenuar las tribulaciones de su vida.

Saludándome con efusión, me llevó de nuevo a su salita, y después de hablar de nimiedades que nunca faltan, reanudó la relación de su vida novelesca y triste.

Un día, me dijo, hace algo más de un año, cuando salía de la capilla de *Cantuña*, me encontré

con Dolores Rodríguez, a quien no había visto desde tus *historias* con ella.

Me saludó con afecto aparente; pues, a poco dejó escapar de sus labios, toda la hiel de su alma, contra mí, que ninguna culpa tenía en que tú ya no la amaras.

—Ahora sí que estarás muy feliz, casada con un noble provinciano, me dijo con esa ironía que le caracteriza; he sabido que tu marido es más arrogante que Alfonso Velasco; que es más laborioso y honorable ¿no es verdad?

—Cuando Ud. lo dice, así debe ser, le respondí, entre airada y sonriente; creo que ni Ud. ni yo tenemos para qué recordar el pasado; Alfonso está muy lejos y ya no tiene por qué pensar en mí, que soy una mujer casada; así, hace Ud. muy mal en nombrarlo.

—No hay nada de malo en lo que te he dicho, me replicó vivamente; pues sólo quiero decirte que creo que estás muy bien casada, y debes considerarte muy dichosa una vez que has satisfecho tus aspiraciones.

—Me parece que este asunto es únicamente mío, ya que a nadie le incumbe juzgar mis actos, ni mucho menos preocuparse de si he satisfecho o no mis aspiraciones; y le ruego que hablemos de otro asunto menos ingrato.

—Pues, bien, ya que tú lo mandas, te obedezco, para que veas que no tengo ninguna prevención contra tí; ya estoy vieja y no pienso sino en la salvación de mi alma, dedicando mis últimos días a

la piedad y a la oración. No quiero, decirte nada que te mortifique.

Mi hijo, *el Antoñito*, ¿te acuerdas? terminó sus estudios de bachiller el año pasado en el colegio de San Gabriel, de los Padres Jesuitas, y este año que había ingresado a la Universidad, a estudiar Leyes, se conquistó una chiquilla con bastante plata y se casó hace un mes. En seguida dejó sus estudios y se fue a las haciendas de su mujer, porque es huérfana de padre y madre; sólo tiene un tío muy rico, que era su curador; pero apenas se casó con *el Antoño*, le entregó toda la fortuna, y ahora está trabajando en sus propiedades. El quiere que yo vaya a acompañarles con mi hija María, porque nos hemos quedado solitas aquí. *X. María*

Yo le he puesto algunas condiciones, que él ha aceptado gustoso, y así nos iremos, si Dios quiere, el mes entrante a la hacienda de *Cunchumbu* y allá pasaremos todo el verano.

—Mucho me alegro que le sonría la fortuna; quiera Dios que Ud. y los suyos no vean jamás eclipsarse el sol de la felicidad.

—Gracias, mil gracias, hijita; ojalá tus deseos se cumplan y mis hijos no sean nunca desgraciados; yo no anhelo para mí sino una buena muerte, y que el Señor me reciba en su seno.

Cuando terminé estas últimas palabras, me despedí, reiterándole mis votos por su bienestar y el de sus hijos, y me dirigí a mi casa, en donde Francisca me esperaba, impaciente, con un telegrama en la mano.

Era de mi familia, avisándome que mi abuelita se hallaba gravemente enferma en Guaranda.

Inmediatamente que lo leí, preparé mi viaje para el día siguiente, en compañía de mi fiel sirvienta; avisé por telégrafo a los míos, para que me enviaran los caballos necesarios a la estación de *Luisa*, y fui en seguida a despedirme de mi hermano, que hacía dos días había llegado enfermo de Ibarra, en cuyas inmediaciones estaba la hacienda en donde él trabajaba como administrador, desde el día, en que agotada su herencia materna, había quedado sin dinero.

Pero como tú no estás al corriente de muchos episodios de la vida de este infeliz, te diré en breves palabras, todo cuanto ha sufrido en estos últimos años.

— Cuando tú saliste del Ecuador, desterrado por Alfaró, él terminó sus estudios en el colegio e ingresó a la Universidad, de donde salió poco tiempo después sin haber aprovechado nada; ya que no vivía sino para la sociedad y los amigos; se alejó completamente de mí, con pretexto de mi mal matrimonio, y no lo volví a ver sino después de mucho tiempo.

Me contaba una amiga mía, que pocos meses antes de casarse, mi hermano había gastado más de cinco mil sucres.

Joven de simpática fisonomía, arrogante y generoso, era, naturalmente, muy deseado por las muchachas, y se habría casado bien si hubiese tenido discreción y buen juicio; pero, como la desgracia nos ha perseguido siempre, también él cayó, sin

saber cómo, en casa de una familia Ortiz, que vive en la *Guaragua*.

El padre de estas muchachas es un agricultor que tuvo su *época de moda*, como se dice vulgarmente; parece que también su posición económica era bastante buena, y todo esto deslumbró a mi pobre hermano, que sin darse cuenta, había caído en la trampa.

El había ido con otros amigos a jugar carnaval en casa de esta familia perversa; pero sus amigos, más sagaces y más listos que Miguel, huyeron de allí cuando comprendieron los ardides de esa gente para atraparlos y casarlos con las mayores; sólo quedó mi hermano; lo retuvieron varios días, entre comilonas y bailes, hasta que lo convencieron de la conveniencia de verificar el matrimonio con la mayor de estas muchachas.

Una vieja tía, y solterona por añadidura, pero con fortuna, que la había hecho por medio del fraude y de la usura, era la que más ofertas le hacía, y con más fervor insinuaba a Miguel para que no vacilara en casarse en seguida; ella le ofreció su apoyo incondicional con tal de que se casara con su sobrina Mercedes. La tía aquella se llamaba Rosario Espinoza; talvez tú la conozcas, porque en la época en que vivías en Quito, ella tenía su tienda en el *Comercio Bajo*.

Lo cierto es que sin darle tiempo para que saliera a cambiarse de vestido, llevaron al Jefe Político y los testigos necesarios, y sin más dilación, se verificó el matrimonio.

Sólo después de consumada esta barbaridad, le permitieron que fuera a su habitación para cambiar de ropa y arreglar el matrimonio católico, que se realizaría esa misma noche, y en el cual sirvieron de padrinos el padre de la novia y la tía Rosario.

Desde el día siguiente de la boda, le señalaron las habitaciones que debía ocupar en la misma casa, pero pagando \$ 30 mensuales.

Este fue el primer desengaño que sufrió el infeliz; sin embargo, como tenía en ese tiempo un buen empleo de Gobierno, pudo hacer frente a todos los gastos que demandaba su nuevo estado, y sostuvo su hogar con el decoro que le correspondía.

Todo el apoyo de la tía solterona y del suegro, se lo llevó el viento del desengaño.

Por algunos años atendió con abnegación y espíritu de sacrificio a todos sus deberes, y nunca solicitó de nadie un favor, mucho menos de la parentela de su mujer. Tuvo entereza de carácter y nobleza de sentimientos para conservar la armonía con su esposa, a quien, me dijo una ocasión, no tenía gran cariño, por haberla conocido pocos días antes de casarse.

Mientras él pudo producir lo necesario para el sostenimiento de su casa, parece que hubo cordialidad y consideraciones entre todos sus parientes políticos; pero cuando la tornadiza política de este país, le arrastró a la oposición del Gobierno, y quedó sin el empleo, su vida se convirtió en verdadero infierno.

Poco a poco fue vendiendo sus mejores muebles,

o iba dejando en esos antros tenebrosos, que se llaman *Contadurías* (casas de préstamos y usureras), muchas prendas de valor, que entregaba como garantía, por alguna miserable sumilla de dinero, a esos famosos negociantes, conocidos en Quito, con el nombre de *contadores*, que no son sino malvados usureros, tolerados por la ley, para descamisar a los infelices que caen en sus garras.

Entonces, los primeros en retirarle sus atenciones, fueron los únicos autores de su desgracia: los suegros y la tía Rosario.

Viéndose acosado por sus acreedores, a quienes pagaba un interés crecido, y no pudiendo sostenerse más tiempo en Quito, buscó trabajo en el campo, y se marchó a una hacienda situada en la provincia de Imbabura.

Allí permaneció algunos años, llevando una vida miserable, porque todo su sueldo, bastante exiguo, por cierto, enviaba a la mujer para su sostenimiento y el de sus hijitos.

Enfermo con terrible paludismo y sin esperanza de mejorar, tuvo que abandonar el empleo y venir a esta ciudad, en busca de salud para su pobre organismo enervado por el trabajo rudo, en ese mortífero clima de los valles de Imbabura.

En estas circunstancias penosísimas tuve que dejarle enfermo aquí en Quito y volé al lecho de mi abuelita que reclamaba mi presencia en los últimos días de su vida.

Al día siguiente de haber recibido el telegrama, fui muy temprano a la estación, y acompañada de mi

Francisca, emprendi viaje en el tren que salía esa mañana; para quedarme en Luisa, donde debían esperarme los sirvientes con los caballos que necesitábamos.

Terribles fueron para mí aquellas horas en que, estrechada por dos deberes ineludibles y sagrados, yo no sabía qué hacer; la abuelita había sido para mí una madre solícita y abnegada y estaba agonizando lejos; por otra parte, quedaba en esta ciudad, gravemente enfermo otro girón de mi alma, como lo era mi hermano; pero, al fin, después de porfiada lucha, de meditar y rezar mucho, creí que antes del deber fraternal, estaba el amor filial, y así partí dejando mi corazón en el mísero lecho de mi hermano.



XXVI

El viaje en el tren fue muy feliz; ni accidentes, ni retardo alguno sufrimos ese día y estuvimos a las tres de la tarde en las llanuras de Luisa, donde ya nos esperaban dos sirvientes, con las cabalgaduras listas para emprender la marcha inmediatamente.

Cuando llegamos al caserío de San Juan, tuvimos que demorar algo más de una hora, hasta que nos prepararan la colación que debíamos tomar antes de comenzar la ascensión de la cordillera, en aquella noche helada y tenebrosa.

Cuando principiábamos a subir por la empinada cuesta que termina en *Huairaloma*, ya la noche había extendido su negro velo por todas estas comarcas. Cinco éramos los viajeros; pues, desde Quito nos acompañó un joven amigo y paisano, que venía a visitar a sus padres, con motivo de las vacaciones de Navidad y año Nuevo.

Preocupada, y con tantas amarguras en el alma, me parecían de duración eterna las horas de aquella noche de viaje,

El viento helado de los páramos hacía sollozar los pajonales y nos cortaba la epidermis, por lo que tuvimos que envolvernos en bufandas de lana, tejidas en Otavalo; apenas dejamos al descubierto los ojos, a pesar de que nada veíamos por la obscuridad de la noche; caminábamos a buen paso; los caballos nos guiaban en medio de aquella medrosa lobreguez.

A medida que avanzábamos hacia *Ganquis*, el camino se iba ensanchando notablemente, y esto nos permitía galopar sin peligro, durante algunas horas consecutivas, hasta las *Herrerías*, donde descansamos unos minutos, los precisos, para calentar agua, que la tomamos con azúcar y coñac, y luego proseguimos el viaje.

A las doce de la noche llegamos a la ciudad, que dormía silenciosamente envuelta en un manto de luz pálida y suave.

En el curso de los años de mi ausencia se había inaugurado el servicio de luz eléctrica, y esto me causó, en medio de mi pena, orgullo y alegría; al fin, el progreso se abría paso, y a pesar del aislamiento en que la dejó el ferrocarril, el patriotismo de sus hijos, había dotado a la población de este elemento vital.

Bellísimo era el cuadro que pude observar desde la última colina de los Vinchoas: la ciudad resplandecía aureoleada por la luz, que en haces de rayos de gran potencia lúmnica, bañaba hasta el confín de las colinas que la circundan; los grandes focos brillaban como estrellas de primera magnitud en medio de la obscuridad de aquella noche.

Estaba iluminada desde los suburbios; todas sus calles, hasta las humildes de los arrabales, gozaban de este beneficio de valor inestimable.

El silencio era completo y desde lejos se oía el golpe seco y monótono que producían los herrados cascos de los caballos, al pisar las piedras de las calles desiertas de la ciudad dormida.

A medida que nos aproximábamos a la casa, yo sentía más intensa la emoción, y mi angustia aumentaba por instantes; no sabía el estado de mi enferma; los sirvientes que me acompañaban, la dejaron el día anterior, en estado casi de agonía; sin embargo, me alentaba una remota esperanza de hallarla con vida, y por eso el anhelo de recibir su bendición postrera, aumentaba mi impaciencia y mi desesperación.

La puerta del zaguán estaba abierta y muy iluminada; casi toda la gente que aquella noche acompañaba a la familia, velando junto al lecho de la enferma, salió a las ventanas de la casa, cuando oyó el rumor de las pisadas de los caballos.

Vertiginosamente penetré, antes que nadie, al patio, donde ya me esperaban mis tíos y mis hermanitos menores, huérfanos también, desde que perdieron a su madre; abracé llorando a todos los que allí estaban; lloraba de alegría, de ternura y de emoción; averigüé por el estado de la enferma; me consolaron, y luego volé a su cama.

Oyendo tanto ruido, despertó del letargo en que se hallaba y preguntó lo que ocurría; le avisaron que yo había llegado; se incorporó en su lecho y me llamó

con alborozo infantil. Yo fui su primera nieta y quizás por esta razón era su preferida.

Como se me había advertido que no demostrara mi angustia delante de ella, procuré serenarme, y arrojándome en sus brazos amantísimos, besé llorando su frente lívida y marchita, con toda la ternura y desesperación de la hija que quiere luchar con la muerte, para salvar de sus garras feroces a la madre idolatrada.

A pesar de mis esfuerzos, no pude ahogar mis sollozos, ni detener las lágrimas que mojaban mis pestañas, y luego rodaban, como perlas, por mis pálidas mejillas.

Allí mismo cambié el vestido de montar por otro más amplio y cómodo y me senté en una silla, junto a la cabecera de su cama.

Besándola y acariciándola con pasión, procuré que conciliara el sueño; se durmió tranquila y sonriente durante algunas horas, y despertó cuando el sol bañaba con sus rayos de luz, todo el aposento de la enferma, que amaneció, relativamente mejorada.

Mi padre se hallaba en Centro América, y por eso era más profundo el pesar de mi enfermita, al sentir que la muerte se aproximaba cuando sus íntimos estábamos lejos de ella.

Todo el día siguiente al de mi llegada, fue para mí, de agitación y de emociones hondas; a las diez recibió el viático, en medio de las lágrimas y los gemidos de todos los que la rodeábamos; ella, tranquila y risueña, nos manifestó con palabras dulces y

afectuosas, su resignación ejemplar en las horas postreras de su vida.

Pero, contra la opinión de los médicos; amaneció mejorada, no obstante la parálisis que la martirizaba desde unos meses antes de su peoría, y continuó mejorando en los días siguientes.

¡Ay! toda la alegría de mi alma fue ahogada casi en seguida, por las cartas que recibí de Quito, en las cuales me avisaban que Miguel se hallaba gravísimo, y que su mujer ingrata, sugestionada por su familia, especialmente por los pérfidos consejos de la tía infame, había abandonado al enfermo. y se había marchado a una población del centro, llevándose a los niños, porque decía que la enfermedad de su padre podía contagiarlos.

En esas cartas se me refería que mi infeliz hermano había estado casi dos días en soledad absoluta, encerrado en un cuartito miserable, donde no tuvo quien le diera un vaso de agua. El tercer día, una de nuestras parientas, las González, preocupada por la prolongada ausencia de Miguel, que tenía la costumbre de visitarlas todos los días, al ver que no aparecía, fue ella, con una de sus sirvientas, a informarse de lo que acontecía; y con asombro y dolor inmensos, encontró en gravísimo estado a mi pobre hermano.

Tú recordarás de María Gabriela; de alta estatura, de cabellos rubios y ojos color de cielo, inteligente y de nobles sentimientos; en sus diez y seis años fue solicitada en matrimonio por caballero distinguido de esta ciudad; pero sus padres no creyeron conveniente

aquel matrimonio a causa de la juventud de los dos; María Gabriela lloró mucho; pero sin protesta alguna de su parte; amaba con delirio a sus padres y creyó que lo mejor era complacerles; mató al amor en su corazón; sacrificó sus ilusiones para siempre y dedicó su vida al servicio de los miserables, de los desheredados de la fortuna, de los que lloran y padecen.

Profundamente piadosa, pero sin fanatismo, porque es inteligente y muy ilustrada, jamás habló de asuntos religiosos con mi hermano, cuya incredulidad y ateísmo amargaba el alma de esta mujer angelical.

Hacía pocos años que también habían perdido a sus padres y por esta razón, ella hacía de madre de sus huérfanos hermanos, quienes la obedecían con respeto y con cariño.

Después de ordenar la forma o modo cómo debían llevar a Miguel, voló a su casa a preparar la habitación para el enfermo.

En pocos minutos estuvo todo arreglado y en condiciones de alojarlo cómodamente. La mujer de mi hermano, al abandonarle, únicamente le había dejado una cama medio desvencijada, un velador viejo y una silla rota.

Ante miseria tanta, María Gabriela sintió vibrar hasta la última fibra de sus nervios; tembló de indignación y de desprecio para esa gente inhumana y cruel, que no tuvo piedad ni caridad para con un hombre, en otro tiempo, orgullo de los suyos, y al cual, ahora, que ya no tenía dinero, se lo miraba con desdén criminal y se lo abandonaba sin misericordia.

Una vez instalado en su nuevo alojamiento, llamó a varios médicos, todos los cuales, después de prolijo exámen, declararon que la enfermedad era gravísima, y que apenas tendría vida para dos o tres meses. La cardiopatía, con la hipertrofia consiguiente, que desde años atrás venía sufriendo, había llegado a su período final.

Ya puedes imaginar cuán terrible fue la consternación que nos causó la lectura de estas cartas.

XXVII

La abuelita, se hallaba, dentro de su gravedad, en relativa mejoría, por lo menos, en un período de calma, cuando recibí las noticias que tanto nos acongojaron.

Sobreponiéndome al abatimiento de mi espíritu, pensé que lo urgente era enviar dinero para mi hermano; salí inmediatamente a buscar quien me lo diera a intereses moderados, hasta vender un pequeño lote de terreno, que aun conservaba cercano a la ciudad. No me fue difícil encontrar esa persona; entonces ordené por telégrafo que no se omitiera gasto alguno para defender la vida y aliviar los dolores de ese pobre hermano mío.

La familia acordó hacerlo venir a su seno; pero al consultar a Quito, me respondieron que aquello era imposible, pues, su estado no lo permitía; según la opinión de los médicos, al verificar tal viaje, no habría vivido sino pocas horas; decían que moriría en las alturas de Tiopullo o de los páramos de Sanancajas, por la falta de presión atmosférica.

En tal estado, aumentaron nuestras aflicciones, y tuvimos que resignarnos con esa forzada resignación que causa lo irremediable.

Imposibilitada por la gravedad de mi enferma, para volar a Quito, a asistir a Miguel, quise atenuar mi dolor, siquiera, pagando todos los gastos de asistencia y medicinas que él necesitaba en su cruel enfermedad.

María Gabriela dejó sus quehaceres cotidianos para dedicar todas sus horas al enfermo; fue una madre abnegada y dulce; velaba junto a su lecho, como una hermana cariñosa y tierna, para que el infeliz no sintiera en su corazón, ya medio deshecho por la enfermedad, ese nuevo dolor, intenso y feroz, como lo era el de haber perdido sus hijos y su hogar.

¡Cuán amargos fueron los días que agonizaban mis enfermos! Los dos se hallaban igualmente graves, y por una fatal coincidencia, estos dos seres que tan íntimamente me pertenecían, tenía contadas las horas de su vida, tan preciosa para mí, y podían morir, en cualquier instante. Estas dos vidas languidecían lentamente, como la vacilante flama de una lámpara, cuya luz moribunda se extingue por minutos, por falta de combustible.

María Gabriela me escribía todos los correos, informándome del estado de salud de nuestro enfermo. El pobrecito, cuando le entregaron el primer giro de dinero, lloró como un niño, de ternura y gratitud. Delicado como era, viéndose sin dinero y tan enfermo, había pedido a sus primos que lo hicieran conducir al hospital para terminar allí los días postreros de su

vida; pero, ellos, compasivos y nobles, aunque no eran ricos, le consolaron manifestándole que si el hogar de él estaba deshecho, esto no quería decir que había perdido a sus hermanos y parientes que velarían por su vida y su salud, con más lástima y cariño; le infundieron confianza en el porvenir y le alentaron con palabras de sincero afecto para que fuese menos doloroso el viaje a la eternidad, presentado por él y anunciado por los médicos que lo asistían.

Cuando vió que su situación económica era bastante desahogada, y que ya no estaba de caridad en esa casa, parece que se alivió, que su alma ecuánime y sensible reaccionaba notablemente.

Un día que estaba más aliviado, llamó a María Gabriela y le dictó su última carta para mí; en cada línea palpitaba su corazón nobilísimo, rebozante de gratitud y de cariño; me decía que iba a morir tranquilo y resignado con su suerte; que únicamente sentía mi ausencia y la de sus hijitos; que no quería que sus funerales fueran costosos, por cuanto yo también estaba pobre, y se conformaba con un sepelio de tercera clase, cual convenía a su estado de miseria; me agradecía con palabras hondamente conmovedoras y tiernas, por el dinero que le había remitido.

Mientras dictaba todo esto, el pobrecito lloraba como un niño; pero no de desesperación ni despecho, sino de gratitud y de amor, porque se veía rodeado de atenciones y comodidades, y sobre todo, por el cariño sublime de esa mujer angelical y buena, que supo endulzar las horas dolientes en su enfermedad incurable.

Hubo noche que veló ella sola, según lo supe meses más tarde; esta mujer admirable, rendida, por la fatiga y las vigiliás, mientras el enfermo aletargado por la fiebre, descansaba, ella caía vencida por el sueño, y dormitaba inquieta, sobre la silla que tenía junto a la cama de mi hermano.

Es una deuda inmensa de gratitud, que no podremos pagarla jamás, me decía Rosa Estela, enjugándose las lágrimas cuando me refería la agonía de su hermano. Y añadió, creo que nadie ha sufrido como yo; que nadie ha tenido en su vida horas más crueles, como lo fueron las mías, durante la enfermedad de Miguel.

Diariamente preguntaba por telégrafo el estado del enfermo, quien seguía a pasos acelerados, avanzando por el camino de la eternidad

Su carácter irascible y agrio, en días anteriores, a causa de su pobreza y del desamparo en que había quedado, cuando su mujer se alejó de su lado, se dulcificó, en tal forma, que en los últimos días que precedieron a su muerte, era una paloma. Tranquilo y resignado, no obstante sus dolores físicos y morales, ya no maldecía su suerte, ni blasfemaba contra Dios, haciéndole responsable de sus desgracias por haberlo creado; a veces, cuando algún remedio anesthesiaba su organismo, pedía a sus primos que no lo olvidaran, y me escribieran contándome el estado de su enfermedad, y los progresos que hacía en su debilitado cuerpo; y por último, de su gratitud inmensa para conmigo, su hermana predilecta y santa, a quien deseaba felicidad eterna.

Cada una de las cartas de María Gabriela venían impregnadas de amargura. Mujer inteligente y bondadosa, ella quería suavizar la intensidad de nuestro pesar, refiriéndonos cómo su querido enfermo sufría con resignación y mansedumbre los martirios de su cruel enfermedad.

Días horriblemente torturadores eran los de correo; mientras el sufrimiento hacía sangrar mi corazón lacerado, yo tenía que beberme las lágrimas y presentarme ante la abuelita con mentida sonrisa en los labios, para que ella nada pudiera traslucir, pues, ignoraba la enfermedad de su nieto que agonizaba en Quito.

Muchas noches, cuando el insomnio aumentaba mis pesares, lloraba con desesperación profunda; me arrodillaba ante la Dolorosa y le pedía la vida de los míos, esa vida preciosa que se escapaba a pesar de los esfuerzos de la ciencia, y el ofrecimiento de la mía, que era inútil, en cambio de la de estos dos seres tan necesarios para todo una familia; pero ni Dios ni la Virgen oyeron mis plegarias.

¡Qué contraste tan horrible! Mientras allá sucumbía la abuelita abrumada por el peso de los años y la acción destructora de su enfermedad, aquí agonizaba, también, casi en plena juventud, otro miembro íntimo de familia, aislado de los que él más quería, como lo eran sus hijitos, sintiendo en su alma, esa angustia cruel de no poder acariciarlos por última vez, y darles su bendición postrera, por la iniquidad de una mujer sin corazón.

Todos creíamos que Miguel moriría después que

la abuelita, mas no fue así; rápidamente se iba agotando, los síntomas del mal se complicaban con celeridad increíble; días y días quedaba inerte y sin habla; pero la lucidez de su cerebro no se turbó ni un minuto, como para que fuera más cruel su agonía.

Cuatro días antes de su muerte sufrió un terrible parasismo; la catalepsia le dejó inerte y aparentemente muerto por más de diez horas; una de las agencias funerarias, llevó el ataúd y los cirios; porque todos creyeron que, efectivamente estaba muerto; sólo María Gabriela, con intuición de madre, se opuso a que colocaran el cadáver en el ataúd; sentada a la cabecera de la cama, veló toda la noche esperando la reacción, acompañada de sus hermanos y de algunos otros parientes. Miraba, de minuto en minuto, la faz lívida y tranquila de aquel cadáver, y cuando menos lo esperaban, después de tan largas horas de reposo absoluto, abrió los ojos y dijo que se sentía muy bien; pero que comprendía que *hasta para morir había sido desgraciado*.

Veinticuatro horas más tuvo que padecer, después de aquel terrible ataque de catalepsia, antes de que su alma, purificada en el crisol del sufrimiento, fuera a fundirse en el seno de Dios.

El mismo día de aquel ataque recibimos telegramas de pésame; mas, al día siguiente nos decían que había vuelto a la vida; hasta que al fin, al otro día, por la noche, nos anunciaron su descanso eterno.

Al decir esto, Rosa Estela, ya no pudo continuar; las lágrimas y los sollozos le ahogaban impidiéndole articular una sílaba. Respetando su justísimo dolor,

callé yo también y esperé que se serenara para despedirme.

--¿No te parece que esto es una leyenda o una página de novela?, me dijo, cuando ya pudo dirigirme palabra.

—En verdad, le respondí; esto es muy triste y parece inverosímil lo que me cuentas, y si tú no me lo afirmaras, no lo creería. No concibo, no puedo concebir que haya mujeres tan infames, que abandonan a su esposo en los momentos más amargos de su vida. Esto es, sencillamente, monstruoso e inaudito.

—Ni monstruoso, ni inaudito, me replicó vivamente; aquella gente es capaz de todo; al día siguiente que se verificó el traslado del cadáver al cementerio, la familia de esa mujer celebraba, con baile y pleveya algazara, el matrimonio de la otra hermana, que había elegido el día del entierro de su cuñado para casarse.

Yo no fui nunca rencorosa con nadie; pero desde aquel día nefasto, juré no volver a preocuparme de esa gente malvada, que así ultrajó la memoria de mi pobre mártir.

Por desgracia mía, los huérfanos que no tuvieron la suerte de recibir la bendición postrera de su padre, viven aún, y no sé en qué forma pueda protegerlos con lo poco que aun me queda; ellos no tienen la culpa en el drama doloroso que desbarató ese hogar; son víctimas inocentes del crimen de esa Rosario, mujer hipócrita y perversa, y principal instigadora para que su sobrina abandonara a mi hermano. Tú

que eres tan inteligente y tienes más experiencia del mundo, dime lo que debo hacer en este caso. Esos niños tienen mi sangre y mi apellido; me pertenecen, porque son los hijos de mi hermano idolatrado; son pedazos de su corazón, y creo un deber ineludible protegerlos en alguna forma.

Era tal la vehemencia, y el apasionamiento de Rosa Estela, al decirme esto, que yo no supe que responderle.

Después de algunos minutos de silencio, le dije: puesto que tú quieres favorecer a los huérfanos, quítaselos a su madre y edúcalos en un colegio de internos; así ellos, lejos de la malsana influencia de aquella gente, recibirán educación digna de los tuyos y serán mañana miembros útiles para la sociedad.

—Ya lo he intentado varias veces, y por diversos medios, me respondió; pero todo ha sido imposible, y por eso no sé qué hacer en su favor.

—Ten paciencia y espera la ocasión oportuna, añadió, para que puedas realizar tus santos anhelos. Y diciendo esto, la abracé con cariño fraternal y me despedí.

XXVIII

Al día siguiente no pude ir a donde Rosa Estela porque amanecí enfermo y tuve que permanecer en cama durante algunos días.

Al medio día vino su sirvienta a saludarme e informarse del motivo por el cual no había ido a ver a su niña, quien me había esperado toda la mañana.

Una vez informada de la imposibilidad en que yo estaba para salir, porque el médico me había ordenado seguir en cama, siquiera hasta que declinara la fiebre, se marchó a dar aviso a su señorita para que viniera a visitarme.

Algo más tarde vino ésta acompañada de otras parientas.

Mientras ellas estuvieron en mi compañía, no sentí las preocupaciones y el peso de la soledad en que vivía; todas bromeaban insinuándome para que me casara y tuviera quien me acompañe en mis enfermedades. Yo las escuchaba entre risueño y melancólico; me parecía muy tarde el matrimonio; ya no tenía ilusiones, ni deseo alguno de cambiar de estado; la vida solitaria que había llevado por tantos

años me parecía más conveniente para mi temperamento y mi educación.

No pensaba, tampoco, vivir en Quito; sólo esperaba la resolución de un asunto que tenía entre manos, para trasladarme a Guayaquil, en donde pensaba residir hasta ausentarme del país.

Cuando se despidieron, ofreciéndome regresar al día siguiente, quedé triste, sin saber por qué; seguramente, el aislamiento en que estaba, con el corazón pleno de amargura; sin un miembro íntimo a mi lado, puesto que mis hermanos vivían lejos, me infundió esta melancolía profunda, y, hasta cierta inclinación al matrimonio; pero al pesar, mentalmente, las conveniencias que éste pudiera proporcionarme, y el temor de no encontrar la mujer ideal, como lo había forjado en mi imaginación, me hicieron desistir de mi propósito.

Felizmente, pasó rápido el período agudo de la gripe que me había postrado; al quinto día pude salir algunas horas, de paseo, por la Alameda.

Una vez recuperada mi salud, reanudé mis visitas cotidianas a Rosa Estela, para quien tenía cariño fraternal; la consideraba como a una verdadera hermana, y miraba con interés todo lo que a ella se refería.

El primer día que fui a verla, después de mi enfermedad, la encontré marchita y más preocupada que en otras ocasiones; también la epidemia la tenía agobiada; pero lo que más le había impresionado era la tenacidad de Buendía en asediarla y enamorarla donde la encontraba; esto la tenía exasperada.

Apenas llegué, me manifestó cuánto sufría con las impertinencias de este pérfido amigo; me contó que el día anterior le había escrito enviándole un anillo de oro con brillantes; que ella se lo había devuelto, lo mismo que la carta cerrada, expresando a la mujer que trajo todo aquello, entre airada y terca, dijera a su señor, que si persistía en su loca pretensión, ella pondría en conocimiento de los parientes que tenía en esta ciudad, para que la defendieran.

En estas circunstancias, creí que lo más conveniente era su regreso al seno de su familia, para que viviera tranquila el resto de sus días, cuidando de sus hermanitos menores, que a la sazón, vivían con una tía de ellos. Aceptó mis consejos, y desde el día siguiente comenzó a preparar su viaje de regreso a la ciudad de Guaranda.

Robando tiempo a sus ocupaciones, continuó la relación de la enfermedad y muerte de su *segunda madre*, como designaba a su abuelita, en los términos siguientes:

Para que continuara ignorando el fallecimiento de mi hermano, y pudiéramos vestir el traje de duelo, le dijimos que había muerto en el Perú, un hermano de mi madre; ella lo creyó fácilmente, y de este modo le evitamos un nuevo dolor.

A medida que corrían los días, la enferma se iba agravando; la ciencia era ya impotente para detener el progreso del mal, cuyo término veíamos aproximarse con ansiedad infinita.

Unos veinte días después del fallecimiento de Miguel, cayó también el viejo tronco de la familia, la cual iba disgregándose, como las hojas muertas que caen de las ramas, desprendidas por las ráfagas furiosas del viento de tempestad.

Uno a uno iban desapareciendo todos los seres más queridos; mi porvenir se cubría de sombras; la luz deslumbradora de la felicidad iba alejándose cada día más; el dolor y la muerte soplaban furiosamente sobre los míos, el sendero que aún me quedaba por recorrer estaba sembrado de adelfas y de cruces, de lápidas y cipreses.

Cuando lloraban las campanas sobre las tumbas recién abiertas, y sus ecos plañideros venía a herir mis oídos, en el fondo de la habitación donde me había refugiado, cobarde y abatida por el dolor, mi corazón gemía desesperado, sin hallar resignación para mis últimas desgracias.

Día a día iba quedando más sola en la tierra; densas brumas cubrían el horizonte de mi existencia; no sabía qué hacer, ni a dónde encaminar mis pasos vacilantes.

Esta lucha interior sostuve por muchos días, hasta que resolví regresar a esta ciudad, para marcar nuevo rumbo a mi pobre vida.

Así lo hice; cuando llegué aquí, pensé ingresar al *Buen Pastor*, en calidad de pensionista, y lo habría verificado en seguida, si mis primas no hubieran intervenido, haciéndome desistir de este proyecto, con las justas observaciones que ellas me hicieron. Entonces resolví continuar viviendo en esta casita,

acompañada de mi sirvienta, con la intención de traer algún día a mis sobrinos, hijos de Miguel.

Casi no tengo amigas; apenas, de tarde en tarde, voy donde las González, o a donde alguna otra parienta; vivo en retraimiento completo, porque no quiero visitar a nadie; como no tengo afectos, ni goces de ninguna especie, me es igual vivir en Quito o en cualquier humilde pueblecillo.

Todo esto me lo decía con un velo de lágrimas en sus ojos y con palabras que temblaban en sus labios color de fresa.

Cada frase de esta pobre *rosa* deshojada por el huracán de la desgracia, era una gota de hiel, que caía ardiente en mi corazón dolorido.

Mi exacerbación aumentaba con intensidad extraordinaria; en vano torturaba mi cerebro inquiriendo la causa de tanta desventura; no comprendía la razón de la infelicidad de esta mujer, digna de mejor suerte, por su belleza y sus virtudes.

Después de escucharle atentamente cuanto ella me refería, procuré robustecer la idea de su regreso al seno de la familia.

Mujer joven, inteligente y bonita, era natural que tuviera adoradores; el peligro era inminente; aun que el broquel de su castidad la protegía; sin embargo, la tenacidad de sus adoradores podía quebrantar su resistencia y manchar, para siempre, su nombre, hasta ese día inmaculado.

Desde aquel instante la estimulé discretamente para que terminara sus preparativos de viaje y lo verificara con la mayor brevedad; así fue; después

de ocho días de esta última escena, Rosa Estela se despedía de mí en la estación del ferrocarril, y retornaba a la ciudad de su nacimiento.

Antes de partir me pidió, como especial favor, que le escribiera con frecuencia y no la olvidara porque mis cartas serían para ella, algo así como un bálsamo para las heridas de su corazón.

Yo continué en Quito dos meses más, porque mis negocios me retuvieron más tiempo del que deseaba, y contra mi voluntad, permanecí allí, esperando el día de mi partida.

XXIX

El día que ella se ausentó de Quito sentí desplomarse todo ese mundo artificial en que había vivido, y quedó, otra vez, árido y triste el pobre vergel en el cual ya germinaba la flor del afecto, puro y sedante, como el de dos hermanos que se vuelven a abrazar después de muchos años.

Con su ausencia, la vida en Quito se me hizo más penosa, y por eso procuré volver a Guayaquil en primera oportunidad.

No sentí gran pesar al separarme de la capital ecuatoriana, a pesar de los dulces recuerdos que despertaron en mi alma, las horas fugaces que permanecí allí, a mi regreso del exterior.

Hastiado de la vida, no hallaba placer en nada, y por esta razón quería buscar en los viajes un lenitivo a mis pesares hondos.

Sólo me acompañaron a la estación, mis parientes más cercanos; allí les di mi abrazo de despedida, prometiéndoles regresar pronto.

Esta vez no seguí directamente a Guayaquil; me detuve en Riobamba, ciudad donde tenía larga y

afectuosa parentela; allí pasé algunos días, plácidos y deliciosos, que se deslizaron entre los agasajos de la familia, y los paseos frecuentes con los amigos.

Unas veces íbamos en numerosa cabalgata por el camino que cruza la llanura arenosa, pero fértil, merced al riego artificial, y termina en las orillas del río Chambo; ascendíamos por la agria cuesta y descansábamos en esa población, durante algunas horas.

Otras veces seguíamos por la carretera, que, en aquellos tiempos sólo llegaba hasta cerca de Guano, luego descendíamos por la pendiente y bajábamos a la población, en donde almorzábamos casi siempre.

Mucho interés y curiosidad despertaron en mi ánimo los primeros viajes a esta población, esencialmente laboriosa; todos sus habitantes estaban ocupados, unos en los telares, otros en las zapaterías o en la agricultura.

Maravillosa es la habilidad de los obreros en los telares, en los cuales se tejen *ponchos* y frazadas de lana, que van, en su mayor parte, a venderse a los pueblos colombianos.

Curiosísimos son estos talleres para quienes los visitan por primera vez; todo es rústico y sencillo; ruecas, telares y más utensilios son de madera y de *carrizos*; seguramente, estas *maquinarias*, admirables por su sencillez, deben ser rezagos de aquellos famosos *obrajes* que nos dejaron los españoles en su dominación de tres siglos.

La población está situada en una profunda cuenca, limitada por el Igualata y otros montes gigantes; al Oriente se yergue el Altar, y algo más al

Norte, el Tungurahua; por el Occidente, el Chimborazo deja ver su magnífica y estupenda mole.

Hasta ahora existen las huellas de su última erupción. A la entrada de la villa se mira enormes hacinamientos de piedras carbonizadas, que según la tradición, arrojó en tiempos prehistóricos, sepultando con la lava de su erupción, muchos pueblos de estos contornos.

Todo el pueblo está circundado de huertos y jardines esmeradamente cultivados; las frutas de la zona templada, las hortalizas y los cereales ofrecían cosechas abundantes, lo cual probaba el bienestar de sus habitantes.

A la caída del sol, retornábamos a la ciudad, llevando en el alma el perfume de estas horas de recuerdos impercederos y dulces; paréntesis efímeros que rompían, piadosamente, la monotonía de mi vida agitada y laboriosa.

Otras mañanas salíamos a caballo por los caminos de San Luis o de Chambo, de Yaruquíes o de Cajabamba, aspirando el aroma de las flores silvestres, y deleitando la vista con los panoramas espléndidos que admirábamos con entusiasmo en toda esta zona privilegiada.

Por desgracia, el estado de intranquilidad de los ánimos, no armonizaba con la paz que la Naturaleza nos ofrecía en estos parajes bellos; la política se entenebrece; el señor Estrada había muerto, y la duda y el temor se apoderaron de todos, sin saber la que podía sobrevenirnos.

Inquieto y preocupado ante la incertidumbre que

reinaba en todo el país, me vi obligado a continuar mi viaje a Guayaquil, en donde me proponía esperar que se despejara la incógnita, para resolver el gran problema de mi ausencia definitiva de la patria.

A la muerte del señor Estrada quedó encargado del Poder Ejecutivo el señor Freile Zaldumbide; la paz continuó inalterable hasta los últimos días de diciembre de aquel año; pero el 28 del mencionado mes, el Jefe Militar de Guayaquil se rebeló con las tropas de su mando, y estalló la guerra civil, de corta duración, pero horrible y sangrienta.

Alejado completamente de la política, miré con profunda pena esta nueva calamidad que ensangrentó la nación, y dio otro escándalo a la América Española.

Con rapidez extraordinaria se organizaron los batallones de reserva, y de los voluntarios, así en la sierra como en la costa, y muy pronto se avistaron las huestes rivales, primero en los desfiladeros de Huigra, donde sufrieron el primer revés las tropas revolucionarias del General Montero, y luego en Yaguachi, en donde fueron diezmadas y completamente vencidas.

Según las crónicas de aquellos días, el combate de Yaguachi fue una verdadera batalla, sangrienta y mortífera; se peleó con valor extraordinario, con bravura y fiereza dignas de mejor causa; las víctimas cayeron por centenares; el silencio augusto de la selva fue interrumpido por algunas horas, con el estampido del cañón y las descargas incesantes de la fusilería homicida.

Las granadas y la metralla segaron vidas pre-

ciosas; jefes y soldados cayeron heridos o muertos en el fragor de aquella sangrienta lucha. Ni los unos ni los otros cedían terreno; la victoria no quería inclinarse a ninguno de los dos bandos; parecía indecisa y vacilante; el huracán de la muerte arrastraba con ferocidad salvaje un torrente de vidas humanas, que iban hundiéndose en el abismo de la eternidad insondable.

Después de largas horas de porfiada lucha, al fin triunfaron las tropas del Gobierno de Quito, comandadas por el General Plaza, y entraron vencedoras al día siguiente en Guayaquil.

En esta ciudad fueron apresados casi todos los jefes de la revolución, y uno de ellos, el General Montero, sacrificado con ferocidad inaudita.

Los demás fueron conducidos a Quito, en donde corrieron la misma suerte que el infeliz Montero en Guayaquil.

Restablecida la paz de la República, pasó fugaz la racha de destrucción y de muerte, pero dejando, como recuerdo, una montaña de cadáveres, cuyos ensangrentados despojos, fueron incinerados en su mayor parte.

Consternación profunda causó en todo el país la trágica muerte de aquellos conductores de hombres, caídos con el estrépito de los robles que se desploman impelidos por las ráfagas del huracán, y luego son destrozados por el rayo que brota de las entrañas de la tempestad.

Yo miraba con infinita piedad y pesadumbre esta destrucción de vidas, este aniquilamiento periódico

de nuestros soldados, necesarios, en todo instante, para la reivindicación de nuestros territorios orientales.

Abrumado por las calamidades nacionales, me interrogaba a mí mismo sobre las causas de estas matanzas frecuentes, y en vano pedía a la Filosofía y a la Historia, documentos y razones para apoyar mis hipótesis, que en serie interminable, desfilaban por mi cerebro; pero ni la Filosofía ni la Historia me daban la respuesta que pudiera satisfacer mi curiosidad; que calmara la agitación de mi espíritu amargado por los dolores de la patria; de esta patria que resplandece con el oro de su sol ecuatorial, con la albura inmaculada de la nieve de sus montes, y el rojo de la sangre de sus hijos generosos, que corre a torrentes, siempre que ella lo demanda, para defender su libertad o su progreso.

Estos luctuosos acontecimientos me impresionaron profundamente, infundiéndome aversión, cada vez, más intensa, a la política nacional. Día a día iba aislándome de los partidos, hasta desligarme de todo círculo, y a vivir a solas con mis ideales, mis ensueños y mis utopías.

Desde mi regreso de Chile yo no volví a escribir una sola línea sobre cuestiones políticas; dedicado exclusivamente a mis trabajos literarios o científicos, di de mano a todo aquello que podía robarme tiempo y entorpeciera la obra paciente, pero difícil, como lo era la que tenía entre manos, sobre la renovación de sistemas y exposición de doctrinas en el estudio de ciertas ciencias, descuidadas completamente en nues-

tra patria. Allí trataba de encarrilar su enseñanza, de acuerdo con la evolución impuesta por el progreso, en el lento rodar de los siglos.

Encerrado en mi gabinete, vivía modestamente, consagrado al estudio y al trabajo, y a veces, con exceso. Esto me ha perjudicado notablemente en el campo de la política; varios amigos, Presidentes y Ministros de Estado, me ofrecieron Gobernaciones y otros altos empleos, que nunca he aceptado, por amor a mis libros y a mis estudios.

Creo que he hecho bien; yo no puedo ser juez de mis propios actos; tal vez como político hubiera fracasado, como tantos otros, y quizás, mi labor en ese terreno hubiera sido hasta perjudicial.

Tengo la convicción profunda de que mi humilde labor científica, realizada silenciosamente, sin ambiciones de ninguna especie, inspirada sólo en el amor purísimo a la patria, no la perjudicará en ningún sentido, y será el grano de simiente que ha de fructificar mañana en beneficio de la colectividad.

La crítica nacional y extranjera, afirma que soy un sabio; que mi trabajo es de *precursor*; no lo sé; tal vez haya excesiva benevolencia en estos conceptos; la posteridad sabrá juzgarme con imparcialidad más serena.

X X X

Renació la calma en los hogares y todos creíamos que la paz batiría sus alas de oro por todos los ámbitos de la nación; pero no fue así; volvieron las ambiciones a agitar los ánimos; parecía inminente la guerra civil, que se conjuró mediante la evolución realizada el 5 de marzo de 1912, en la cual hubo una víctima ilustre: el General Julio Andrade, inteligente, ilustrado y valeroso.

Cuando todo esto sucedía, hallábame en la isla de Puná, sin más compañía que mis libros y mis recuerdos. Allí recibí la primera carta de Rosa Estela, en contestación a las que le había escrito desde Guayaquil.

Me hablaba de las peripecias de su viaje; de la tranquilidad de su conciencia en su vida provinciana, y de la resignación que sentía ante el fracaso de sus aspiraciones en su vida conyugal.

“Mi vida está rota; soy una flor tronchada en la plenitud de la existencia; el jardín de mis ensueños está árido y solitario; ya no vibra ni canta mi corazón helado por la nieve del desengaño; vegeto como una

planta exótica entre la floresta inextricable de otras vidas lozanas, perfumadas y felices." Así lamentaba su suerte esta pobre *rosa* mía, muerta para mí en los mejores años de mi juventud desgraciada.

Yo la consolaba en mis cartas; la fortalecía con mis consejos desinteresados, y hacía reverdecer sus esperanzas en un porvenir más sereno, con el rocío de mis palabras cariñosas, tiernas y sinceras.

Durante mi permanencia en Puná conocí a Matilde Estrella, de unos treinta años, alta y esbelta, de ojos azules y cabellos blondos, hermosa y arrogante.

Mujer inteligente, pero irascible y orgullosa, cultivaba las letras para sí, por que nunca publicó sus composiciones literarias; escribía con sentimiento y corrección.

Cuando inspirada por mi modestia, tuvo más confianza conmigo, me leyó algunos trabajos suyos, que aplaudí con entusiasmo, y le solicité algunos para publicarlos en periódicos extranjeros, en los cuales colaboraba de vez en cuando.

Desde entonces parece que simpatizamos recíprocamente; yo sentía renacer en mi alma todo ese mundo de ensueños, truncados, prematuramente, por la fatalidad; esperaba que este nuevo amor, que tan tarde volvía a mi pecho, sería la panacea portentosa para mis males del espíritu; confiaba en el porvenir, forjando en mi fantasía un nuevo palacio de oro.

Cuando retornamos a Guayaquil, la visitaba dos veces por semana, para sondear esa alma, compleja y difícil de ser comprendida; muchas veces la miraba

con fascinación irresistible, por bonita, inteligente y discreta; pero otras veces la veía irascible, altanera y orgullosa; y esto me hacía vacilar y no me atrevía a solicitar su mano.

Y en vano corrían los días y los meses; yo permanecía indeciso, sin saber qué hacer; el amor no me avasalló esta vez; sereno y reposado, esperaba ecuánime y tranquilo, el curso de los acontecimientos para resolver el gran problema de mi vida.

Ella tenía muchas virtudes para ser una esposa inmejorable; pero la violencia de su carácter y su exagerado orgullo, me hacían temer, y por esta razón no me atrevía a realizar esta noble aspiración. Ella correspondía a mi cariño con cierta desconfianza que me causaba mal efecto.

Venciendo mis temores y prejuicios le hablé un día sobre la conveniencia de nuestro matrimonio; me agradeció complacida; cambió su actitud para conmigo; fue más expansiva y tierna; esto me hizo feliz siquiera por aquellos días.

Aunque yo no sentía ese amor intenso y profundo como el que agitó mi corazón en días ya lejanos, sin embargo, el afecto dulce que ella me había inspirado era ya un lazo que podía unir nuestras vidas y fundir nuestras almas anhelantes de amor y de ventura.

Los días se sucedían sin contratiempo alguno; con la lealtad que he acostumbrado en todos los actos de mi vida, le hablé un día de mis amores muertos, de mis congojas y quebrantos por el fracaso de mis aspiraciones juveniles, y de la compasión y cariño

fraternal que aun conservaba por la que fue mi primer amor.

Parece que esto le disgustó profundamente; se sintió herida en su orgullo, creyendo que yo alimentaba todavía esa pasión de otros tiempos, que había dejado en mi pecho huellas tan profundas. Sintió que los celos mordían su corazón egoísta y quedó disgustada.

Inútiles fueron mis protestas y mis juramentos para convencerla que aquello que le relataba, no era sino la historia de mi vida pretérita, puesto que de aquel amor desgraciado ya no quedaba sino el recuerdo.

Este incidente nos separó por algunos días, hasta que la serenidad volvió a su alma, y reanudamos nuestras relaciones, al principio no muy cordiales, porque no había en ella la franqueza de antes.

Reservada y silenciosa, ya no me hablaba con el mismo entusiasmo; me respondía con monosílabos, y otras veces ni se dignaba en contestarme. Esto, como es natural, lastimó mi dignidad y me dió ocasión para retirarme de su casa, poco a poco, hasta que dejé de ir por algún tiempo.

Durante mi ausencia le escribí algunas cartas, expresándole las causas que me habían obligado a separarme; al principio nada me respondió; pero un día, cuando menos lo esperaba, recibí la carta que copio a continuación:

"Adorado bien mío:

Desde que tú no vienes estoy enferma; ya el sol de tus ojos no ilumina mi sendero; el jardín de mi

ilusión está sin flores; este amor apasionado y loco que supiste inspirarme un día, me tortura implacable.

¿Por qué eres tan cruel, Alfonso mío? No seas ingrato y desleal con esta mujercita que aun te sigue amando con la misma intensidad y vehemencia, como el primer día que te entregó su corazón.

No seas rencoroso, dueño mío, con quien no tuvo otra ilusión en su vida; con quien supo adorarte como a su Dios; porque en tí halló el hombre perfecto que soñara en sus horas pasionales; porque eres excelso y noble, elocuente y sentimental; porque sabes hablar a la mujer con palabras dulcísimas y enloquecedoras; porque eres el tipo ideal que yo buscaba desde mi adolescencia.

Ten piedad de esta mujer, hasta hace poco, ídolo de tu alma; ten lástima de esta pobre *reina de la belleza*; de esta *rubia divina*; *estatua de carne modelada por Dios para tu felicidad y tu recreo*, como tú me llamabas en otro tiempo.

Compadécete de este pobre amor olvidado, que sufre con desesperación horrible porque tú ya no vienes a buscar en sus labios la miel del amor y de la felicidad.

No me hagas sufrir más tiempo con tu ausencia prolongada; piensa que por esa ley ineludible de las compensaciones, mañana puedes ser tú la víctima de los desdenes de otra mujer, y sentirás, entonces, como yo lo siento ahora, el escozor y la desesperación que causa el desprecio de aquellos seres que amamos con locura.

Tu estatua de carne te espera vehemente; tu rubia preciosa te llama apasionada y triste, y confía en que tú, caballero y noble, no la desdeñes ni la olvides nunca; tiene fe en el porvenir y cree que sabrá hacer renacer en tu pecho el amor que no está muerto, según tú lo afirmas.

Con la experiencia de lo que ha sucedido, ya sabré recibirte como a mi dueño y mi rey; ven, ven pronto, dulce amor, no tardes más, porque desfallezco y muero.

Siempre me has repetido que me amabas por bonita y por inteligente; porque tengo *alma de artista y corazón de poetisa*; me decías que escribiera mucho porque soy literata insigne, y venciendo mi modestia publicara mis trabajos, *correctos y bellos*. Yo que todo lo creía, te he complacido con cariño; pero desde que tú no vienes ha muerto mi entusiasmo, y todo me hastía y me cansa, me tortura y me martiriza; ya mi pluma está rota y la lira abandonada para siempre.

Tengo enferma el alma; se ha desvanecido la esperanza; ya no ambiciono sino morir. No continúes indiferente a mis lágrimas. Te espero dueño mío; mis brazos ansían estrecharte a mi seno, y mis labios tienen sed de tus besos, perfumados y dulces. Tuya y sólo tuya.—Matilde.”



Esta carta me infundió profunda compasión y lástima; esa misma noche fui a verla; me recibió con alborozo y entusiasmo; recomenzó el idilio y acordamos nuestro enlace después de un año.

Yo quería sondear aquella alma, hasta ese instante infranqueable y hermética; anhelaba conocer con precisión absoluta a aquella mujer que iba a ser muy pronto la compañera de mi existencia; a pesar de que había transcurrido más de un año desde el día que la conocí no había adelantado en mis investigaciones psicológicas; la incógnita no estaba despejada aún.

En este largo tiempo no dejó de escribirme Rosa Estela, a quien trataba como a una verdadera hermana; no tenía secretos para ella; le comunicaba mis intenciones y mis anhelos de formar el hogar; ella aplaudió mi decisión, pero con pena; en sus cartas apoyaba mi proyecto, mas, se traslucía perfectamente el sentimiento que aquello le causó.

Con el tino y sagacidad, peculiares en ella, me recomendaba que no me precipitara, que estudiara

bien el carácter de la que iba a ser mi esposa, para que más tarde no tuviera que lamentar mi desventura; pero, al mismo tiempo, me manifestaba también, su confianza en mi discreción y mi experiencia para resolver este problema.

En sus últimas cartas me comunicaba que su esposo la había escrito desde Tulcán pidiéndole perdón y llamándola a Quito, para reconciliarse y reanudar sus relaciones conyugales. Añadía que ella no había contestado a ninguna de aquellas cartas, y estaba resuelta a continuar separada de aquel hombre funesto, que había sido la ruina de su fortuna.

Aplaudí sin reservas su actitud y le aconsejé que en ningún caso gastara el poco dinero que aun le quedaba, fomentando los vicios de su marido, puesto que eso era el patrimonio para su porvenir. Ella escuchó mis consejos y continuó con su familia.

Yo seguí en Guayaquil resuelto a verificar mi matrimonio al expirar el plazo señalado; porque estaba ahito de la soledad y del celibato voluntario.

Ningún incidente ocurrió en aquellos meses, que corrían con velocidad extraordinaria; estaba pleno de optimismo, creía que la felicidad me buscaba y me sonreía al fin, encarnada en esta mujer de ojos azules y cabellos blondos.

Pocos meses faltaban para nuestro enlace; todo me era halagüeño; mi pesimismo casi había desaparecido en alas de la esperanza; me sentía rejuvenecido, y con anhelos de paz y redención.

Ya no era el romántico de otros tiempos; meditaba serenamente en todo cuanto se refería al nuevo

estado en que iba a entrar; temía al futuro, no sé por qué, y aun vacilaba ante la incertidumbre del porvenir, no obstante mi optimismo de aquellos días.

Impulsado por mi lealtad y mi franqueza, cuando ya se aproximaba la fecha del matrimonio, participé a mi novia que yo tenía una niña de pocos años de edad, huérfana, porque su madre había muerto; le manifesté mi deseo de que ella la prohiciera y la educáramos en nuestro hogar.

Esta revelación nacida de un purísimo sentimiento de humanidad, soliviantó su cólera, y se airó terriblemente; me increpó de faltas que yo no había cometido y terminó diciéndome que ella *no podía recoger en su casa los detritos sociales*.

Esta última frase hirió mi orgullo y levantándome bruscamente, le dije: "todo ha terminado", y salí de su casa con precipitación.

Este nuevo desengaño acabó de exarcerbar mi espíritu y me consideré como un sér maldito, nacido para apurar, hasta las heces, la copa del dolor; maté otra vez la ilusión y mis deseos de fundir mi alma en otra alma gemela.

Reanudé, entonces, mi trabajo mental; quise olvidar en los libros que leía o en los que yo escribía, este nuevo fracaso de mis aspiraciones.

Parece que este acontecimiento vino a sacarme de esa especie de marasmo intelectual, de esa lascitud cerebral en que había vivido durante mucho tiempo.

En aquellos días se aproximaban las elecciones para representantes al Congreso nacional; algunos

amigos influyentes me hablaron para que prestara mi nombre y me dejara elegir Diputado; quebrantando mi propósito de vivir alejado de la política, accedí sin mayor entusiasmo; más bien por complacer a aquellas personas, antes que por ambición.

Ciertos enemigos míos, pocos y gratuitos, envidiosos y pequeños, se airaron y buscaron ocasión para mortificarme y zaherirme con alfilerazos; esgrimiendo armas ruines y vedadas a los caballeros; porque creyeron que iba a intervenir en la política y a cortar sus desmanes y nociva influencia en todo lo que se refería a la administración pública.

Ecuánime, como siempre, dejé pasar la ola de fango, sereno y apacible; no obstante mi buena voluntad y mi desinterés y noble cariño a esta patria adorada, nada pude hacer en su beneficio. El Congreso terminó, como siempre, sin dejar mayor provecho a la nación.

Cuando regresé a mi modesto retiro, volví a sentir, con más intensidad, el malestar de mi vida de aislamiento y de soledad; mis ideas sobre el celibato evolucionaban insensiblemente, y creía muy conveniente el matrimonio para el hombre que llega a cierta edad y vive sin familia.

En mis noches solitarias, cuando regresaba a mi habitación de soltero, resonaban en mis oídos las últimas notas de *Caballero Rusticano*, de ese genial Mascagni; o los sollozos de *Bohemia* del maestro Puccini; los clamores y quejas dolientes de las *Rapsodias Húngaras* del incomparable Litz, especialmente la N.º 2, y todo ese conjunto de armonías que

Matilde sabía arrancar del teclado de su piano con maestría y sentimiento.

La veía sobre el taburete recorriendo con rapidez vertiginosa las teclas que exhalaban en notas sollozantes algo así como suspiros de un alma atormentada.

Entonces Schopenhauer ejercía en mi espíritu influencia enorme; lo miraba como a un visionario sublime, un extraordinario vidente, que supo grabar verdades eternas con caracteres de fuego.

Una a una repetía las palabras de sus doctrinas, talvez malsanas, pero que se avenían muy bien con mi estado de ánimo; en esos momentos decía con él: "Querer es esencialmente sufrir, y como vivir es querer, toda vida es por esencia dolor. Cuanto más elevado es el sér, más sufre..... La vida del hombre no es más que una lucha por la existencia, con la certidumbre de ser vencido....."

Estas teorías aumentaban mi malestar moral y robustecían la convicción de que yo había nacido predestinado para el sufrimiento.

Sin embargo, procuraba combatir esta morbosa influencia, acariciando, en mi desolación, la idea de hallar algún día, la mujer que buscaba para entregarle mi alma soñadora y mi corazón de fuego.



X X X I I

Pero ni la añoranza de este nuevo amor perdido, ni la soledad de mi alma en las horas que agonizaba mi juventud, pudieron quebrantar mi resolución firme de olvidar para siempre a Matilde, a esa novia de ojos azules y cabellos blondos.

Separado del periodismo, desde la revolución de 1911; me consagré con entusiasmo a mis libros; escribía o leía diez horas diarias; quería ahogar mis penas en ellos; jamás concurría a ningún club social, no obstante la bondadosa insistencia de algunos amigos, para que yo ingresara, como socio, a aquellos centros de expansión y de recreo.

Todos estos acontecimientos referí, en largas cartas, a Rosa Estela, quien tuvo para mí frases de exquisita ternura, deplorando mi desgracia.

Ella también me participaba que su marido continuaba escribiéndole cartas extensas y cariñosas, suplicándole que volviera a su lado, y le prometía reformar sus costumbres y cumplir con todos sus deberes en lo sucesivo.

En las últimas pude traslucir su vacilación, aunque ella me lo quería ocultar, sin embargo, se vislumbraba, entre líneas, un anhelo vago, impreciso, pero bien meditado, de volver al lado de su esposo.

Nada le hablé sobre este asunto; creí que mi intervención en este sentido, podría acibarar su espíritu, y preferí guardar silencio.

Pocos meses después, supe que Acosta había llegado en busca de su esposa y que los dos venían a una hacienda de la provincia de Los Ríos.

Desde allí me escribió ella contándome todo lo que le había sucedido en los últimos tiempos, hasta la reconciliación con su marido, quien le había prometido, solemnemente, trabajar con interés en la hacienda donde había conseguido el empleo de administrador.

Mujer sensible y piadosa, no opuso mayor resistencia a los argumentos de su marido, y fácilmente se dejó vencer otra vez, y emprendió su viaje, si no con alegría, por lo menos con resignación; porque aun acariciaba la ilusión de regenerarlo.

Yo le escribía de tarde en tarde; porque ya no creía prudente mantener la correspondencia, con la frecuencia de antes.

Después de algunos meses de silencio, recibí una carta en que, autorizada por su esposo, me invitaba a que fuera a visitarles en aquella hacienda; yo le contesté agradecido, y le ofrecí partir en primera oportunidad.

En efecto, apenas pude disponer del tiempo necesario para ausentarme por algunos días, salí de

Guayaquil en el vapor *San Pablo*, y seguí hasta Babahoyo, en donde debía esperarme un peón con el caballo que me enviaron para mi viaje.

Muy grato fue para mí aquel ecuestre paseo, que duró tan solo cuatro horas. Avezados los caballos al camino de montaña, íbamos a buen paso, protegidos por la sombra de los cacaotales que orillaban el camino; las bestias galopaban sobre la hojarasca muerta, que el viento había arrancado para alfombrar aquel estrecho sendero por donde cruzábamos impacientes.

El silencio de aquellas selvas era completo; sólo de vez en cuando se oía ese ¡yacaabó! ¡yacaabó! de la *valdivia*, especie de halcón, que vive en los bosques de toda la llanura tropical del Ecuador.

Escéptico y enemigo de toda superstición, sin embargo, oía con cierto temor y repugnancia esa especie de canto plañidero de esta ave fatídica, y recordaba entonces, aquella sentencia de nuestros *montubios*: "cuando canta la *valdivia* es porque tu muerte está cercana."

Pero luego me distrajo de mis ideas tristes la charla del negrito que me acompañaba; listo y de locuacidad sorprendente; ora me explicaba la manera de cosechar el cacao; ora, la forma en que se lo extraía de la mazorca; ora, en fin, me refería la vida montañesa, monótona, pesada y aniquiladora.

Corrían los caballos, siguiendo las ringleras de los yucales y platanales que se erguan a orillas del camino; de trecho en trecho, entre la soledad del bosque emergían los bohíos de los *montubios*, con sus paredes de *gudun* y sus techos de *bijno*; la arbola-

da umbría derramaba sus flores y sus frutos ubérrimos sobre los patios de aquellos ranchos pintorescos.

A medida que avanzábamos a la hacienda, se hacía más hermoso el paisaje; las cabañas de los peones eran más numerosas: las *huertas* se perdían entre la bruma que limitaba el horizonte, no veíamos sino la calle angosta y larga que cruzábamos, en línea recta, por aquella maraña inextricable y eternamente verde.

Cuando menos lo creía, estuvimos en el patio de la hacienda, donde Rosa Estela con su marido me esperaban.

Fui recibido afectuosamente y después de cruzar las frases de estilo, cuando ella me presentó a su esposo, me condujeron a las galerías de la casa para que descansara con más comodidad.

Poco tiempo después se sirvió el almuerzo, en medio de cierta afectada alegría, que no dejó de mortificarme.

Mientras comíamos pude estudiar con entera libertad la fisonomía de Acosta; me fue antipático desde el primer instante; su cráneo bastante alongado, su nariz aguileña y labios carnosos, me causaron la impresión de tener en mi presencia a un cretino perfecto, a un sátiro; nada revelaba en él inteligencia y sentimiento.

Debía ser aquel hombre, sensual, materialista y vicioso por educación y temperamento.

Ni la solicitud fraternal de Rosa Estela, ni la fingida atención de Acosta, pudieron borrar de mi ánimo

mo la mala impresión que me causó la figura de este último.

Apenas dos días pude permanecer, contra mi voluntad, en su compañía.

La invitación que me habían hecho era con el objeto de que yo apadrinara a su primogénito; pues, para aumentar la desgracia de esta mujer infeliz, en este segundo período de su matrimonio, tuvo varios hijos.

Acepté por complacerla y acordamos ir los tres, al día siguiente, a la ciudad de Babahoyo, para que el niño recibiera las aguas bautismales. Así se hizo.

Allí me despedí; ellos retornaron a la hacienda y yo regresé a Guayaquil, a continuar mi vida de trabajo y de soledad.

Sólo dos o tres veces en el año escribía a Rosa Estela o a su marido, que según lo supe, ya no era empleado en aquella hacienda, cuyo propietario le había despedido por falta de cumplimiento de sus obligaciones y deberes.

Cuando abandonó la hacienda, se dedicó al comercio en una pequeña tienda que estableció en una de las parroquias del cantón Babahoyo, llamada Sabaneta.

En este negocio invirtió el saldo, que aun conservaba Rosa Estela de su herencia.

Profunda pena me causaron estos acontecimientos, que me hicieron prever el futuro desastre económico de esa familia.

XXXIII

Pocos días después de haber regresado de mi excursión a aquella hacienda donde vivió Rosa Estela, fui presentado a la familia Bibiani, oriunda del Perú, que había venido a residir en Guayaquil, por una corta temporada.

Componíase esta familia: de la madre, de dos señoritas hijas suyas y de un hijo varón, menor de todos. La mayor de las hijas se llamaba Isabel; era alta y bien formada, de cabellos y ojos negros, de boca pequeña, con labios finos, rojos y provocativos; tendría a la sazón unos veintiocho años.

Desde los primeros instantes, nuestras simpatías fueron recíprocas; su instrucción, variada y profunda, satisfizo mis aspiraciones, y presentí con fruición inefable, que ésta era la mujer de mis ensueños.

Tocaba admirablemente el piano; era modesta y excesivamente pudorosa.

La pureza de su alma y su natural bondad me sedujeron.

La visitaba con frecuencia, y cuando tuve que ir al Congreso, por segunda vez, sentí contrariedad

inmensa: la amaba como ella merecía, por sus virtudes y su inteligencia.

Poco antes de mi partida le hablé de mi cariño; de mi santa aspiración de hacerla mi esposa y compañera en los días futuros de mi existencia; le referí toda mi historia, escrita con lágrimas y jirones de mi corazón; todo lo escuchó en silencio y se conmovió hondamente; pero benévola y compasiva, no hizo la mueca de desdén que ví dibujarse en el rostro de Matilde, cuando en análogas circunstancias, le conté mis desdichas.

Unas dos semanas después, marché a la capital, en donde caí gravemente enfermo, a los pocos días de mi llegada; felizmente pasó rápida la enfermedad pero quedé casi postrado con el paludismo que se me desarrolló en la convalecencia.

Esta enfermedad y las ocupaciones de la cámara, no me dieron tiempo ni para escribir a Isabel; esto me contrarió mucho y me preocupó hondamente.

Apenas la enfermedad me dió lugar para ello, lo hice, pidiéndole que me perdonara por no haberla escrito desde los primeros días de mi arribo a la capital, manifestándole las causas que me habían imposibilitado.

No tardó en contestarme, cariñosa y expansiva; pero triste y muy quejosa de mi indiferencia y de mi olvido. Héla aquí:

"Amado mío:

Me parece mentira, y sin embargo, es la más triste realidad, elocuente y dura, que no tiene dis-

Esta carta, sencilla, pero reposada y sincera, puso de relieve, una vez más, las virtudes de esta trigueña bella, que pronto sería mi esposa.

Aprovechando del quebranto de mi salud, solicité de la Cámara licencia para retornar a Guayaquil, y emprendí en seguida el viaje a esta última ciudad.

La misma noche que llegué fui a visitarla; me recibió sonriente y locuaz.

No me fue muy difícil llegar hasta el fondo de esta alma, tranquila, dulce y buena; no tenía los arranques de soberbia y de orgullo de aquella rubia, que desfiló, como sombra fugaz, en el camino de mi vida; ni el impetuoso y tenaz capricho de Rosa Estela, cuyo recuerdo me traía, aún, la añoranza de las dulces horas de mi adolescencia.

De talento bien equilibrado, de alma de temple de hierro, y sensible por temperamento, me hacía dichoso con su amor intenso, pero reposado y sereno. Autorizado por ella, hablé a su madre de mis intenciones, y le pedí comunicara a su esposo, que a la sazón residía en Arequipa

La señora, agradecida por mi deferencia para con su hija, aceptó gustosa mi solicitud y me prometió escribir a su esposo en el vapor que al día siguiente debía salir para el Sur.

Nunca tuvimos un disgusto; ni la más ligera nubecilla vino a empañar el cielo de nuestra felicidad; era mujer de alma excelsa y noble, nacida para llevar la dicha a cualquier hombre menos infeliz que yo.

Participaba de mis dolores y preocupaciones con toda su alma; a ella no le impresionaron mis *calave-*

radas de la juventud, ni mi cariño, ahora fraternal, para Rosa Estela; muy al contrario; cuando le referí la historia de la pobrecita, se interesó por ella, y le escribió ofreciéndole su amistad, y enviándole regalos para sus niños.

Piadosa, pero sin fanatismo; ingenua y ecuánime; era la mujer ideal que yo había soñado desde el día que perdí el amor de mi primera novia.

Algunos domingos salíamos con ella y su hermana María, de paseo por la ciudad; unas veces íbamos a pies, y ótras en coche, y hablábamos de nuestro porvenir con el entusiasmo de dos corazones juveniles, que palpitaban al impulso de un mismo ideal, y anhelantes buscaban la ventura en la fusión de sus almas, sedientas de amor, de ensueños y dulces realidades.

Mi espíritu, inquieto y preocupado por tantas desventuras, que iban quedando como cruces dolientes en el camino de mi existencia, aun temía un nuevo desengaño, un nuevo fracaso; por que ya veía, con mi imaginación turbada, troncharse esta postrera esperanza de redención y felicidad futura.

melodías inefables, sus cuadros regocijados y sus escenas melodramáticas y picarescas.

Siquiera en esos momentos fugaces olvidaba la ingrata realidad de mi vida de inquietudes; las torturas que sufría por la ausencia indefinida de mi novia, y la pobreza de Rosa Estela, condenada a perpetuo dolor por un genio maléfico, tenaz y perverso.

Creo que nadie como yo sintió con más intensidad la despedida de la Iris, que tan gratos recuerdos ha dejado en Guayaquil en sus cortas visitas que ha hecho al Ecuador.

Retraído de la sociedad; lejos de toda función mundana, vivía en mi retiro sin más compañía que mis libros y mis penas; porque no iba jamás al club, ni al *Salón de refrescos*, ya que allí no podía encontrar el bálsamo que buscaba para mi espíritu, ávido de amor y de sabiduría.

Precisamente, este alejamiento voluntario, esta inclinación a la soledad me han causado perjuicios enormes en diversas épocas de mi vida; pero nada ha sido capaz de modificar mi estado de ánimo, mi neuropatía, talvez; puesto que es una cualidad ingénita de mi temperamento neuro-artrítico, esta fuerza que me obliga a alejarme del bullicio y de la sociedad.

En los dorados atardeceres de verano, iba casi siempre con algún amigo de paseo en los tranvías, y nos quedábamos en los suburbios de la ciudad, para continuarlo a pies, admirando entusiastas la puesta del sol, que se hundía en el espacio infinito, detrás

de la línea del horizonte resplandeciente, magnífico y sublime.

A veces teníamos que caminar saltando las sarte-nejas de la sabana ilimitada y triste, poblada sólo de marchitos algarrobos o de algún otro arbusto desme-drado y amarillento, en cuyas ramas anidaban los *chagüises* y las *viviñas*, únicos pobladores alados, de estas llanuras estériles y agrietadas.

Allí recibíamos la brisas perfumadas del Pacífico, que venían como efluvios refrigerantes a templar el ambiente cálido de la ciudad, bañada a esta hora, de ensoñaciones y misterio, por la luz crepuscular, melancólica y sedante.

Al cerrar la noche regresábamos a la estación más próxima, para retornar a la ciudad, cuyos pobla-dores se dirigían ligeros a sus hogares, en los cuales, ojos risueños, labios sonrientes y cabecitas infantiles estarían esperándolos.

Sólo yo ambulaba taciturno, observando con envidia el bienestar de aquellos hombres de piel quemada por el sol y manos encallecidas por el tra-bajo, que pedían alas a sus pies a fin de volar al nido de sus amores, donde impacientes les esperaban sus madres, sus esposas y sus hijos.

A mí, ¡nadie me esperaba! Llegaba al hotel ahito de soledad interior; comía solo, en mi mesita, forján-dome un cielo de ventura junto a la mujer de mis ensueños....

Otras veces ascendíamos a los cerros del Carmen o de Santa Ana, para gozar de los panoramas deli-ciosos, que la naturaleza nos ofrecía con prodigalidad

maternal. Desde allí mirábamos la confluencia del Daule con el Babahoyo, que a nuestros pies confundían sus aguas verdosas y turbulentas, y daban origen al río Guayas, cuyas hondas hervían y sollozaban agitadas por la brisa del mar lejano.

Durán, las casitas blancas y refulgentes de la Zoraida, y de la isla de Santay, emergían desde el fondo de las aguas y contrastaban bellamente con el verdor perenne de las palmeras, cuyos penachos azotados por el viento, murmuraban salmodias indefinibles y melodiosas, despidiendo a la tarde que ya moría.

¡Pero nada de esto halagaba a mi alma en su desolación infinita!

X X X V I

Los meses iban rodando sin que Isabel me diera esperanza de regresar a Guayaquil; sus cartas eran un grito desesperado por su ausencia indefinida, y sobre todo, por aquel viaje a la ciudad de Arequipa, en donde estaban las propiedades valiosas de su familia.

Pocos días después, me comunicaba, en frases empapadas con sus lágrimas, que su madre había resuelto trasladarse a la ciudad mencionada para atender a las órdenes testamentarias de su esposo; puesto que ella era albacea, y curadora de sus hijos menores.

Este fue el golpe de gracia para mi esperanza marchitada por tantos y tantos desengaños. Entonces vi deshecho mi cielo y rota mi vida para siempre. ¡Ya nada me quedaba! ¡El quimérico palacio yacía convertido en polvo!...

Aquel sentimiento de orgullo que desde niño me ha causado graves contratiempos, fue en esta vez, la causa de un nuevo fracaso; pues, no aceptaba ni por

un minuto, la idea de que ella creyera que yo la amaba por interés de su fortuna.

No poseía, a la sazón, el dinero suficiente que necesitaba para trasladarme a Lima y verificar nuestras bodas, y tuve, por esto, que sacrificar, este último amor de mi corazón, en aras de mi dignidad.

La publicación de mi último libro había consumido todos mis ahorros, y no me fue posible realizar el postrer anhelo de mi alma, llevando al pie de los altares a la única mujer que pudo haber cambiado mi suerte.

En este sentido escribí a Isabel; le hablé con la ingenuidad que he acostumbrado, sin ambajes ni reticencias; quizás fui duro, despiadado y cruel; pero, entre la piedad y mi decoro se interponía la franqueza; era necesario decirle que su novio estaba arruinado por amor al estudio y a la ciencia.

Ella me contestó, serena, magnánima y siempre noble, con honda pena y resignación sublime, prometiéndome regresar con su madre a esta ciudad, para que mi ensueño se trocase en realidad, y me pedía que tuviese fe en sus promesas.

Mi anémica esperanza se reanimó un tanto; pero siempre me atormentaba el pesimismo, porque creía imposible el regreso de mi prometida.

En aquellos días tan amargos para mí, se había inaugurado en Guayaquil el primer *cabaret* que tuvo esta ciudad; fui uno de los más asiduos concurrentes; quería aliogar mis dolores mojando mis labios sedientos de amor, en el dorado champaña, o saturando mi boca en el agradable perfume de las bocas pintadas

de las sonrientes hetairas que allí danzaban, embriagadas y parleras, con otros hombres, talvez enfermos de amor como yo, que querían olvidar sus penas en los brazos de estas sacerdotisas de Venus, la diosa más humana de las divinidades mitológicas.

Pero los que frecuentábamos este lugar, más bien por satisfacer anhelos psíquicos que necesidades fisiológicas, mirábamos estas escenas con melancolía y dolor: hombres ebrios, adormitados en un rincón de la sala roncando embrutecidos por el alcohol, en estado de completa inconciencia; éstos, con el aliento aguardentoso, vociferaban como locos, o, abrazados de alguna hembra medio embriagada con coñac o *wisky*, bailaban, tambaleándose, *fox trots*, *one step* y tangos, con la música sin alma de una pianola norteamericana; ótros, en fin, con los ojos desorbitados y la boca abierta, cabeceaban junto a una mesa, en la cual humeaban las tazas de café, o brillaban los vasos llenos de *grog*, que después de pocos minutos, había de acabar de embrutecerlos.

Otras ocasiones finalizaban estos *retozos de cabaret*, con sendos garrotazos, que por celos de aquellas mujeres, se propinaban los hombres borrachos, en medio de espantosa vocinglería; y en tales casos, los que no bebíamos hasta embriagarnos, tomábamos nuestro sombrero y huíamos por la primera puerta que hallábamos al paso. > 59. 15

Pronto me cansé de concurrir a este lugar, que ya para mí no tenía atractivos de ninguna especie.

En todos los vapores que venían del Callao recibía cartas de Isabel; me avisaba que el viaje a

Arequipa estaba listo, y que en el primer vapor que zarpara con rumbo al Sur, se embarcarían con su familia.

Terminaba el año 19.... cuando recibí su carta de despedida, escrita en el Callao; venía llena de promesas y de juramentos; ella no concebía, no podía concebir que muriera nuestro amor, herido por la mano de la ausencia; tenía fe y confianza en que muy pronto se acabarían nuestras penas.

Anhelante de reposo para mi cerebro fatigado por el trabajo mental, - me alejé de la ciudad, y marché a Huigra.

En esta pequeña población, asiento de las oficinas principales de la compañía del ferrocarril, permanecí un mes largo.

La soledad de sus montañas abruptas y gigantesecas invitaba a la meditación y al recogimiento; el rumor del Chanchán, que se retorcia en curvas interminables, golpeando sus aguas turbias en las piedras enormes que obstruían su impetuosa corriente, halagaban mis oídos, a pesar de la monotonía eterna de sus quejas lanzadas entre los peñascos que limitaban su cauce desigual y sin orillas.

Sólo en los repliegues de las montañas, o en el fondo de la cañada, o en alguna meseta de poca extensión, la Naturaleza había fertilizado el terreno, y allí reverdecían lozanos los platanales y las higuerrillas, los cañaverales y algunas gramíneas, que compensaban con su verdura, la aridez de las rocas solitarias, de estos parajes paupérrimos, silenciosos y tristes.

Únicamente se notaba alguna agitación y movimiento cuando paraba el tren para dar tiempo a los pasajeros a que almorzaran en el hotel; pero luego que continuaba el viaje, el silencio invadía de nuevo a la población, y sus moradores volvían a sus tareas habituales.

Para matar mi tedio, todas las mañanas, después del desayuno, iba a alguna excursión en busca de cacería o caminaba sin rumbo para distender los músculos entumecidos por el frío, húmedo y penetrante, que domina en estas regiones, durante la mayor parte del año. Al medio día, leía o escribía, unas veces al pie de un árbol, o sentado, ótras, en una de aquellas enormes piedras, que desprendidas de la montaña, en algún parasismo geológico de estos gigantes, permanecía en quietud absoluta, durante siglos y siglos, en las faldas desiertas de estas moles inmensas.

Desde los primeros días de mi arribo a Huigra encontré en el hotel de mister Morley a una inteligente dama colombiana, esperando allí a su esposo que venía de Lima para seguir a su patria.

Parece que las simpatías fueron recíprocas, y pocas horas más tarde éramos buenos amigos. Señora joven e inteligente, de carácter insinuante y jovial, supo amenizar mi permanencia en aquella población, con su tertulia agradable y de interés general.

Después de la comida solíamos departir hasta horas avanzadas de la noche, en la galería del hotel, arrellanados en sendas poltronas, sobre los tópicos de actualidad, o de política.

Una noche de aquellas, hablábamos con un distinguido escritor nacional sobre la coquetería de las mujeres, y de los males que causan en la sociedad.

El era un rubio de veinticinco años, inteligente y muy ilustrado, viajaba a Europa por que deseaba olvidar a la esposa infame, que después de cinco años de matrimonio, había abandonado el hogar, con pretextos fútiles y perversas intenciones.

Doña María de Rivera, que este era el nombre de la dama colombiana, tuvo frases de consuelo para aquel afligido esposo y nos refirió el siguiente episodio, con la gracia y donaire con que ella sabía hacerlo.

XXXVI

Hace unos doce años regresó de Francia a Medellín, nuestra ciudad natal, Mercedes María Aldaz, de buena familia, pero fatua, necia y frívola; había vivido ocho años en París, con algunos parientes ricos, que la llevaron para educarla.

Cuando regresó a la ciudad, todo le parecía malo, cursi o ridículo; como era tonta, no se daba cuenta del disgusto que causaban estos dislates a las amigas que le oían.

Aunque no tenía fortuna, no carecía de atractivos, a pesar de algunos defectos naturales; era más pequeña que alta, gorda, casi obesa; de cara circular y de ojos negros y bellos, boca pequeña, pero de labios gruesos y carnosos; blanca y de pelo castaño, casi rubio.

Al principio, ninguno de sus paisanos se atrevió a enamorarla; como la miraban tan orgullosa y altanera, todos se creían muy pequeños e indignos de aspirar su mano.

Pero los años iban pasando raudos y vertiginosos, y su belleza comenzaba a marchitarse, no obstante los afeites y cosméticos que usaba diariamente.

Al fin hubo un audaz que se presentó como galán y la enamoraba con descaro; ella creyó triunfar; su vanidad estaba satisfecha; pero a los pocos días, una amiga le manifestó que aquel individuo era casado y tenía ocho hijos. Su desilusión fue inmensa; se eclipsó durante algunos meses. Poco tiempo después apareció otro *admirador*; era éste Luis Hernández, joven de buena familia y bien presentado, pero vicioso y degenerado porque, sencillamente, era un rufián de profesión.

María Mercedes creyó triunfar; correspondió, o por lo menos, aparentó corresponderle con sus sonrisas y sus miradas; él creyó de buena fe en el amor de ella y fomentó apasionado este cariño; mas, cuando ella tuvo conocimiento de la vida y antecedentes de su pretendiente, huyó de él y se ausentó de la ciudad.

Hernández que ya se creía dueño del corazón de esta mujer, volvió a la taberna y acabó su vida en un manicomio, donde murió poco tiempo después.

De regreso a Medellín, tuvo otro pretendiente; llamábase Antonio Cordero de familia modesta, y, bastante calavera; con él tuvo su *historia* amorosa, por unos pocos meses, porque Alfredo Laínez, joven distinguido y poeta de elevada aspiración, le dirigió unas frases galantes, y esto fue suficiente, para que ella, ambiciosa y fatua, despreciara a Cordero. Este se marchó a Bogotá, donde contrajo matrimonio, mas, con tal mala suerte, que al poco tiempo se separó de su esposa y se alejó de la capital.

Láinez cayó también en la red hábilmente entretejida por esta cazadora de corazones; él era pobre, pero muy inteligente y de carácter dulce y angelical.

En el curso de estos amores tuvo que ausentarse a Bogotá y en este lapso enfermó una parienta de Mercedes, a la cual fue a asistir el Dr. Manuel Ojeda, médico joven, alto y delgado, moreno y pálido, de pelo bastante lacio y grueso; como hombre nada valía, pero como poseía el título de doctor, ella creyó que esto ya era un blasón que le ponía a muchos pies sobre el nivel de su enamorado anterior; entonces, olvidando que otro corazón la amaba sinceramente, agotó las sonrisas y las miradas ardientes para enloquecer al galeno; pero, éste, muy ducho y experimentado en achaques de amores, no cayó en la red.

Fingió admirablemente la comedia; ella se creyó correspondida y olvidó al pobre Láinez, quien, al tener noticias de su desengaño, se quedó en Bogotá, se casó mal, se dio a la embriaguez y murió pronto, maldiciendo a la mujer falaz que había envenenado su existencia.

El doctor Ojeda la engañó con sagacidad maravillosa durante algunos años, y cuando ella le habló de matrimonio, él supo evadir la respuesta con habilidad suma, a fin de no desengañarla completamente.

Viendo ella que era imposible *pescarlo*, y comprendiendo que el tal médico no sería jamás su marido, aceptó los requiebros y galanterías de Manuel Casilari, hombre de modesta familia, solterón empedernido, y empleado de Gobierno, con pequeño sueldo.

Como se le aproximaban los cuarenta años y no aparecía el hombre que ella ambicionaba, porque el doctor Ojeda huía de toda ocasión en la cual pudiera aparecer como enamorado, o como novio, no le quedó otro camino para terminar su celibato obligado, que el de aceptar a Casilari como esposo. En efecto, lo acogió con la misma ansiedad que toma el náufrago la tabla que arroja el mar, en el lomo de sus olas, como resto miserable del barco hundido en sus entrañas.

Al fin se verificó el ansiado matrimonio; ambos se engañaron mutuamente; ella le hizo traslucir una cuantiosa herencia; y él le dijo que contaba con un capital de veinte mil pesos para emprender en buenos negocios.

Hombre medesto y pobre, quiso deslumbrarla con los muebles que había comprado a plazos, o con el dinero pedido, con crecidos intereses, a usureros sin conciencia. Pero todo aquel boato de la víspera se convirtió en pauperismo y miseria, casi desde el día siguiente de las bodas; porque los acreedores comenzaron a llegar, en columnas, al nuevo hogar, exigentes y groseros.

Ella se sintió herida en su vanidad y en su orgullo; sin embargo, por temor a la rechifla de la sociedad, soportó silenciosamente estas vergüenzas durante algunos años.

Pero la vida se les hizo imposible al uno y al otro; no se habían amado; cada uno fue el himeneo atraído por el halago de un mentido bienestar económico, y cuando vieron la realidad cruel e implacable, que

tocaba a las puertas de su hogar, en forma de acreedores de hosco semblante, groseros y tercos, toda consideración quedó terminada. Acosado él por las personas a quienes debía, tuvo que huir de la ciudad abandonando a su mujer, quien, dicho sea de paso, no tuvo jamás la abnegación y espíritu de sacrificio que necesita una buena esposa, en las horas de tribulación y de prueba, tan frecuentes en los hogares donde escasea el dinero.

Y por una de esas ironías de la suerte, que son tan frecuentes en la vida, ella heredó, años más tarde, una regular fortuna de una tía, hermana de su madre.

Aunque ya es vieja, porque le abruman cuarenta y seis diciembres, sin embargo, viste como niña de quince abriles; toda su renta la invierte en viajes, vestidos y fiestas sociales, en las cuales quiere aparecer siempre como la *Currita Athornoz* de nuestra sociedad, luciendo sus gracias de jamona y de coqueta empedernida.

Dicen que no pierde sus esperanzas de un nuevo matrimonio, porque tiene la seguridad de que pronto se ha de dictar en Colombia la ley de divorcio, a fin de ser ella una de las primeras en pedirlo, y de este modo, facilitar su nuevo enlace con un joven que hoy la corteja apasionadamente, en apariencia; pues, según afirman los que están cerca de ellos, el calavera aquél sólo ambiciona la fortuna que ella posee, y así debe ser, puesto que él es menor con veinte años.

Es necesario convencerse, nos decía la señora, dirigiéndose a nosotros, que la mujer frívola y coqueta

es un elemento tan nocivo en la sociedad, como el hombre vicioso y degenerado, porque ambos truncan nobles aspiraciones, matan ilusiones que son promesas de ventura, y frustran esperanzas bellas, acariciadas por otras almas.

Esta Mercedes, que pudo haber sido feliz amando como Dios manda, a cualquiera de aquellos jóvenes que la pretendieron, o al mismo que hoy es su esposo, a pesar de su frivolidad, es una desgraciada, porque le detestan cordialmente muchos de aquéllos a quienes ella engañó tan miserablemente.

Hoy no tiene la estimación de la sociedad; se la mira con repugnancia y desprecio, y si aparentemente se la atiende, es tan sólo por las consideraciones que merece su familia honorable y bien vinculada en nuestra ciudad.

Y esta mujer no es la única; hay muchas como ella, que son fatales para los hombres; parece que fueran aves agoreras, seres fatídicos destinados a llevar el dolor y la desgracia a cuantos tuvieron la debilidad de amarlas.

Y ahora, para que esta verídica historia sea de provecho, dijo doña María, pido que el señor Velasco nos diga algo sobre la mujer coqueta y los males que ella causa en la sociedad.

Basta que Ud. me lo pida, repuse inmediatamente, aunque no soy orador ni moralista, sin embargo, en breves palabras manifestaré lo que pienso de estas mujeres temibles:

La coqueta es para mí, lo que dijo, alguien con mucho acierto, *alma de demonio en cuerpo de mujer*;

pérfida y zalamera, no tiene más afán que el de seducir a los incautos con sus sonrisas, atraerlos y dominarlos, para luego despreciarlos.

Dotada, generalmente, de belleza irresistible y fatal, es la araña que entreteje con pasmosa habilidad los hilos de la trama en que han de caer, uno a uno, los infelices que tuvieron la desgracia de que-
marse con el fuego de sus miradas, ardientes, en apariencia, pero despiadadas y frías, en el fondo.

Jamás albergan en su corazón la sensibilidad y la nobleza de sentimientos, vanidosa por temperamento; calculadora y frívola por educación, no se preocupa de los daños que causa, ni de las víctimas que van cayendo a sus pies, humilde y silenciosamente.

Su alma insensible y dura, no tiene otro ideal que el de conquistar corazones para luego inocularles el veneno del desengaño y del dolor; inmisericordiosa y terca, ni siente ni padece por los que sufren por su culpa, por los que lloran sus muertas ilusiones; no le conmueven esos corazones heridos por el frío puñal de su desdén, y sangrantes y doloridos van muriendo en agonía lenta y desesperada.

Soltera, casada o viuda, no medita un sólo instante en las miserias que ocasiona en la sociedad; en las almas que destroza y mata despiadada; en los martirios que cada día lleva a los desventurados que creyeron en sus promesas falaces.

Nada le conmueve ni enternece; en vano gimen casi junto a ella, sus víctimas: ya es el joven inexperto que sucumbe bajo la acción del tóxico fatal; ya el

esposo abandonado por causa baladí, que maldice la hora en que unió su suerte a la de esta mujer fatídica; ora es el pensador o el poeta que reniegan de su existencia, con exasperación inaudita, por haber caído también, vencidos por esta belleza maldita, causa eficiente de sus dolores y desengaños, en un momento de debilidad o de entusiasmo.

¡Qué tarde llega la sanción para esta vibora encarnada en cuerpo femenino! Solamente las arrugas, surcos profundos cavados por el tiempo, en su rostro arrebolado por el carmín, o la triste celebridad adquirida en el curso de toda una existencia, pueden, aunque, tardíamente, aislarla, arrinconarla en el lugar de donde nunca debió salir.

Mil veces preferibles son las hetairas infelices, que venden con lealtad y franqueza sus caricias, a estas ótras que llevan la prostitución en el alma y causan tantos daños en la sociedad.

¡Malditas, mil veces malditas sean las coquetas!

Así terminé mi discurso, en medio del caluroso aplauso de mis oyentes.

XXXVIII

Días apacibles y de bienestar inefable fueron para mí los que se deslizaron en la pequeña población andina, merced a la inteligente dama, que por suerte, permanecía temporalmente allí; ella amenizaba la vida de los pasajeros con su educación esmerada y gran inteligencia; y por eso hube de separarme de esta población con profundo sentimiento, obligado sólo por el deber que me llamaba a Guayaquil.

Coincidió mi regreso con la impresión de los primeros pliegos de uno de mis libros, que debía circular en los últimos días del año.

Pesada fue para mí la tarea de corregir las pruebas; así por el número de errores en que incurrían los tipógrafos, como por la lectura repetida de esas páginas que ya me las sabía de memoria. Pero como era inevitable este trabajo, y dicho sea de paso, el más ingrato de cuantos abruman a un escritor, me resigné pacientemente a él, obligado por el anhelo de que este nuevo hijo de mi cerebro saliera a recorrer los mundos, en la misma forma que los anteriores.

El trabajo mental, por una parte, y las contradicciones cotidianas, por otra, iban quebrantando mi salud de un modo alarmante, y la neuropatía me mortificaba a toda hora. Mi espíritu se hundía en un océano de inquietudes, más profundo y negro que los piélagos infinitos, pintados por el Dante en las páginas inmortales de su *Divina Comedia*.

Cada vez sentía gravitar sobre mí todo el peso de aquella neuropatía, que seguramente era una neurosis aguda, por aquella exaltación constante, aquella ansiedad y melancolía que aniquilaban mi voluntad, dejándome la obsesión de la duda que me atormentaba a toda hora, debido, talvez, a la emotividad enorme, a la psicopatía perenne que sentí desde mi adolescencia, la cual aumentaba la magnitud de mis sufrimientos.

Las cartas de Isabel, que recibí en esos días, calmaron, como analgésico providencial, la excitación de mis nervios, y me dieron fortaleza para continuar recorriendo el áspero sendero.

La terapéutica de mi neurosis de angustia, de mi desolación y mi nostalgia sólo podía encontrarla en el amor de esa morena dulce, casta y angelical.

Yo que había nacido para amar hasta el sacrificio, con la misma intensidad de la adolescencia, me veía ahora, condenado, por una causa u otra, a vivir sólo de esperanzas; puesto que no tenía mas estímulos que la piedad de esta mujer bellísima, alejada de mi lado por la mano del destino.

Ya me sentía viejo, falto de euforia y de bríos para la lucha; el mundo me parecía incoherente y paradójico, egoísta y despiadado.

Para colmo de mis desdichas, a los pocos días de haber recibido las últimas cartas, me llegó otra, humedecida aún por sus lágrimas, en la que me avisaba que su hermana menor había ingresado a un monasterio.

Mi estado patológico empeoró terriblemente con esta última noticia; mi temperamento neuro-artrítico se quebrantó más aún; el optimismo acariciado por breves instantes, se eclipsó también, y me afirmé, una vez más, en mi creencia de que yo estaba condenado a la soledad, hasta los minutos postreros de mi vida.

Jamás fui supersticioso; pero aquella interminable serie de penalidades que venía sufriendo desde mi niñez, iba en mala hora, arraigando en mi psiquis rebelde, la convicción de que nada hay en la tierra capaz de detener la mano del destino, y que todo lo que nos sobreviene está ya escrito en el libro de la eternidad.

Telepatía, intuición o presentimiento, no sé como llamar a esa clarividencia, que, a veces, tenemos para prejulgar el curso de ciertos acontecimientos que nos sobrevienen, y por eso cuando supe la separación de la hermana de Isabel, preví que nuestro matrimonio tenía que fracasar.

Ella me escribió algunos días después, manifestándome que su madre hallábase muy enferma por tantos sufrimientos causados por la muerte de su

esposo y la reclusión de su hija; y que creía imposible verificar el viaje a Guayaquil, puesto que su deber le obligaba a vivir junto a la autora de sus días; pero que si yo me resolvía a dejar la patria, para radicarme en Arequipa, nuestras bodas podrían realizarse cuando yo lo quisiera.

Quizá otro hombre menos susceptible y orgulloso, hubiera aceptado esta propuesta inmediatamente; pero yo que le había repetido mil veces, que sólo amaba en ella sus virtudes y sus gracias, mas nunca su fortuna, me creí obligado a ratificar todo cuanto le había dicho en Guayaquil; y así le expuse en una larga carta, y le di mi adiós eterno.

Así quedó tronchado para siempre el árbol de mis esperanzas; muerta la postrera ilusión, y enterrada mi ansia de amor, de felicidad y de bien.

No pudo ser más triste el final de este dulce episodio en la vida de estas dos almas nacidas para completarse, para fundirse en una sola; para iluminar con la lumbre de su amor la lobreguez de la noche del Tiempo, devorador eterno de cuanto la Naturaleza va creando sin descanso.

No quise tener más noticias de ella, y ¿para qué?... Frustrados mis anhelos por tercera vez, de formar el hogar de acuerdo con las leyes establecidas por los hombres y con la educación que se nos ha dado; ya me fue indiferente su existencia.

Más tarde sólo he tenido amoríos y pasatiempos, que si halagaron por un minuto la materia, nunca pudieron matar el vacío de mi alma y mi soledad interior.

Aunque yo no era un misántropo, mis repetidos desengaños iban convirtiéndome, insensiblemente, en un misógino pertinaz y terco. Nacido para el amor, éste me rechazó cruelmente; hirió repetidas veces mi pobre corazón, y me arrebató con zaña el bienestar psíquico, aspiración única de mi vida; y desde ese día quedó cerrada, con llaves de hierro, la fuente de mis amores, eterno germen de felicidad y de gloria.

1702
 Recluido en mi gabinete de trabajo, ya no pensaba en otra cosa que en mejorar mi situación económica, harto quebrantada por la publicación de mis libros, que había consumido casi todos mis ahorros, acumulados a fuerza de privaciones y de constancia, para la senectud.

Volví al periodismo y ejercité mis actividades en otros negocios, a fin de equilibrar, cuanto antes, mi presupuesto, y poder hacer frente a las necesidades vitales, cada día más urgentes, más imperiosas y apremiantes.

Cuando ya peinaba, con tristeza infinita, la nieve prematura de mis cabellos, renuncié formalmente, al amor de las mujeres, porque había sido tres veces víctima de esta pasión, sin obtener buen éxito en ninguna.

De tarde en tarde solía recrear mi ánimo en el teatro Olmedo, con las películas, más o menos, interesantes, que los empresarios ofrecían, en aquella época, al público, ávido de espectáculos que vinieran a romper la monotonía desesperante de la vida.

Una noche de aquéllas, hallábame sentado en una butaca de la penúltima fila; nadie ocupaba los demás asientos; pocos minutos después, llegó una señorita de simpática fisonomía, joven, talvez de unos veinte años; blanca, de cabello castaño; sus ojos eran grises, color de acero, rutilantes y fascinadores, hablaban al alma; su boca pequeña y bien formada; alta y esbelta, una escultura de carne; y de dulce y bien timbrada voz.

Cuando tomó asiento a mi lado, y las primeras notas de los violines preludiaban, con voz casi humana, una sinfonía de Bethoven, le dirigí la palabra, porque me interesaba conocer a esta mujer, que sin compañía alguna, se presentaba en un lugar tan público.

—¿Es guayaquileña la señorita?, le pregunté, acercándome a ella.

—No, señor, soy cuencana, me respondió con voz meliflua y dulce como la de los violines que se quejaban en vibraciones delicadas.

—¿Y porqué no viene con su papá, o con algún hermanito?, le volví a preguntar.

—Porque, sencillamente, no tengo a nadie en esta tierra, me dijo con tristeza.

—Así que Ud., ¿no tiene familia en esta ciudad?

—A nadie, absolutamente, a nadie. Mi vida es muy triste; aunque soy todavía joven, los pesares de los días vividos hasta hoy me abruman.

—Si no cree Ud. indiscreción mía, ¿podría contarme algo de su vida pretérita? Deseo escribir una novela de sabor esencialmente nacional, y creo que algún episodio suyo daría mucho interés a mi libro;

le ruego que me refiera con sinceridad algo de lo mucho que habrá sufrido en su soledad.

—Procuraré complacerle, señor; comprendo que Ud. es bueno, que no nos mira con desprecio y horror a las mujeres que la fatalidad nos ha empujado a esta vida de cortesanas, muchas veces, sin desearlo.

Mis padres fueron extranjeros; yo nací en Cuenca, y me llamo María Cristina Ferrari.

En mi barrio vivía Antonio Hernández, estudiante de la Universidad; nos habíamos criado juntos, jugando desde *la niñez a los novios*, y cuando él ya tenía diez y ocho años, y yo, quince, el amor encendió nuestros corazones y fuimos novios de verdad; nuestras familias miraban con simpatía nuestro afecto purísimo, esperando que el porvenir nos uniera con el lazo indisoluble del matrimonio.

Pero la desgracia entró en mi casa, en forma de un extranjero gallardo, de tipo rubio y muy arrogante, que se presentó como ingeniero de minas. Trabajó amistad con mi padre, y pronto visitó asiduamente la casa. Se llamaba Julián del Castillo, y se hacía pasar por español.

Mi madrastra, atendiendo a sus quehaceres domésticos, salía muy pocas veces a recibirle; mi padre pasaba muchos días en la finca, y así era yo quien recibía sus visitas frecuentes.

Al principio lo miré con recelo, con temor; mi cariño para Hernández era la coraza que protegía mi pecho para resistir y rechazar los dardos incendiarios que aquel extranjero me dirigía en forma de miradas ardientes o frases excesivamente galantes.

Antonio miraba con tristeza profunda la preferencia que mi madrastra daba a mi nuevo pretendiente; quien, aprovechándose de su elevada posición e influencia con los míos, les deslumbró con su dinero y les hizo traslucir, de un modo bastante vago, su deseo de casarse conmigo.

Ellos creyeron de buena fe, y llamando un día a mi novio le manifestaron que no podían continuar protegiendo nuestros amores, por ser perjudiciales para su hija, puesto que él no tenía aún profesión ni fortuna, y le pedían que se alejara de mi lado caballerosamente, porque el señor ingeniero me pretendía.

Nada les contestó Hernández; sus ojos se llenaron de lágrimas, y sin decirles una palabra, se despidió.

Por la noche, antes de que llegara el extranjero, me llamó mi novio por la huerta, y me repitió, una a una, las palabras de mi padre y me contó la forma brutal en que había sido rechazado de mi casa. Yo lloré con él; le juré amor eterno, y le prometí esperar hasta el día que él obtuviera su título de abogado en la Universidad.

A los pocos días de esta escena, él emprendió viaje a Quito y se matriculó en segundo año de Jurisprudencia, en la Universidad Central, aprovechando el empleo que un tío suyo le había conseguido en la capital.

Alejado de Cuenca, mi novio, Castillo redobló su asedio y me cortejaba a toda hora, con tesonero afán, pintándome las grandezas de la vieja Europa, a donde me prometía llevar a pasar nuestra luna de miel.

Nada me halagaba; sólo por obediencia a los míos

toleraba a este hombre, que, a pesar de su arrogancia y porte gentil, me era repulsivo.

Esto dió ocasión para que se despertara la envidia de las vecinas; las pullas, más o menos intencionadas y la burla expresada con ironía, no se hicieron esperar. Yo soporté valientemente esta nueva tribulación.

La opulencia del extranjero había despertado la ambición de mi madrastra, quien creía que todos los medios eran buenos para atrapar a este hombre, y por eso me dejaba sola con él hasta muy tarde.

Casi siempre estábamos solos; él aprovechó de esta libertad absoluta que tenía en mi casa, para acariciarme con audacia, y quería atraerme a sus brazos con la impetuosidad de macho en celo. Me decía tantas frases bonitas, que insensiblemente iba cayendo en el lazo que él me tendía.

Hombre de mundo, experimentado y muy ducho en aventuras galantes, una noche, escalando las paredes del huerto, llegó hasta mi habitación y me sorprendió dormida; cuando desperté en sus brazos, ya me fue imposible gritar, ni defenderme; ¡mi desgracia estaba consumada!.....

Pocos meses más tarde, yo era objeto del desprecio general, porque mi estado reveló el secreto de mi desgracia. El se ausentó de la ciudad y se marchó a Quito. Yo no salía a la calle; mi padre me maldijo por haber llevado la deshonra a su casa; mi madrastra le indujo a que me arrojara del hogar; él se dejó arrastrar por la violencia, y un día entregándome cien sures, y todo lo que me pertenecía, me ordenó

que marchara a Quito en busca de mi seductor para que le obligara a reparar el daño que me había causado, casándose conmigo.

Pedí hospedaje en casa de unos parientes; éstos me lo dieron, pero de mala gana; todos me hufan como a un apestado. Siéndome ya imposible continuar en mi ciudad, busqué un arriero para que me proporcionara los caballos necesarios, y me acompañara hasta Huigra.

A nadie conocía cuando llegué a la capital; pero, desde Riobamba había avisado, por telégrafo, a Castillo, que yo iba en su busca, para obligarle a que cumpliera con su palabra.

Buen cuidado tuvo el pérfido de ocultarse a mi arribo a la ciudad de los Schiris; sólo una sirvienta fue a recibirme en la estación. Esta me condujo a un hotel de segunda clase, situado en el barrio de Santa Catalina, a pocas cuadras de la Catedral. Allí me dejó, ofreciéndome volver al día siguiente para conducirme al departamento que el *señor* me había preparado.

Al otra día vino muy temprano esta mujer y me condujo a una casita, cerca de San Diego. Allí encontré a Castillo, quien me recibió con aparente cordialidad. Cuando quedamos solos me dijo que era imposible nuestro matrimonio, por estar muy mal en sus negocios, razón por la cual había resuelto unir su suerte a la de una señorita muy rica de Quito, y que a mí nada me faltaría mientras fuera su *querida*.

Estas palabras cayeron sobre mí, con todo el peso de una montaña de plomo; comprendí muy tarde,

cuando ya no había remedio para mi mal, que yo había sido víctima de la perfidia de un hombre perverso.

Sin embargo, para no morirme de hambre en tierra extraña, y poder alimentar al hijo que llevaba en mi seno, tuve que aceptar la limosna que él me arrojaba: estaba en cinta y mi vida ya no me pertenecía.

Varias veces encontré a Hernández, mi novio del alma, en las calles de la ciudad; pero él no quiso verme; sabía toda mi historia, mi triste novela, y quizá por esto me despreciaba. Él estaba guapísimo; había engordado y vestía con elegancia. Cuando lo vi por primera vez en Quito, sentí impulsos de arrojarme en sus brazos, de arrodillarme y pedirle perdón; pero me detuvo el temor de ser rechazada; y seguí mi camino, devorando en silencio la doble pena, de mis desengaños y su desprecio.

Por la mujer que me acompañaba, supe más tarde que Castillo no era ingeniero sino un tahur de profesión, un aventurero que ambulaba por ciudades y pueblos en busca de fortuna.

Muy rara vez venía a verme; como estaba, efectivamente, de novio de una señorita de elevada alcurnia, y creía casarse pronto, le faltaba tiempo para acordarse de la mujer infeliz a quien había deshonrado con tanta felonía y cinismo.

Fero aquella señorita, con más suerte que yo, supo escapar de las garras de este malvado, merced a la diligente solicitud de sus padres, que investigaron el origen y la conducta del novio de su hija, y cuando

tuvieron datos evidentes de su negra historia, lo despreciaron airados.

El no pudo sufrir este golpe inesperado, que tuvo resonancia en los centros sociales de la ciudad, y salió del país.

Yo quedé completamente desamparada; me mantuve con el producto de la venta de algunas joyas heredadas a mi madre. Cuando llegó la hora del alumbramiento, fui a la Maternidad, y allí, confundida con las cocineras y sirvientas, que se hallaban en las mismas condiciones que yo, di a luz a mi hijo, que para mayor desgracia mía, nació muerto.

Cuando salí de aquella casa de caridad, no supe a dónde dirigirme, ni cómo subsistir. Anduve por iglesias, conventos y casas de gente rica, en busca de amparo y protección; pero nadie se condolió de mi suerte. Entonces comprendí la maldad humana, porque no hay piedad para el que cae, ni esperanza de redención para quienes, como yo, son víctimas de la fatalidad, antes que de las pasiones.

Acosada por las necesidades, sin parientes ni amigos, ya nada tenía que hacer en Quito; vendí cuanto poseía y vine a esta ciudad, en donde tuve la suerte de colocarme en casa de propietarios opulentos y bondadosos.

Allí permanecí algunos meses como costurera, y talvez hubiera continuado aún, si mi sino fatal no lo hubiera dispuesto de otro modo; el mayor de los jóvenes se enamoró de mí; me persiguió sin descanso; lo comprendió su madre y me arrojó de su casa, tratán-

dome como a una mujer perdida y corruptora de su hijo.

Yo me alejé maldiciendo de la vida, porque no tuve culpa alguna en inspirar cariño a aquel ardoroso joven, a quien nunca dirigí ni una mirada, ni una sonrisa.

Irritada conmigo misma, llevando el supremo desaliento en el alma, veía en cada hombre un sátiro y en cada mujer una hiena; quería suicidarme, pero me faltaba el arrojo suficiente.

Nacida para la vida del hogar, me vi, contra mi voluntad, arrojada al fango por el huracán de la fatalidad ¿tengo yo la culpa, acaso, de ser lo que soy? Tal vez yo hubiera sido una inmejorable esposa de Antonio, mi novio de la niñez, mi primero y único amor; pero el destino me llevó por otra vía, hasta caer, en el vértice fatal ¿quién ha podido, hasta hoy, detener su mano?

Obligada por la miseria, me dirigí a una casa de lenocinio, la de más renombre en esta ciudad; pero sólo permanecí un mes, tiempo, suficiente para salir enferma del espíritu. No era aquello para mí, y el día que abandoné aquel antro de corrupción y de libertinaje, me creí la mujer más venturosa de la tierra.

Unos días antes de despedirme del burdel, había conocido a Miguel Espinoza, quien me manifestó, con ingenuidad y franqueza, su anhelo de que abandonara aquel lugar, donde tanto sufría, y me ofreció un departamento amoblado, en otra casa.

Joven alegre, sincero y rico, me sedujo y accedí a sus deseos; él me llevó a un pequeño departamento; era el nido de nuestro amor, como él decía; allí me visitaba con frecuencia, y pude vivir, si no feliz, por lo menos resignada con mi suerte.

Pero también este bienestar material fue muy fugaz, por su viaje a Alemania, a donde le envió su padre. Hace un año que está en Hamburgo, y de allí me escribe alguna vez.

El dinero que me dejó se terminó hace meses, y hoy me mantengo con lo poco que me produce la costura. Como llevo en mi frente el estigma de la mujer desgraciada, que por el hambre tuvo que pisar un lupanar, todos me miran con desprecio, y son muy pocas las personas que me ocupan y me protegen.

Dígame Ud., señor, ¿qué debo hacer para redimirme, para rehabilitarme y merecer la estimación de la sociedad? Yo no soy mala, ni mucho menos libertina, como algunos me califican; quisiera trabajar para vivir decorosamente y levantar mi frente limpia de toda mancha.

Señorita, le respondí, tenga paciencia, yo le ofrezco el trabajo que Ud. necesita; sírvase indicarme su domicilio para avisarle el resultado de mis gestiones. _ Pronto estará Ud. en otro ambiente.

—Vivo entre las calles de Aguirre y de Santa Elena, casa N^o. . . . , me contestó, y ojalá cuanto antes me lleve Ud. la buena nueva.

—Ya procuraré cumplir fielmente lo que le ofrezco, y espero que después de pocos días, estará Ud. en un establecimiento comercial.

—Será un favor que le agradeceré con toda mi alma, me respondió emocionada, dejando correr dos lágrimas, que temblaban, como perlas, en sus pálidas mejillas.

Le estreché afectuosamente la mano y me despedí, porque la función había terminado pocos minutos antes.





X L

Preocupado y triste llegué a mi habitación, pensando en las miserias de la humanidad, en las humillaciones de estas infelices mujeres; muchas de ellas, víctimas desgraciadas de la falacia de los hombres, se arrastran en el fango por falta de una mano bienhechora que las redima por medio del trabajo.

Las melodías de un violín que lloraba en la lejanía, me arrullaron dulcemente; parecía que sus cuerdas temblorosas exhalaban en sus vibraciones delicadas, la queja del dolor humano, universal y eterno, en medio de la soledad augusta de la noche y la cruel indiferencia de los cielos; y me dormí sugestionado por el anhelo de levantar a esta mujer bella que acababa de conocer en el teatro Olmedo.

Por la mañana, antes de iniciar mis labores cotidianas, no obstante mi delicada salud, anduve por varios establecimientos comerciales, gestionando la admisión de esta señorita, en alguno de ellos. Nada obtuve el primer día, ni el siguiente; pero no me desalenté por esto; al tercer día, mis afanes fueron premiados porque vi colmadas mis aspira-

ciones, al conseguir, en una respetable casa comercial, el empleo que buscaba.

Inmediatamente escribí una esquila a la Ferrari, avisándole que se la esperaba a la una de la tarde en aquel establecimiento, para darle trabajo.

Unos quince minutos antes de la hora señalada vino a agradecerme. En su semblante, bañado por una claridad estelar, revelaba todo el júbilo de su corazón: ¡estaba redimida!

Creo que éste fue uno de los días más felices de mi vida; me sentía orgulloso porque había llevado a esa alma irredenta un rayito de consuelo y de esperanza; esa luz de poesía y de ensueño que iluminó mi vida en otro tiempo, volvió a rutilar esplendorosa en la soledad de mi alma, plena de melancolía y de recuerdos.

El poema de mi amor estaba trunco; evaporada la ilusión, y ahito de la tristeza de vivir, pensé que ya era tiempo de reaccionar buscando la resignación y la paz interior en la filantropía, cooperando al bienestar de los demás, y sentí un anhelo inmenso de extender mis brazos a todos los que como yo tenían destrozado el corazón.

De tiempo en tiempo iba a visitar a mi protegida, quien me recibía con cariño filial, que rayaba en veneración; me llamaba su padre y su bienhechor, porque le había proporcionado trabajo honesto y lucrativo.

Vivía holgadamente, acompañada de dos sirvientas encargadas de las faenas domésticas mientras ella concurría a su oficina. Con alborozo infantil me

enseñaba sus muebles y todo cuanto había adquirido con el fruto de su trabajo.

Mujercita de mediana instrucción, con aspiraciones modestas, estaba satisfecha de su vida, rota, prematuramente, por aquel aventurero audaz.

Gozo inefable sentía cada vez que yo iba a su casa, mirando en la dicha de esta alma ingenua, mi obra, la obra que me proponía realizar siempre que la suerte me deparara la ocasión propicia.

En aquellos días escribía algunas colaboraciones para revistas extranjeras y trabajaba más que de costumbre: mi salud se agotaba con rapidez extraordinaria; la afección renal y la neuropatía amenazaban mi vida, que por cierto ya no la defendía ¿y para qué?

La lucha interior renacía ahora con más ferocidad que nunca; el fatalismo crecía, crecía en proporciones gigantescas; me abrumaba; la duda, enroscada como sierpe en mi cerebro, me mordía con saña infernal, y aquella dicha inefable de hacer el bien a los demás, sólo duraba un instante, fugaz como todos mis placeres ya muertos.

Contento esperaba la hora de mi destrucción; ya nada ambicionaba; mi juventud había pasado como una sombra, y pasaba también la otra mitad de mi existencia; oía lejana la voz del pasado, cuyos ecos se unían a la voz de la muerte, mensajera de la eternidad... ..

Me parecía que las hojas del bosque, tal como mis ensueños desvanecidos, danzaban locas, arremolinadas por el viento, y entonaban en voz queda y pausada la salmodia de los moribundos, entre el mis-

terio del crepúsculo vespéral y la melancolía indefinible de las noches otoñales.

Alma vieja en cuerpo joven, sólo vivía de recuerdos que atenazaban mi cerebro y se hundían como puñales en mi corazón.

En vano volvía mi cabeza hacia atrás; pues sólo veía en la lontananza brumosa del pasado, los años muertos y los placeres idos, que, cual lívidos espectros, se levantaban de su tumba y en su lúgubre desfile se iban evaporando tristemente, como sombras.

Parecía un alucinado; sentía la vejez de mi alma que se debatía en el silencio y el misterio, y agonizaba con la máquina de mi cuerpo que se descomponía juntamente, al influjo letal de la neurosis implacable; la diástole atormentaba mi pecho; las células de mi organismo vibraban al compás de las palpitaciones del corazón agitado por la taquicardia destructora.

La uremia, con sus síntomas característicos, con todo aquel conjunto de accidentes tóxicos en las afecciones renales, minaban mi salud cruelmente. La terapéutica me había sometido a un régimen lácteo severísimo, que aumentaba mi tormento y saboreaba con delectación morbosa estos preludios de mi descanso eterno.

Muy tarde me di cuenta de que yo era un romántico, que había vivido muy lejos de la realidad.

En vano interrogaba al infinito por el fracaso definitivo de mi vida; estaba huraño, violento y rebelde, sintiendo la cruel mordedura de la desesperanza, que arrancaba girones ensangrentados de mi corazón vacío, y hacía germinar en mi cerebro enar-

decido por la pena, las negras mariposas de la duda y la melancolía, y el infinito no respondió jamás; indiferente a mi desolación y mis angustias, sólo me dio por respuesta el silencio de las tumbas.

Y seguí arrastrando el tedio de mi vida, en la noche silenciosa, por las calles de la urbe, con la tristeza del que ya nada espera, mientras centelleaban en los cielos, como lágrimas de Dios, las estrellas refulgentes.

X L I

Hallábame un día sentado en mi escritorio terminando otro libro, cuando oí varios y repetidos golpes en la puerta de mi aposento; levantándome de prisa, la abrí y me encontré con un antiguo conocido mío.

— Le traigo noticias de la señora Rosa Estela de Acosta, me dijo, después de saludarme cortésmente.

--Nada he sabido de ella en estos últimos tiempos; me preocupa su suerte; es muy desgraciada y tengo para ella muchos deberes, dije a mi interlocutor.

— Precisamente, ella fue quien me suplicó viniera a su casa y le dijera que sintiéndose gravemente enferma, ingresaría mañana al Hospital Martín Icaza, de Babahoyo, y que sus hijitos quedarían con alguna familia amiga.

--¿Qué día llegó Ud. a Guayaquil?

— En este momento, señor Velasco.

— Y ¿cuándo habló con ella?

— Hoy por la mañana, pocos momentos antes de la salida del vapor Bolívar, en el cual había tomado mi pasaje.

ROSAS DE INVIERNO

—¿Y por qué iba al hospital y no se asistía en alguna casa particular? le repliqué con vehemencia.

--Porque dice que se encuentra en la miseria y no tiene dinero para satisfacer los gastos que demandaría su curación; pues, el marido ha vuelto a abandonarla llevándose hasta el último centavo de sus ahorros.

—Pero, ¿es posible que ese malvado haya repetido su infamia con esta infeliz?

—Tan posible, señor, que hace un mes desapareció de Babahoyo, y se encuentra, según las versiones callejeras, en el Perú.

Profundamente conmovido de lo que acababa de oír, ya no proseguí el diálogo, y por largos instantes quedé en silencio.

Entonces mi interlocutor me tendió la mano y se despidió afectuosamente.

La emoción y la pena eran tan profundas, tan intensas, que no tuve concierto ni orden para nada; no sabía qué hacer en aquellos supremos instantes de insólita amargura. El médico me había prescrito quietud absoluta, expansión y alegría, a fin de aliviar mis males; pero era imposible seguir aquellos mandatos; nacido para la lucha, con un corazón de niño y alma de poeta, generoso, fantástico y sentimental, mi temperamento romántico estaba en pugna con la inmovilidad y el egoísmo. Me condolía de ajenas desgracias como si fuesen mías, y anhelaba llevar, siquiera, una gota del bálsamo del consuelo a esas almas irredentas, que desfilan en el yermo de la vida.

Dejándome dominar por los impulsos de mi sensibilidad enfermiza, pretendí viajar a Babahoyo, para estar cerca de aquella mujer, mi primer amor, inolvidable, espiritual y romántico; pero me fue imposible, porque la enfermedad corroía mi organismo, y los síndromes implacables de mi neurosis, me torturaban cruelmente; y por esta causa tuve que abstenerme de cumplir con este deber fraternal e ineludible.

Recurrí al telégrafo, y por su medio, estuve al corriente del estado de salud de aquella mujer infortunada.

Día por día, hora por hora, seguía el curso de su terrible enfermedad. Aquel año, como para despedirse del Ecuador, la fiebre amarilla, causó innumerables víctimas; fue una epidemia extraordinaria que enlutó muchos hogares y causó daños incalculables a la nación.

Rosa Estela fue una de esas víctimas inmoladas por la ferocidad de aquella ocropira despiadada.

Cuando supe el fallecimiento de esta mujer sin ventura, cuyo primer amor hizo germinar en mi pecho la felicidad, sentí romperse algo dentro de mi alma; la remembranza de los días que fueron, de las horas del idilio, del poema trunco de nuestro amor infausto, degollado por el destino adverso, me hizo llorar con desesperación y con rabia, mezclando inconsciente, blasfemias y plegarias en la bárbara sinfonía de mi dolor infinito.

Nadie me acompañaba en mi duelo, sólo en un rincón de mi gabinete, *tictaba* el reloj indiferente, en movimiento insíncrono y perenne, señalando con

sus agujas de acero, las horas que el tiempo devoraba incansable, en marcha a la eternidad.

Habían pasado los años como segundos, absorbidos por el viejo Saturno, y los seres que yo amé desfilaron, en camino de la nirvana, como flores de un día: mis padres, mis hermanos, mi primera novia, todos se iban, dejándome cada día más solo, más adusto y desolado.

Entonces evocaba mi espíritu las horas que se desfloraron fugaces entre los perfumes de las violetas y los nardos que Rosa Estela llevaba a mi cuartito de estudiante enamorado, o aquellas ótras más venturosas, en que ella interpretaba, con ternura exquisita, el dolor de nuestras almas, en las teclas de su piano, por medio de las *Baladas* y los *Nocturnos* de Chopin, su ídolo predilecto, o de los *suspiros líricos* de Schuman, aquel doliente y genial artista, que supo traducir en notas musicales, toda la gama del dolor humano.

¡Cuántas veces, nuestras lágrimas juveniles se mezclaron al caer sobre las teclas de ese piano, que gemía o sollozaba al contacto de la mano de esta mujer desdichada, que no creyó jamás rendir la jornada de la vida en un mísero hospital!...

Todos los recuerdos de antaño se aglomeraban en mi cerebro y me horadaban el corazón ¿quién pudo suponer, veinticinco años antes, que habría de llegar una hora en que llevando mi pecho convertido en un sarcófago lleno de recuerdos y de ruinas, sentiría todo el maleficio de la vida?

Rosa Estela había sido, desde mi regreso a la

patria, la amiga de mi alma, confidente y hermana en el dolor. Por eso volvía mis ojos al pasado y miraba las cosas lejanas a través de un velo de lágrimas. Esa nueva tumba abierta en tierras extrañas, me atraía, me sugestionaba, invitándome al reposo eterno. Me parecía que ella, pálida como una azucena, se levantaba de la fosa y me llamaba, con la mirada de sus ojos negros y tristes, perdida en la lejanía de un ensueño.

Y yo seguía rumiando, en mi soledad interior, las remembranzas de otros días, hundidos ya en la eternidad del tiempo.

Al fin había caído aquella mujer que fue para mí todo un símbolo: ella encarnó mi niñez lejana, mi adolescencia triste y mi juventud borrascosa. ¡Todo había terminado!...

Pero yo quedaba todavía frente al enigma de la vida, ahogándome entre mi escepticismo y mis rebeldías, cada vez más tenaces y crueles. La fe y la serenidad de mi alma yacían marchitas, bañadas con mis propias lágrimas.

Con vehemencia loca buscaba a Dios para acercarme a El; quería ser un místico; recoger mi espíritu y ofrecerle mis tristezas, mi desolación y mis pesadumbres; y en el silencio formidable de mi pena, le imploraba suplicante que arrancara la duda de mi cerebro, y me devolviera la paz del corazón.

Pero sentía, fatalmente, el vértigo de las almas grandes; sumido en un abismo insondable, mi conciencia de hombre ilustrado, vacilaba de nuevo, y la fe de otros días, se desvanecía inclemente, y mi

espíritu no encontró la consolación que anhelante buscaba en esa hora negra de mi vida.

Como no podía expresar mi amargura en una música pura del sentimiento, en una sinfonía brotada de la desesperación y del genio, como aquéllas que inmortalizaron a aquel loco sublime de Mendelssohn; quise, por lo menos, cantar mi pena en versos inmortales, como los de aquel mago de la desolación, de aquel Giacomo Leopardi, hijo del dolor y de la noche, que supo traducir sus angustias infinitas en rugidos de león herido, o en arrullos de paloma enamorada, que morían como suspiros, como quejas y sollozos, o se diluían como lágrimas de amor y de dolor....

Y aunque tenía puesta el alma en los picos de la pluma, no brotaron los versos para la elegía a la amada de otro tiempo; las ideas zumbaban en mi mente, como enjambre enloquecido, pero no pude expresarlas en forma artística y bella, y la plegaria lírica por el alma de Rosa Estela, quedó, también, trunca, tal como el viejo poema de nuestro amor desventurado.

¿Por qué nuestra pobre vida, frustrada prematuramente, quedó rota con precocidad tan cruel?.....

¡Misterios del destino! ¿Quién ha podido detener su mano?.....

XLII

Ya nada me quedaba; las reliquias de mis mejores años se habían consumido como brisnas de paja, al contacto del fuego de la adversidad; pero tuve fuerzas suficientes para sufrir con valentía los dolores de mi cuerpo y de mi alma, a pesar de que ya no tenía deseos ni esperanzas.

Los días que siguieron a la muerte de Rosa Estela me trajeron mayores sufrimientos; mis males se agravaron hasta obligarme a guardar cama. Nada hice para defender una vida que ya me estorbaba; pero la dueña de casa, mujer bondadosa y de severas costumbres, al tener noticia de que el *mejor de sus inquilinos* se hallaba gravemente enfermo, llamó a varios médicos para que me asistieran; éstos, con solicitud paternal, concurrían dos y tres veces al día, desinteresadamente; porque, según ellos, mi vida valía mucho para el mundo científico y literario, y merced a sus cuidados, y a los de aquella buena señora, reaccioné notablemente, y de nuevo pude reanudar mis labores, después de unos meses de obligado descanso.

La astenia en que me dejó esta última enfermedad, abrió las puertas a otras peores, y una gripe, con todo el cortejo de sus síndromes destructores, me ocasionó una congestión pulmonar tremenda, la cual me obligó al peor de los sacrificios: un viaje indefinido al interior de la República.

Y he dicho sacrificio, porque en los veinte años de residir en Guayaquil había perdido hasta la fortaleza para sufrir el rigor del frío de las ciudades interandinas, y estaba connaturalizado con la temperatura de la zona tropical y las costumbres de sus pueblos, y sobre todo, porque temía el retroceso de la nefritis crónica, que venía padeciendo hacía tiempos.

Sólo el temor de contraer una enfermedad tan molesta y larga, como lo es la tuberculosis pulmonar, pudo obligarme a ausentarme de la ciudad de mis afectos, de mis recuerdos y mis triunfos.

Era el último hachazo que la adversidad podía descargar sobre mí, que ya no tenía otra ambición que reposar al pie de una palmera, en un silencioso rincón de la necrópolis guayaquileña; ¡quería que el polvo de mis huesos se mezclaran con la amada arcilla de esta ciudad hospitalaria y generosa!

Ni siquiera alimentaba la esperanza de retornar algún día a la noble tierra de Olmedo y Rocafuerte, y preparé, con amarga resignación, mi viaje a la capital de la República.

Un día antes de mi partida quise despedirme de la ciudad de mis ensueños, y tomando un automóvil, de los primeros que aquí llegaron, ordené al *chauffeur*

que me llevara por todos los rincones de la población.

Era un día brumoso y triste como mi alma, la tierra exhalaba un perfume delicado y sutil, y me envolvía en sus hálitos bienhechores; la brisa del mar besaba mi frente lívida con suavidades de caricia, y dulzura maternal. —

Por do quiera encontraba miradas cariñosas y semblantes que me sonreían con afecto y sentimiento.

Una a una fuí recorriendo las calles de la ciudad, sus templos y palacetes, sus parques y sus vergeles.

Las blancas torres de su vieja catedral, iluminada por el sol de la tarde, se erguían gallardamente sobre los techos grises de los edificios policromos de la metrópoli.

Yo veía en cada árbol de sus parques y en cada piedra de sus calles, un amigo que me recordaba algún incidente de la vida mía, que ya llegaba a su fin.

En estos instantes pude apreciar la intensidad de mi filial cariño a esta ciudad hermosa, donde habían corrido veinte años de mi existencia; donde había cosechado laureles y triunfos ruidosos, merced al espíritu altruista y noble de sus hijos progresistas: ¡era el postrer afecto que ya quedaba en mi alma!

La tarde, esa tarde postrera en que yo ambulaba arrastrando *el pesado fardo de mis tristezas* por las calles de Guayaquil, me despedí de todo lo que me era tan querido, mirando, con el corazón desgarrado de dolor, la puesta del sol, imagen de mi presente: ¡si ya el sol de mi vida, también, se despeñaba en el ocaso de la eternidad!

Me parecía que las palmeras movían, a mi paso, sus penachos y me daban el saludo de su despedida; el mar me enviaba, en las brisas aromadas de la tarde, el acento de sus olas que cantaban dulcemente. No sé porqué me parecía más triste que nunca la luz cenicienta de este crepúsculo vespéral. El paisaje estaba envuelto en melancolía profunda, parecía que las cosas tenían alma, y que en su lamento inarticulado y sordo, lloraban conmigo; los árboles, secos, desnudos y sin hojas, gemían temblorosos, al recibir el beso de las auras vespertinas, mensajeras de la noche.

La canción de los vientos, en el ritmo indefinible de sus notas musicales, semejava un sollozo, un alarido, que venía a interrumpir el grave silencio de la noche que se aproximaba.

Muy tarde abandoné el carruaje; quería despedirme de algunas personas amigas, antes de alejarme del centro de mis afectos y mis recuerdos.

Cumplido este deber, me retiré al hotel donde iba a pasar la última noche de mi vida en Guayaquil.

El insomnio aumentó mis sufrimientos; en vano cerraba los párpados invocando al dios del sueño que se apiadara de mí; pero éste no tuvo lástima de mi ruego.

Los recuerdos, implacables y feroces, desfilaron, como espectros enlutados, en procesión interminable, por mi imaginación calenturienta. La disnea y las pesadillas acabaron de matar aquel sueño intranquilo, mejor dicho, aquel letargo febricitante en que estuve

algunas horas. Blancos fantasmas, con rostros de color de cera, desfilaron también, en tropel, sonriéndome únos, invitándome ótros, con sus miradas tristes y lánguidas, o con sus manos pálidas, a que les siguiera por aquel sendero que se perdía entre las brumas y la lejanía. En la indecisa penumbra de una alba gris, alcancé a vislumbrar la imagen adorada de mi santa madre, llevando junto a ella a sus hijos ya muertos, y a corta distancia, coronada de violetas y de azahares, la silueta medio borrosa de Rosa Estela.

Y esta procesión de sombras, de fantasmas y de imágenes queridas, seguía lenta y pausadamente, por aquel yermo semicubierto de neblina, que luego se difumaba en el horizonte inmenso.

Al fin se rompió el encanto de esta alucinación febril con los recios golpes que dio el sirviente en las puertas de mi habitación, avisándome que ya era la hora de levantarse.

Me vestí con rapidez y tomando de prisa el desayuno, me dirigí a la estación, situada muy cerca de aquella casa de huéspedes, donde había pasado las últimas horas de esta noche de alucinaciones y pesadillas.

Sentado en un asiento de proa, miraba desde el vapor Colón, el paisaje brumoso de aquella mañana; la ciudad medio dormida aún, bañada por la pálida luz matinal, estaba en reposo casi absoluto; por su malecón desierto sólo ambulaban los *lecheros*, los panaderos, y los viajeros que venían de prisa a

embarcarse en el vapor, cuyas pitadas estridentes y repetidas, anunciaban su salida.

Algunos amigos, joviales y zaragateros, que habían venido a bordo para acompañarme hasta la estación de Durán, procuraban, con sus chistes, sus ironías delicadas y sus elogios, endulzar todos el acíbar que yo saboreaba en aquella mañana invernal.

Yo procuraba sonreír y mostrarme complaciente con ellos; pero mis calladas lágrimas caían, como gotas de plomo hirviendo, en el corazón horadado por este último dolor.

El presentimiento de que no volvería más a esta tierra de la filantropía y la nobleza, torturaba mi alma exaltada por la pena.

El tañido de las campanas de la Merced y de San Francisco sonaba en mis oídos con armonías que parecían lamentos, y sus sonos quejumbrosos aumentaban mi pesadumbre, porque la voz de esas campanas era algo así como la voz de la muerte, única amiga de las almas desoladas.

A las seis de la mañana se puso el vapor en movimiento, con rumbo a Durán. Un sol de invierno doraba las cumbres de las colinas; los tranvías principiaron a correr por las calles de la ciudad, que a esta hora, ya iba recobrando su animación de costumbre. La luz y la alegría reanimaron, otra vez, el alma de esta urbe mañanera y laboriosa. ¡Ay! sólo para mí ya no rutilarían más estas alboradas de belleza incomparable!... Y ese dolor sin palabras, sin lágrimas ni sollozos, hizo sangrar, de nuevo, mi corazón.

Y el momento que el vapor viraba la proa con dirección a Durán, mis labios pálidos, pronunciaron temblando de emoción y de pena, mi adiós eterno a la ciudad donde quedaba enterrada mi juventud estéril.

XLIII

Casi toda mi parentela estuvo a recibirme en la estación de *Chimbacalle*. Dolorosamente sorprendidos quedaron todos, al ver mi semblante demacrado, al mirar las huellas profundas que estas enfermedades diabólicas habían dejado en mi faz marchita y pálida.

Me recibieron con fraternal cariño, procurando endulzar las últimas horas de mi agonía, lenta, amarga y terrible, con su natural solicitud.

Desde los primeros momentos estuvo conmigo un genial poeta quiteño, de alma sentimental y triste, el poeta de las *Brumas*, el inmortal Antonio Toledo,^{Pr} para quien tuve siempre admiración y afecto de hermano.

Su vida fue también amarga y dura. En vano pasó cantando por la tierra, con dulzura infinita, los dolores del corazón humano, porque la sociedad indiferente a sus lágrimas, vertidas en cada uno de sus versos inmortales, no hizo justicia a sus méritos y lo olvidó en la vida y en la muerte.

Estaba tan achacoso y enfermo como yo; vivió la vida de los tristes. "Modesto y bueno, prudente y resignado, vegetó como uno de aquellos esclavos de levita que soportan sin chistar el grillete de la miseria. A pesar de su claro talento y de sus magníficas aptitudes, no hizo ruido, no se llenó de aplausos ni de gloria, ni siquiera de dinero. "Así lo expresa uno de los buenos críticos de nuestros días.

También Toledo tuvo su novela: amó con delirio a una dama de la aristocracia quiteña; él era aún muy joven, y ella apenas frisaba con los diez y ocho años; estaban a punto de casarse cuando se rompió el idilio, porque la muerte cortó la vida de aquella niña. El se hundió en el silencio; abandonó la Universidad y cantó en sus *Brumas* la tragedia de su corazón.

Abatido por cruel enfermedad ya no cantó más; rompió su lira, y abrumado por el trabajo de oficina continuó indiferente por la senda espinosa de la vida.

Casi todos los días platicábamos largamente, en un banco de la *Alameda*; ya nada descaba; nada ambicionaba: era un estoico.

En su amargo escepticismo era un hombre justo, caballero y noble; jamás tuvo una queja contra nadie, ni siquiera contra su destino adverso. Hijo de padres acomodados, quedó, más tarde, pobre y huérfano en edad muy temprana; al llegar a sus veinte años encontró aquella flor que alegró su pobre vida por breves instantes; pues, apenas cuatro años duraron aquéllos amores.

Muerta la más dulce ilusión de su alma, Toledo

sintió el vértigo de los desesperados, y apuró la copa del desengaño. Al morir su novia, nada le quedaba....

Muchas veces, con sus ojos pletóricos de lágrimas, me refería alguna escena de su juventud lejana, algún episodio de su adolescencia muerta, del amor de su novia, de su felicidad truncada cruelmente por la desgracia.

Yo le escuchaba con emoción y pena; quería, entonces, llevar algún consuelo a ese corazón dolorido, pero nada conseguía.

Acosado, como lo dije antes, por larga y dolorosa enfermedad, sobrellevó heroicamente las torturas de su cuerpo y de su alma. Cumplidor estricto de sus deberes, concurrió a aquella oficina, donde trabajó humildemente por más de veinte años, hasta el día mismo de su muerte.

Yo lo miraba como a un hermano mayor; nuestras almas soñadoras, que ya no pedían felicidad ni amor, peregrinaban silenciosas en busca del reposo eterno.

Aunque mi enfermedad pulmonar había mejorado notablemente, mi afección renal, vieja y rebelde tuvo un retroceso mortal; hubo día que no pude abandonar el lecho; entonces Toledo venía a verme, cuando de su casa se dirigía al palacio de Gobierno.

Y le recitaba con unción y profundo sentimiento casi todos sus versos, le hablaba de sus *Brumas* con entusiasmo; él callaba mirándome con gratitud y cariño.

Cierto día que le referí la novelesca vida de Rosa Estela, me dijo cariñosamente: Compañero, creo que

la vida de esa mujer infeliz daría materia para una primorosa novela, y me admira que todavía Ud. no haya dado principio a esa obra.

—Ya es muy tarde para que yo la escriba, le repliqué, me siento agobiado por el hastío, me falta energía y entusiasmo; la enfermedad va devorando mi organismo y aniquila mis facultades mentales; creo que me sería imposible iniciar este libro; pero si le ofrezco dejar algunas notas y apuntes, que ampliados por la mano experta de un buen amigo, ofrezca al público una historia de dos almas románticas, desgraciadas y tristes: la mía y la de Rosa Estela.

Aquel día de añoranzas y recuerdos lo fuimos a terminar en *La Palma*; el *grog*, el coñac y el *whi-ky* excitaron nuestros sentimientos y hablamos, con exaltación y lágrimas, de nuestras esperanzas frustradas, de nuestros amores muertos, de nuestro final próximo; de todas las tristezas de la vida, de la ilusión de nuestra muerte; porque ambos marchábamos paralelamente hacia la eternidad.

Verso por verso le recitaba, casi todas sus estrofas, tan dulces, tan cadenciosas y melancólicas, y terminé con aquella tan popular y conocida:

“Tras el velo impalpable del ensueño
anoche me veía muerto ya,
e imaginaba que mi frente pálida
hacías en tu seno reclinar.

Mañana cuando cesen mis dolores
y aquel sueño se torne en realidad,
¿irás, bien mío, con calladas lágrimas
la arcilla de mi tumba a refrescar?

Con una sonrisa de gratitud y de emoción, me agradeció el poeta esta demostración de mi aprecio, para sus versos, de corte becqueriano.

—¿No le parece a Ud. que este es un sarcasmo? me dijo poco después. Y agregó: Yo esperaba que ella regaría con sus lágrimas la arcilla de mi tumba.

Pero ella murió hace tantos años, mientras yo le sobrevivo llevando en mi pecho el secreto de mis pesares.

—Su vida tiene episodios muy semejantes a los de la mía, le repliqué. Aunque yo no he podido cantar mi desolación en *rimas* delicadas, mi pasado también es triste, doloroso y amargo. No he hallado jamás reposo, paz ni serenidad; el ansia de un poco de amor y otro de felicidad me ha devorado las entrañas, como a aquel legendario Prometeo, el buitro de la fábula; y hoy día, soy, sencillamente, un fracasado de la vida.

—Cálmese, amigo mío, me contestó; ya la *Intrusa* está cerca de nosotros y nos dará la eterna serenidad en algún rincón silencioso de San Diego; allí dormiremos en paz absoluta; allí terminarán nuestras miserias y nuestros males orgánicos y psíquicos; nuestras inquietudes y preocupaciones.

Ya la crisis de mi alma ha terminado; la tragedia de mi corazón pasó también, y voy como la barca, sin brújula ni timón, sin rumbo ni esperanza, flotando en el mar tempestuoso de la vida. Ya se avecina el puerto y clarea la aurora eterna de la nirvana; tengamos resignación y apuremos, hasta las heces, la copa del dolor.

—Es Ud. un filósofo, le dije, me admira su conformidad; yo soy un espíritu rebelde; sólo tengo la obsesión de mi fatalismo, y el ansia de la eternidad me atrae, me subyuga y me fascina.

El poeta cortó bruscamente el diálogo, diciéndome: No hablemos más del pasado; esperemos que la parca bienhechora tenga piedad de nuestras penas; y al decir esto, se despidió amablemente.

Pocos días después de esta entrevista tuve que ausentarme a una hacienda situada en el valle de los *Chillos*, obligado por mi mal estado de salud, y allí supe la muerte violenta del poeta becqueriano.

Mi consternación se hizo más honda cuando tuve conocimiento pleno de las circunstancias dolorosas que habían rodeado a este luctuoso acontecimiento.

No quiero aumentar una sílaba a la relación, que, de la muerte del poeta, hizo un notable escritor quiteño; léase lo que él escribe: "¡Antonio Toledo! Atended al infortunio de su vida. Pero primero, oíd, con el pañuelo en los ojos, el sarcasmo de su muerte. Como el apasionado por Inés de Castro, como el cantor del *Cuervo*, como aquel ótro del la *Plegaria de Lázaro*, murió en un hospital.

Aquella tarde asistió a la oficina ministerial, prematuramente achacoso como estaba. A los compañeros que inquirían por su salud, contestábale con una sonrisa de Cristo moribundo que más bien confinaba con latebrosa mueca. Con la cabeza inclinada hacia el hombro derecho, una cabeza de varón de dolores, encorvado por la tisis, pálido y demacrado, trabajaba y trabajaba. Su cara de blancura de cera

algo terrosa, era más triste limitada por la barba sin peinar, hirsuta, que en herradura cerraba su rostro macilento. De pronto sintió sudores de muerte. Fué a lugar excusado, y arrojó bocanadas de sangre y coágulos palpitantes, pulmones en grumos. En el acto sus íntimos condujéronle al hospital de San Juan de Dios. La madre Gabriela le habló de confesión. El querido enfermo, con infinita dulzura, suplicó que le dejaran tranquilo. No insistió la hermana de la caridad. A las once y media de la noche, expiró como un justo, rodando de pocos amigos. Sus últimas palabras serenas y suaves, confesaban la bondad de su alma.

La monja, delante del poeta muerto, sacó un rosario de gruesas cuentas y púsose a murmurar una plegaria. Luego, arrepentida de su acción, dijo a los circunstantes: "¿porqué rezar por este hombre? Vedle, parece un Cristo." Y se guardó la sarta de cuentas y la cruz de madera. Apresuráronse a mortajarlo como pudieron.

Surge aquí un conflicto: no había con qué vestirle. Al fin hallaron un saco roído. Trasladáronle a una casa de enfrente, aprovechando de la vecindad, donde una parienta política suya, para que allí se velase.

Fueron después a imprimir invitaciones y hojas sueltas para comunicar al público la muerte del poeta. Cuando regresaron... el cadáver no estaba allí. Sus parientes le habían arrojado al patio, sobre las húmedas piedras echándolo de la habitación en que los colegas de la oficina, piadosamente, le colocaron.

¿Cómo guardar el cuerpo de un tuberculoso, que murió sin confesión? graznaba entre dientes una de aquellas mujeres. Allí en el frío corredor se mantuvieron los restos de Toledo, hasta que la Policía lo enterró de limosna.

Ni el pueblo en grandes masas le seguía, ni la comitiva de admiradores del poeta. Su traslado resultó imponente y de veras popular, como el del bohemio Enrique Thomas, que en su carrera de gloria, se llamó Lafontaine: no asistió nadie. Fueron sus mejores honras.

La mala suerte, con todo, le persiguió hasta después de la tumba. Los caballos que halaban la carroza funeraria encabritáronse y arrojaron lejos el ataúd que no pesaba mucho. Alzáronle sus amigos tipógrafos y lo condujeron en hombros, hasta la última morada, donde le despidieron con demostraciones cariñosas y elocuentes. Elogió al poeta miserando, la musa del silencio, en el panteón . . .

El pueblo lloraba, con murmullo de ola, que crecía enternecedor y grave. ¡Oh triste odisea de los que pasaron cantando por la tierra, sin acordarse del argentino canto de las libras esterlinas! ¡Oh, almas desinteresadas que no tuvísteis ni cuatro cirios para vuestro cenotafio!

Se fue el poeta, silenciosamente, olvidado de los suyos, escarnecido por su familia hasta en la póstuma hora. Su paso por la vida, fue nebuloso, gris, fugitivo como una bruma." (I)

(I) Alejandro Andrade Coello.—*Las Brumas de Toledo*.

¡Pobre poeta! ¡Así cayó, como un simple anónimo, obscuramente, en el mísero rincón de un hospital!

Han pasado los años y todavía su tumba no tiene, siquiera, una lápida de bronce que sea digna del bardo inmortal.

¡Pobre poeta!

X L I V

La muerte de Toledo y las circunstancias que rodearon a este fatal suceso, abatieron completamente mi espíritu.

El era uno de los pocos amigos que venía frecuentemente a mi habitación a recrearme con sus ironías ingeniosas y chistes oportunos, cuando los retrocesos de mi enfermedad me obligaban a quedarme en casa.

Muchas horas discutíamos sobre las diversas escuelas literarias, o sobre las obras de tal o cual autor. Hablábamos durante largas horas sobre esos dos maestros geniales de la literatura española contemporánea: Ricardo León y Valle Inclán; leíamos las *Sonatas*, de seductor y maravilloso estilo, que nos deleitaban con el ritmo de la frase alada, sutil, armoniosa y delicada; otras veces matábamos el tedio con la lectura de las novelas de León, de corte maestro en su forma, y de lenguaje armonioso y grandilocuente, castizo y bello.

Rodó y Amado Nervo, Darío, Lugones, y Crespo Toral, nos daban también argumento para nuestra charla amena y, a veces, acalorada.

Muerto el poeta aumentó mi soledad; apenas mis parientes más cercanos, o algún amigo de la infancia venían a verme; a medida que corrían los meses mi salud se ponía más delicada; el frío me mortificaba amenudo y la nostalgia por Guayaquil aumentaba hora por hora. Consulté al médico si me sería posible regresar a esta ciudad; pero el galeno me respondió con su rotunda negativa, no obstante la sensible peoría que había sufrido en esos días en mi vieja enfermedad renal.

Una conformidad estúpida se apoderó de mi espíritu ante la imposibilidad de retornar a la ciudad de mis amores y mis recuerdos; ya había muerto en mí hasta la desesperación; aquellos arrebatos de ira, aquellos impulsos de muerte, que sentía en otros días, cuando veía marchitarse la esperanza, ya se habían extinguido totalmente.

Acribillado de dolores; dolores en el alma y en el cuerpo; era como un astro muerto, no daba calor ni luz a otros mundos. Mi pluma yacía arrinconada porque en el cerebro ya no germinaban las ideas, ni yo quería torturarlo con el trabajo de pensar.

Ya no me atormentaba la idea de morir; muy al contrario, era mi única esperanza; muerto para la política, para la literatura y para el amor ¿qué me quedaba ya?

En aquellas largas horas de mi soledad sostenía en mi conciencia una lucha constante y fiera, cuando

analizaba mi vida pasada. Al hacer el recuento de mis labores y fatigas, pensaba con despecho, que yo había bregado en el periodismo, con absoluto desinterés, por el bienestar nacional, sacrificando mis mejores horas, mi bienestar económico y espiritual; y nada había conseguido; pues, que la patria seguía pobre, desangrada y abatida. Había cultivado con entusiasmo las letras, buscando en ellas la gloria y la fortuna, obteniendo en cambio, como recompensa, la pobreza y el dolor; fomenté el amor desde mi adolescencia, para completar mi vida con el cariño de la elegida de mi corazón, y ahora no guardo en mi pecho sino los despojos de mi pasión desventurada.

Y al hacer la revisión de las horas vividas en esta forma, plenas de dolores, de miserias y de lágrimas, sentía asco y repugnancia por la vida. En efecto, ¿de qué me habían servido mi abnegación y mi patriotismo, mis sacrificios y privaciones por el bienestar general?

Muy tarde comprendí que la cultura y la erudición que poseía me habían causado mucho daño; quizás hubiera sido feliz viviendo en la rusticidad de los campesinos, sin aspiraciones en el alma, ni ambiciones en el corazón, o vegetando en el terruño, entre las costumbres patriarcales y la sencillez provinciana, que aun conservan fresco el aroma de la vida.

Sin embargo, otros momentos, se calmaba la inquietud de mi espíritu y pensaba que al cumplir con mis deberes de ciudadano y de patriota, había procedido bien y no tenía de qué arrepentirme; y

entonces dominaba la tranquilidad en mi conciencia, y en la aridez de mi soledad interior. en la obscura lontananza de mi pasado, irradiaba, con suave fulgor, la luz del recuerdo de las horas sacrificadas en el trabajo constante, en beneficio de la colectividad. Al recordar que yo no había disfrutado de los placeres que proporciona el dinero y la vida de ocio habitual; que mi existencia entera había sido una lucha perenne, de estudio y de trabajo, me sentía aliviado de un gran peso; y este recuerdo despertaba en mi alma un conjunto de inefables emociones, que dulcificaban toda la amargura de mi presente; porque pensaba que mi nombre no sería maldecido por nadie.

Hijo de mi siglo, sitibundo de saber, devoré libros y más libros, anhelando amortiguar con su lectura los sinsabores y las penas; agotando mi salud en intensa vida mental, pensando hallar la paz del alma; y nada, a la postre he encontrado, y voy llegando al final de la jornada, cargado sólo de mi fatalismo y mis desdichas.

Dicen que tengo talento; pero mi talento ha sido talvez, la causa eficiente del fracaso definitivo de mi vida.

Voy a morir recluso en mi habitación solitaria, agobiado por la carga de mi melancolía y mis recuerdos, y muy lejos de la casa solariega. Talvez las almas blancas y purísimas de mi santa madre y de Rosa Estela, impalpables, dulces y silenciosas, vengan a mi lecho mortuario y cierren mis párpados fatigados y anhelantes del sueño eterno.

A medida que pasaban los días, esta lucha inte-

rior se hacía más tenaz y frecuente; mi razón vacilaba entre la duda y el desengaño, sacando, a la postre, como consecuencia, que la vida no es un bien para nadie; pues, ante la realidad de los hechos que habían acibarado mis días pretéritos, me convencía, cada vez más, del poder invencible del sino con que nacen las criaturas humanas, sin que les valga para evitarlos, la previsión y la voluntad firme de ser felices.

Y vino a robustecer mi opinión un acontecimiento inesperado: cuando más postrado estaba con los dolores implacables de mi enfermedad, recibí una carta de Isabel Bibiani, cuyo recuerdo estaba sepultado ya en mi pecho.

Sucedió esto en los días más tristes de mi vida, cuando ya todo consuelo era ineficaz para matar mi pesimismo. Me pareció que aquello era una ironía, algo más, un sarcasmo de la suerte.

Voy a transcribir los párrafos más notables de la bellísima epístola que me escribió aquella hermosa trigueña, antes de matar sus ilusiones en el claustro.

X L V

Helos aquí:

“¡Qué sola y triste me encuentro en el mundo! Para mí todo ha muerto. La alegría de mi vida, mi madre idolatrada, la dulce madrecita mía, ha volado también al seno de Dios. ¡Ya nada me queda en la tierra!... Digo mal: Aún me quedas tú, ¡Alfonso mío!

Desde el día fatal en que me enviaste la eterna despedida, quise matar la ilusión; pretendí, loca, ahogar aquel amor profundo que tú encendiste un día en mi corazón; pero todo ha sido imposible, por que todavía arde la hoguera y me quema cruelmente el alma.

Yo sé que también tú te encuentres abatido y enfermo; que tú también padeces de este dolor horrible de la soledad del alma, y por eso quiero cumplir fielmente mi promesa de ser tu esposa.

Yo te juré un día, ya lejano, que si tú no venías a mí, por una causa u otra, yo iría a buscarte con los míos; pero mi suerte adversa levantó vallas infranqueables entre los dos, y me fue imposible volar

hacia tí; entonces tú rechazaste muy tercamente la insinuación que te hice para que vinieras a esta ciudad y realizáramos nuestro ensueño. Yo lloré mucho, pero le pedí a la Virgen resignación y consuelo en mi quebranto. Ella escuchó mi ruego, dándome fortaleza en mis horas de desesperación, y he visto correr los años con la rapidez de los minutos, junto a mi madre inolvidable, enjugando sus lágrimas y acompañándola en sus tribulaciones.

No tengo remordimiento alguno que venga a martirizar mi corazón, por que he cumplido religiosamente con todos los deberes de una hija amante y buena con la más santa de las madres.

Como el mayor de mis hermanos, casado ya, ocupa en Bolivia un cargo diplomático, y Antonio, el menor, continúa sus estudios en Londres, yo me encuentro sola, completamente sola en la ciudad donde nací.

Libre de toda traba, y fiel cumplidora de mis juramentos, sólo espero conocer tu voluntad, para resolver el problema de mi porvenir. Mi amor para tí, guardado en el cofre de mi pecho, es tan intenso y puro como el primer día, en que mis labios, temblando de emoción, confesaron que te amaba con toda mi alma.

De ti depende ahora nuestra felicidad futura. Mas, si por alguna causa no quieras cumplir con tu promesa, yo iré a matar este cariño, este primero y último amor de mi vida, en la dulce mansión de las elegidas del Señor, y me sepultaré para siempre en un instituto religioso de absoluta clausura.

Mi resolución no es de este momento en que te escribo; ella nació al pie del féretro de la inolvidable autora de mis días; desde aquel instante fatal en que la perdí, pensé en avisarte mi desgracia. Tú eres hoy el árbitro de mi porvenir.

No temas hablarme con la franqueza que exigen las circunstancias; tengo fe en Dios y leeré tu sentencia con resignación cristiana, si ella me fuese adversa. Todo está previsto: mi viaje a Guayaquil o mi ingreso al monasterio; tú lo vas a resolver.

En mis plegarias cotidianas he pedido, y sigo pidiendo al Señor por tu bienestar espiritual y material, pero, más aún por el primero, que es base y fundamento de la felicidad humana. Tengo confianza en El para que vuelvas a la religión de Jesús Crucificado; ya que en ella has de encontrar la paz del alma, que en vano buscas en la ciencia materialista, negación absoluta de la Verdad eterna.

Combate aquel morboso escepticismo que ha muerto despiadadamente la serenidad de tu espíritu rebelde. Cree en Dios y en su bondad infinita, para que seas menos desgraciado en la vida.

No me cansaré, ni un solo momento, en el mundo o en el claustro, de pedir al Omnipotente para que vuelvas a la religión de tus mayores, que es fe y caridad, sacrificio y abnegación, consuelo y esperanza de las almas.

Mientras me llega tu respuesta, yo seguiré impetrando del Altísimo por tu felicidad eterna.

¡Adiós!, mi dulce bien, no olvides nunca a tu Isabel."

Así me hablaba esa flor purísima de amor y de castidad, de piedad y melancolía, en los minutos mismos en que ya no acariciaba ninguna esperanza.

¡Qué tarde me llegó esta carta! ¡Si ya, para mí, todo estaba muerto!...

Dos días después de haberla recibido, sufrí una terrible hiperemia o congestión pulmonar, con la hemoptisis consiguiente, que me puso de nuevo al borde del sepulcro.

Gracias a los hemostáticos enérgicos que los médicos me aplicaron, pude aliviarme.

No obstante la mejoría, continuó la alarma de los médicos; a uno de ellos oí que decía que mis días estaban contados, porque, a lo sumo, podría vivir unos seis meses, por cuanto las vísceras estaban deshechas.

La hipertrofia del corazón había llegado a su límite, y la insuficiencia de la función renal, provocó, de nuevo, la terrible uremia, que debía acabar con mi existencia.

Pero el cerebro, como para aumentar la intensidad de mis padecimientos, no perdió un sólo día su lucidez, y así pude aún dictar mi despedida a esa dulce mujer que todavía pensaba en mí y me ofrecía su corazón y su mano, para darme la felicidad que yo había soñado un día, y que el destino implacable me robó para siempre.

En los minutos que el analgésico daba alivio a mis dolores, dicté mi testamento de amor, en la respuesta que di a la carta de aquella mujer dulcísima, que fue mi postrera ilusión; y le hablé en esta forma:

“Tarde, muy tarde ha llegado hasta mi lecho de moribundo el grito de tu alma, grito que ha repercutido en el fondo de mi pecho, despertando los tristes recuerdos de otros días venturosos.

Como el náufrago que mira perderse en el horizonte, el barco salvador que vislumbró entre el rugido de las olas turbulentas, y luego va, con ansiedad infinita, alejarse para siempre esta última esperanza, y sólo queda en sus oídos el eco de su propia voz, antes de hundirse en el piélago insondable de la mar embravecida; así tu carta bella, en el mar inmenso de mi desolación y mi pesadumbre, en mi hórrida soledad, ha venido trayéndome la visión de un ensueño que se desvanece fugaz, entre las brumas del dolor y la noche del pasado; porque se alejan, también, tu promesa y mi anhelo de ser felices; pues, mi vida ya termina.

Bendita seas, mujer clemente, piadosa y buena, que has traído a mi espíritu el consuelo de tu voz en la hora postrera de mi vida, de mi vida que se consume lentamente, carcomida por el mal.

La felicidad que soñé durante muchos años, ha llamado hoy a las puertas de mi alma; pero, ¡qué tarde ha venido, dueño mío!

Es la barca de la esperanza que se aleja de mi lado por toda la eternidad, ¿por qué tardaste tanto, bien mío, y vienes ahora a irradiar con la luz de tus virtudes el pobre lecho de un moribundo?...

Envíame tus flores y tus lágrimas para que mis deudos rieguen con ellas mi pobre sepultura, ¿no

sabes que pronto me olvidarán, y nadie llevará una flor a mi tumba solitaria?

Yo te prometo, en cambio, que las primeras violetas que broten sobre la arcilla de mi huesa abandonada, serán para ti, mujer angelical, flor de castidad y de amor; ellas te llevarán en su corola todo el perfume de mi alma, de mi pasión y mi gratitud eterna.

Talvez nuestras almas vuelvan a encontrarse en otros mundos, y allí, fundidas en una estrella, con luz sideral y esplendorosa, iluminen, perpetuamente, la comba de los cielos ennegrecidos por el velo de la noche.

Siento que la vida se me escapa, y que me aproximo a la mansión del reposo anhelado.

Voy a morir tranquilo y feliz, porque me llevo incrustada tu imagen en mi corazón, y el perfume de tu amor en el alma.

¡Adios!, bien mío, tu nombre hendecido será la última palabra que pronuncien mis labios, con unción y ternura indefinibles. Las lágrimas cristalinas que broten de mis ojos lánguidos, en la hora de la agonía, serán las perlas que yo te ofrezca para tu corona de mártir y de santa.

Y en los días que me sobrevivas, conságrame tus recuerdos y tus lágrimas para que reverdezcan, sobre mi tumba helada, las rosas y las violetas de tu cariño. ¡Adios!

EPILOGO

Efectivamente, esta fue la última enfermedad de aquel varón infortunado; apenas tres meses sobrevivió al día que dictó su última carta para Isabel Bibiani.

El estado de astenia absoluta de su organismo aniquilado por la veracidad de tantos males, ya no le permitió disfrutar ni de aquellos minutos de solaz y de recreo, que tanto bien le hacían, en la *Alameda quiteña*.

Paciente, laborioso y bueno en la vida; manso y resignado en su agonía, esperó con estoicismo admirable sus últimos instantes sin proferir una sola queja.

Empobrecido por larga enfermedad, ordenó, con la serenidad de las almas superiores, hasta la forma cómo debían ser sus funerales; pidió que fuesen humildes, tal como correspondían a un hombre modesto, que se hallaba casi en la miseria.

Suplicó a una de sus parientas más cercanas enviara las primeras violetas que florecieran en su tumba, a Isabel, su castísima y dulce novia, y que sus papeles fuesen remitidos a la persona designada en sus apuntaciones para recibirlos.

Y aquella inteligente mujer, que cuidó a su paciente con solicitud y cariño fraternal, hasta la hora de su agonía, cumplió fielmente con todos los deseos del moribundo.

Hombre noble, fatalista y sentimental, con *alma de niño y corazón de poeta*, que supo traducir en sus rimas los dolores y las ternuras del alma enardecida por la pasión, vivió en un mundo ideal entretegido con los ensueños de su fantasía ardiente, y quizás por eso fue más intensa la obsesión de su pesimismo y la tortura de su corazón delicado, cuando la realidad cruel venía a romper el encanto de sus ensueños.

Su espíritu inquieto y romántico, enfermo de amor y melancolía, flotó entre la duda y la esperanza, entre el esplendor de los cielos azules y el vacío de la eternidad; y por eso, cuando sintió al fin, que su vida se diluía como el aroma de una flor, que se desvanecía como la bruma, ya nada hizo para detener el progreso de sus enfermedades, y con placidez envidiable, recibió el beso helado de la muerte, amiga de los tristes, que no hallaron en la tierra la ventura que soñaron.

Sintió dos veces en su vida, que de la gema fecunda de su corazón brotaba la flor de sus amores castos, perfumados y tiernos; pero dos veces, vió también, que esa flor, calcinada por la nieve del invierno, perdió sus pétalos y se agostó muy tristemente, dejándole el vacío en el alma y la soledad en el corazón.

En vano vió florecer en su *via-crucis*, las dos rosas que perfumaron, la una, las horas inolvidables

de su juventud, y la otra, los días postreros de su vida; porque ambas se marchitaron en el jardín de la ilusión, quemadas por el fiero aquilón de la adversidad. Pero la luz de los recuerdos de aquellos amores iluminó, como rayo de sol, la lobreguez de su alma dolorida y enferma; ese recuerdo era el sedante milagroso que atenuaba el dolor de sus entrañas mordidas por el desengaño; era la fuerza prodigiosa que le obligaba a erguir su espíritu aplastado por la pesadumbre de sus penas.

Y por eso, cuando el delirio turbaba su cerebro, se le oía bisbisear, sonriendo, estas palabras: "Antes de que la nieve de la muerte hiele nuestros corazones y marchite, para siempre, nuestras almas, alfombremos con flores el camino; embriaguémonos con su aroma, y hagamos irradiar la luz de la esperanza en la noche negra de nuestra vida desolada."

Y luego, alzando la voz, decía: "¡Bebamos en áurea copa el sacro elixir de este amor postrero; apuremos hasta las últimas gotas de este vino delicioso, antes de ir a reposar en los encantados jardines de la eternidad! ¡Isabel, bien mío, a tu salud!

Pero, pasado el fugaz delirio, y vuelto el cerebro a su lucidez, romántico hasta en los últimos instantes de su vida, pidió el retrato y la carta de su novia, y con voz desfallecida iba repitiendo en su agonía: "En los días que me sobrevivas, conságrame tus recuerdos y tus lágrimas para que reverdezcan sobre mi tumba helada las rosas y las violetas de tu cariño. ¡Adiós!

F I N

OPINIONES SOBRE ESTA NOVELA

Sr Dn.

Gustavo Lemos R.

Ciudad

Muy distinguido amigo:

Lo saludo atentamente. Muy agradecida, le devuelvo los originales de su novela ROSAS DE INVIERNO, que Ud. tuvo la gentileza de proporcionarme, para que le diera mi modesta opinión. Honrada por tal distinción, no me ha sido difícil llenar mi simpático cometido.

He leído con verdadera atención su obra. Creo que en la actualidad no hay ninguna que la supere; menos que trate de esa manera bellísima asuntos de tal índole. Es interesante y conmovedora, muy original y muy nuestra, por su nacionalismo y por el acierto en el desenvolvimiento de las escenas, que se suceden, unas a otras, avivando el interés del lector.

Sobre los demás méritos, tiene el principal atractivo de pertenecer a nuestro ambiente, a nuestras costumbres, a nuestra alma íntima.

Es el dulce espíritu del autor el que se plasma en todas las más emotivas formas de inquietud, de amor y de desesperanza, haciendo del libro, una encantadora forma de sentimiento y de arte.

Quizá en mejor ocasión, pueda hablar de su obra; ahora sólo le pido mis disculpas por no haber sido lo cumplida que hubiera deseado. Pero el mal estado de mi salud, predispondrá su benevolencia para conmigo.

Me es grato presentarle mis respetos y la más viva demostración de mi amistad.—Atentamente.

Zaida Lethy Castillo y Castillo.
(Djenana)

Sr. Dn.

Gustavo Lemos R.

Pte.

Ilustre amigo:



Su encantadora novela ROSAS DE INVIERNO, en cuyas páginas se ve al artista viajero del ensueño, recorrer desde las altas cimas de nuestra cordillera andina, hasta las playas tropicales, donde se mece altiva la palmera, es todo un poema de emotividad bellísima.

Sus cantos tienen un dulzor de quena, en los que sintetizan el alma de la raza, palpitante de tristeza y de honda saudade, especialmente peculiar del corazón nacido entre las breñas de la Cordillera. Visionario siempre, en busca del ideal, sus quimeras

se esfuman como un jirón de cielo gris, que se extiende cual manto de sombras, en un vasto campo de desolación y muerte!

De toda ella se desprende un perfume de tierra nativa, que le hace única en su forma, tanto por el desarrollo de nuestra vida republicana, con sus crueles guerras fratricidas, que presentan cuadros de notable valor histórico, como por ser la expresión más patética de nuestra psicología íntima.

Elocuente y artista; entusiasta y escéptico, ya va con Kempis hacia las regiones azules y se pierde en las voluptuosidades del espíritu...o descende nostálgico a los sombríos lares de Schopenhauer, cuyas amargas verdades siembran el desencanto en todo lo que nos rodea. Mas, de pronto avanza Valle Inclán, el poeta de las Sonatas, que se mira bis a bis con Rosas de Invierno, y es un florecer de lágrimas, que se aunan en el gran búcaro del corazón del maestro y el más fiel discípulo.

Alma de poeta y corazón de niño, busca infatigable el complemento de su espíritu refinado y exquisito, olvidando, acaso, que los espíritus selectos, nacen huérfanos, viven incomprendidos y mueren solos! Para la vida basta el corazón, pero niño, siempre e inconsciente, para que así no comprenda ni sienta, ni pueda sufrir, y reciba todo con una estridente carcajada! . . .

Acepte mis sinceras felicitaciones y créame su admiradora y amiga.

Florencia Bravo Malo.

INDICE

A guisa de Prólogo	XV
Introducción	Revolucionario
I	XVI
Años infantiles	Reminiscencias
II	XVII
El Colegio	Entrevista con Rosa Estela
III	XVIII
El viaje de vacaciones	Para ella
IV	XIX
La orfandad	El ostracismo
V	XX
La madre	El retorno a la Patria
VI	XXI
El primer beso	Desesperación
VII	XXII
En el campo	Tu nombre
VIII	XXIII
Dolores Rodríguez	La vida conyugal
IX	XXIV
El idilio se trunca	Continuación
X	XXV
En Sancajas	Nuevas tristezas
XI	XXVI
A la Costa	Amarguras de familia
XII	XXVII
En Guayaquil	Historia que parece novela
XIII	XXVIII
Vida de trabajo	Los dolores de Rosa Estela
XIV	XXIX
En Puná	Inquietudes y revueltas

XXX
 Matilde Estrella
 XXXI
 Psicología femenina
 XXXII
 Visita a Rosa Estela
 XXXIII
 Isabel Bibiani
 XXXIV
 El dolor de la ausencia
 XXXV
 Soledad del alma
 XXXVI
 El cabaret
 XXXVII
 La coqueta
 XXXVIII
 Neuropatía y fatalismo

XXXIX
 María Cristina Ferrari
 XL
 Romanticismo y neurosis
 XLI
 Ante la tumba de Rosa Estela
 XLII
 El adiós a Guayaquil
 XLIII
 Antonio Toledo
 XLIV
 Recuerdos del pasado
 XLV
 Despedida eterna

Epílogo



FE DE ERRATAS

<i>Página</i>	<i>Línea</i>	<i>Dice</i>	<i>Léase</i>
65	18	custodiado	custodiados
88	9	Cuayas	Guayas
95	15	me	
104	15	venía	venían
105	5	su rido	sufrido
126	23	retrazo	retrazo
151	6	evaporara	evaporaría
233	14	whisky	whisky